

FELIPE TRIGO

Socialismo

Individualista.

(INDICE PARA SU ESTUDIO ANTROPOLÓGICO)

Fatalidad del socialismo. — Su imposibilidad actual. — Su condición evolutiva.

Transformaciones previas sociales

(de las nacionalidades, del carácter individual, de la Intelectualidad,
del amor, de los deseos)

Transformaciones consecutivas (de la propiedad, del trabajo,
de la herencia, de la mujer, del hogar)

Conclusiones

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera S. Jerónimo 2

1904



10

SOCIALISMO INDIVIDUALISTA

Yo hablo en nombre de la Vida

1169498

DR

2637

FELIPE TRIGO

SOCIALISMO INDIVIDUALISTA

(INDICE PARA SU ESTUDIO ANTROPOLÓGICO)

Fatalidad del socialismo.— Su imposibilidad actual.— Su condición evolutiva.
Transformaciones previas sociales
(de las nacionalidades, del carácter Individual, de la Intelectualidad,
del amor, de los deseos)
Transformaciones consecutivas (de la propiedad, del trabajo,
de la herencia, de la mujer, del hogar)
Conclusiones

Fondo bibliográfico
Dionisio Aldruejo
Biblioteca Pública de Soria

—=— 2637

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera S. Jerónimo 2
1904

ES PROPIEDAD

Mérida.—Imprenta y Estereotipia de CORCHERO Y COMPAÑÍA.

INTRODUCCIÓN

No me propongo estudiar el socialismo como una teoría, sino observarlo como un fenómeno, — desde fuera de él y con la independencia propia de estas observaciones.⁽¹⁾

Desentendido de escuelas, no puedo concebir otro socialismo que aquel capaz de conciliar todos los intereses de la comunidad con toda la «libertad natural» del individuo; es decir, una síntesis realizada por la Antropología con la tesis de la Economía y la antítesis del Derecho. Sólo así, en el orden del progreso, el socialismo vendrá por aumento de una unidad, después del capitalismo, como por aumento de una unidad viene el 4 después del 3 en el orden de los números.⁽²⁾

«El progreso no es un tren que corre; es un árbol que crece»—dijo sabiamente Leta-

(1) Podría decir, en vez de «socialismo», «cuestión social», mas no veo inconveniente en consustanciarla y darle desde luego el nombre del *sistema económico* que ha hecho de ella su carne.

(2) Dice Carpentier hablando de ideales remotos: «Hay que confesar que para dar á nuevas ideas y á nuevos hábitos de vida tiempo en que desarrollarse, habrá que pasar por la etapa intermedia del colectivismo».

mendi. Y porque éso es verdad, el socialismo está surgiendo *por crecimiento* sobre todo el progreso anterior. Y por eso el triunfo del socialismo será debido á la evolución ya iniciada en las naciones cultas. Fracasará toda revolución que intente apresurarlo.

«Por su amplitud esta revolución tiene que ser el resultado de una serie larga y compleja de variaciones parciales: las transformaciones bruscas no pueden ser profundas; las profundas no pueden ser bruscas. Pero ya ahora, como el socialismo no es otra cosa que la prolongación ideal, el resultado orgánico de las actuales tendencias, la revolución social está en camino: todo el movimiento de la producción capitalista, en el sentido de la socialización del trabajo, prepara y necesita la socialización de la propiedad». ⁽¹⁾

El propio Marx corroboraba este criterio diciendo: «Las nuevas condiciones de producción, superiores á las antiguas, no sustituyen á éstas, hasta que sus razones de ser materiales se han desarrollado en el seno de la añeja sociedad».

Si sobre tales poderosas razones económicas se quieren otras razones humanas, no menos poderosas, bastará añadir: el socialismo, como sistema político, será un sistema de democracia perfecta; esto es, de gobierno de *todos para todos*; su triunfo por la fuerza, supone la resistencia, y la hostilidad recón-

(1) E. Vandervelde.—*El colectivismo*.

dita después, de los vencidos; lo cual, sin contar con la ignorancia de la mayoría de los prematuros vencedores, corrompería su esencia de fraternidad obligando á su inteligente minoría directora á constituirse en poder dictatorial sin prestigio ni eficacia en el desorden.

Es lo que ocurrió en la *Commune*, y lo que volverá á ocurrir tantas veces como inviten á ello las conmociones populares (una guerra europea, por ejemplo) ⁽¹⁾ ó como necesite la tenacidad del dolor para perturbar la vida haciéndole comprender al «capital» que no habrá medio de dejarle en calma hasta obligarle á entrar en el pacífico camino de las concesiones mutuas.

Camino de evolución, tan suave, que ya de él da una grata idea la Australia sólo con haberlo emprendido resueltamente. Mr. Meitin, citado por Adolfo Posada ⁽²⁾, afirma:

«El obrero de Australia se ha hecho un *gentleman*, un caballero. Se viste después de su trabajo y se conduce como una persona de buena sociedad. Cada día que pasa se disipan más las diferencias entre él y el burgués, salvo durante las horas del trabajo. Y con las maneras dicho obrero ha adoptado las opiniones del medio inglés en todos los puntos; v. gr., en política es respetuoso con el monarca; la religión y sus formas son ob-

(1) Mal apenas iniciada la guerra ruso-japonesa, los revolucionarios rusos, el príncipe Kropotkine entre ellos, y el revolucionario socialista alemán Kautsky, empiezan á agitarse en tal sentido,—según informaciones de *El Imparcial*.

(2) *Socialismo y Reforma social*.

jeto por parte de él de una gran veneración. Es muy aficionado á la lectura y lee mucho. Sus distracciones son las de la burguesía inglesa, que, á su vez, las ha tomado de la aristocracia. El *cricket*, el *foot-ball* y los deportes de todo género hacen el gasto. Por último, muchos obreros australianos son partidarios de la templanza á la manera inglesa; es decir, quisieran prohibir la venta y la fabricación de las bebidas fermentadas.»

Esto significa que una monarquía de espíritu democrático y una religión limitada á sus dominios de la fe, no valen menos que cualesquiera otros gobiernos ó creencias progresivos para conducir á la humanidad, y con la prudencia precisa, á un estado social más perfecto, — cosa que deben meditar los estadistas que no lo hayan meditado todavía.

—

La Economía socialista se ha estudiado exageradamente.

No así la Antropología socialista, — ó si se quiere con menos impropiedad, el socialismo en el terreno antropológico.

Desde que Marx y Engels sistematizaron la índole económica de la transformación social, una especie de fatalismo hase apoderado de sus partidarios. Dicen: «La vida nueva será determinada por los hechos económicos; y como desconocemos los cambios que puedan sufrir los hechos económicos en la mutación continua del progreso, es inútil preocuparse de la vida nueva». Saben nada

más que la vida *cambiará*. Y saben, fundándose en el determinismo de Claudio Bernard, que cambiará según las circunstancias determinadas del momento histórico del cambio. Así, prescindiendo no sólo de la vida porvenir, sino de la vida presente y pasada, crearon el *concepto materialista* (economista) *de la historia*, y aplicáronse á interpretar los fenómenos sociales *económicamente*.

No está el mal, á mi juicio, en la interpretación, ni aun en las deducciones fundamentales de aquellas interpretaciones exactísimas; está... en la obsesión de la deducción, que por enlaces falsos de la lógica ha llevado á los economistas casi á una *metafísica de detalles* tan fuera de la realidad como la que ellos mismos criticarían en los teólogos, por ejemplo.

Sirva de muestra la teoría del *valor...*, de la que han conseguido forjar unos no menos terribles que ilusorios grilletes para todas las más grandes é incommovibles verdades económicas del socialismo.

Terribles porque están hechos de *verdad*. Ilusorios porque—y en tanto no se concilien absolutamente las ciencias—la *verdad científica* en una ciencia puede ser *error científico* en otra, y en la Naturaleza (quiero decir en la «secreta realidad») ni error ni verdad del todo. Es bueno contrastar los resultados de unas ciencias en otras ciencias, ⁽¹⁾

(1) «La ciencia es una, como la razón de que se deriva».—Pi y Margall.— *Estudios sobre la Edad Media*.

y creo que los pensadores deben abandonar como campo predilecto del socialismo la Economía Política (de donde se ha sacado ya lo necesario) y dedicarse en adelante predilectamente á contrastarlo y aun á rectificarlo en los campos más abiertos de la Antropología..., de las ciencias del vivir. ⁽¹⁾

De otro modo esa aislada y dura ciencia económica, nuevo Cristo redentor de los humildes, sólo les habrá servido á éstos, por lo pronto, para que apoyándose en ella les digan los poderosos con la amarga frase de Juan Grave:

—«Si sois explotados, miserables y hambrientos, es debido á causas enteramente «científicas», y, por consiguiente, nada tenéis que reclamar».

En efecto, el *socialismo científico*, no sabe á estas alturas como podría venderse un pan, porque ha vuelto insoluble el problema de averiguar su valor dentro de la *justicia económica*. El *socialismo científico* (aunque ya esto sea dicho por boca de sus fantaseadores utopistas, si bien por culpas de la lógica inflexible de la Economía), sabe que á fin de no cometer la económica iniquidad de sostener á los débiles trabajadores, un tribunal médico deberá impedir la degeneración de

(1) «Hace treinta años el sabio era ante todo un bienhechor, un hombre que inventaba drogas para curar y máquinas para centuplicar la producción. Hoy día es algo más elevado y más extraño: es el depositario de una fe nueva, el sacerdote futuro de una teodicea, secreta aún, pero cuyos fulgores se perciben algunas veces».—Camilo Mauclair.—*Movimiento de las ideas en Francia*.

la raza «condenando á esterilidad» «por los procedimientos de que ya dispone la ciencia» (castración) á todos los jóvenes de ambos sexos «que por su complexión física no hubieran de engendrar más que niños degenerados». — «El Estado Colectivista se atribuirá el terrible poder del antiguo *pater-familias*: á sus pies se depositará el recién nacido, y con un solo gesto ordenará la muerte ó le dejará vivir. Claro es que no se procederá á la destrucción de los niños endebles sino por los medios más humanos, como el cloroformo». (1)

No se tome esto último por la aberración de un filósofo; es la aplicación de la estricta *justicia* derivada de la Economía. Habrían llegado á la misma consecuencia los propios Marx y Engels puestos á planear el porvenir, así que lo hubieran intentado. Igual llega á ello el ilustre Mantegazza: «Es curioso señalar que, en sus previsiones más valientes, la extrema civilización volverá quizás á los infanticidios por causa económica de las sociedades primitivas.»

Tales vacilaciones y enormidades, y otras muchas de que trataré en el transcurso de este libro, provenientes por igual del rigor de la *justicia económica*, han hecho que el socialismo se le aparezca á la vida como un horrible fantasma de desorden, de imposi-

(1) *La Cité Future. — Essai d'une utopie scientifique* — por F. Tarbouriech — profesor del *College Libre des Sciences Sociales de Paris* — 1902.

ble, de crueldad, sólo amable para la desesperación de los desdichados que no pueden esperar nada peor de cualquier cambio, ó «para el histórico *snobismo* de los intelectuales». (1)

Y es que inferir de las cosas *económicas* un criterio de justicia, independientemente de las necesidades humanas, y tratar de aplicárselo al hombre, resulta mucho más insensato que inferirlo de las cosas *teológicas*, donde cabe al menos el punto de apoyo de la fe. No debe el hombre subordinarse á la lógica más ó menos errónea de las cosas, sino las cosas al hombre, — y la *justicia*, por lo tanto, no es más que una deducción biológica derivada de toda la Antropología: las cosas son buenas ó malas, justas ó injustas, según convienen ó no, en el individuo á la mayoría de sus propensiones, en la sociedad á la mayoría de sus individuos. (2)

Pero con la aplicación de este viejo y simple criterio, constituido en clave de mis investigaciones, propóngome en el presente libro llegar á descubrir que no hay conflicto entre las cosas y la vida, que no lo hay entre las distintas propensiones fisiológicas del in-

(1) *El Liberal* dijo, con motivo de las 278 comedias recibidas en su concurso: «Hemos podido notar que la intelectualidad de la juventud española es enemiga del presente orden social.»

(2) «.....la *Autoridad*, calcada sobre una falsa *Metafísica*, no viene á hacer otra cosa que á falsear la sociedad, á violentarla centralizándola artificialmente, á producir un transtorno semejante al que produciría en un organismo la introducción de un motor suplementario que regulase los movimientos de varios organismos componentes, hechos para funcionar (como los que forman los organismos vivos) por simple yuxtaposición y recíproca condicionalidad.»—Angel Gárvet.—*Epistolario á Navarro Ledesma*.—*Helios*.

dividuo, que no debe haberlo entre los distintos individuos de una sana sociedad, — que puede ser, en fin, reputada como fantástica para el porvenir, cualquier contradicción presente entre la Economía y la Antropología.

Pudiera, pues, suprimírsele toda condicionalidad á aquel criterio, simplificándolo en esta fórmula rabiosamente individualista:

ES BUENO Y JUSTO SOCIALMENTE TODO LO QUE LE CONVIENE AL INDIVIDUO.

Y de ella va á verse surgir un *socialismo antropológico* redentor de los ricos, frente al *socialismo económico* que no ha acertado á presentarse más que como redentor de los pobres.

Porque... «si el pueblo se diera cuenta muchas veces de cómo la serie innumerable de padecimientos físicos y morales, ejercen su papel nivelador en la vida de los pobres y los ricos, no envidiaría probablemente la suerte de los últimos.» ⁽¹⁾ — En efecto, la tristeza de los pobres es la que pasa por contagio á la vecindad de los ricos, como la viruela y el sarampión.



(1) J. M.^a Llanas Aguilaniedo.—*Alma contemporánea*.

PRIMERA PARTE

FUNDAMENTOS DEL SOCIALISMO

I

RAZÓN ANIMAL DEL SOCIALISMO

Para entender cómo y por qué nació «la cuestión social» que hoy por vez primera en la historia preséntase como amenaza universal de pobres contra ricos, á pesar de haber habido siempre ricos y pobres, basta fijarse en las seis grandes fases por que ha pasado el trabajo humano:

1.^a fase: *Salvajismo*. El hombre vivía como la fiera: cazaba y cogía frutos del campo. Todo era de todos, — ó mejor dicho, todo podía ser del que fuese capaz de apropiárselo.

En tal estado, cada hombre trabajaba para sí propio, y NINGUNO PASABA HAMBRE.

2.^a fase: *Barbarie*. En cada tribu se impuso el más fuerte, á quien obedecían los demás, y á quien entre todos mantenían. Apa-

rece el tributo sobre el trabajo por ley de fuerza.

El bárbaro, como el salvaje, trabajó para sí propio, excepto en la pequeña parte que debía entregarle al cacique, — y NO PASABA HAMBRE.

3.^a fase: *Esclavitud*. Compelidas las tribus por la necesidad de guerrear, fundan ciudades. De los caciques, el más fuerte se instituye en dictador, y los demás en señores, — y entre unos y otros se reparten las tierras conquistadas. Nace la propiedad, por ley de fuerza. El bárbaro tributario pasa á esclavo. Trabaja para el amo, y el amo le da de comer mientras vive.

Pero nótese que el esclavo, si bien había perdido la libertad del bárbaro y del salvaje, NO PASABA HAMBRE.

4.^a fase: *Servidumbre*. La Edad Media convierte á cada esclavo en siervo, que vive con su familia en terrenos del señor, pagándole un impuesto. Cada familia sierva es dueña, ó por lo menos usufructuaria, de su parcela de campo, y dueña de las toscas herramientas con que se fabrica lo indispensable. Ella se crea para sí misma alrededor suyo su agricultura y su industria: recolecta, hila, teje, hace zapatos...

El siervo era un tipo mixto del esclavo y del bárbaro, é igual que aquellos NO ESTABA HOSTIGADO POR EL HAMBRE á menos de calamidad general.

5.^a fase; *Salarismo*. En medio de aquel trabajo individual de siervos del campo y de

oficios de las ciudades (siervos del rey), aparece la primera máquina, — cambio notable de la producción que debía trastornar y trastornó la vida. La máquina era una multiplicadora de la producción, una rival temible del trabajo á mano, una fuente inmensa de riqueza. Mas los nobles, que no vieron nada de ésto; que no creían posible otro origen de riqueza que el tributo de la propiedad; que no vieron en la máquina, sin duda, más que una herramienta innoble del trabajo, les abandonaron la posesión de las máquinas á los trabajadores, quienes no pudiendo individualmente comprarlas, porque eran herramientas de más precio que sus tenazas y martillos, tuvieron á su vez que dejárselas á no menos plebeyos mercaderes con ahorros. Los pobres artesanos fueron al taller á servirla, tal vez contentos al principio al ver que alguien les daba en forma de diario invariable y permanente una cantidad quizás mayor que las ganadas por su cuenta en trabajos más penosos. El trabajo empezó á *socializarse* desde entonces; es decir, á no poder ser aislado, sino forzosamente colectivo... Así nació el *asalariado*.

Adviértase que el asalariado empieza nuevamente, como el esclavo, á no producir para él, sino para el dueño. Aparte de esto, el asalariado, como el siervo, como el esclavo, como el salvaje..., NO PASABA HAMBRE.

6.^a fase, y última, hasta ahora: *Proletarismo*. Lo que no había visto la clase noble dominante, se encargó de hacerlo ostensible

la misma máquina, — su fuerza colosal de capitalización. Las tierras, la propiedad agrícola, no le rentaban al señor más que una parte mínima sobre la producción sacada de ella por cada colono, quien claro es que se quedaba con la parte máxima. Las máquinas, (multiplicadoras del trabajo) al revés, producían con el de tres hombres el de veinte; y el dueño de la máquina obtenía, por consecuencia, una renta de producción de veinte hombres sólo con pagar tres salarios. — Así, de la misma clase humilde que el asalariado, surgía como tipo opuesto á él, y futuro rival del noble, el capitalista. La competencia de las máquinas arruinó la producción manual, y los artesanos, poco á poco, ó mucho á mucho, convertíanse en asalariados. Mas como cada máquina con el auxilio de tres hombres producía por veinte, la producción realizada á máquina no necesitó de aquellos artesanos por ella misma arruinados, sino tres de cada veinte... ¿Qué se hicieron los demás? — Sobrar. Holgar por fuerza. Formar lo que llama Engels la *reserva hambrienta del trabajo*. La oferta excesiva de los parados, abarató el salario de los activos; y de este modo, únicamente consiguieron extender el hambre, — porque aun suponiendo que tomasen los patronos doble personal por el mismo costo, siguieron sobrando después catorce de cada diecisiete sobrantes. El ejército de trabajadores quedó formado por un activo y una reserva, cambiándose los puestos de miseria sin cesar, —

y así del ejército del asalariado surgió el ejército del proletariado, mientras crecía el capitalista, con tal fuerza lanzado por las máquinas, que pudo primero al amparo del poder de su riqueza mirar frente á frente al señor feudal, y luego arrendarle sus tierras, y luego comprárselas, arrojándole del castillo y quedándose con sus siervos para trocarlos también en asalariados.

Pudo tanto la clase media, la nueva clase salida «á fuerza de máquina» de la humildad, que no mucho después de su aparición como capitalista, en 1793, luchó y venció á la clase noble por medio de la revolución francesa que se extendió al mundo. — Los títulos de prosapia fueron á partir de entonces simple adorno. Las clases y jerarquías se simplificaron fundamentalmente en dos: los capitalistas y los proletarios. Fué un nuevo poder social, que apareció por la fuerza de las máquinas, como apareció el poder de las sociedades antiguas, según se ha visto, por la fuerza de los puños. — Y como las máquinas hicieron la revolución francesa, las máquinas harán la revolución obrera.

Porque el proletario, el trabajador actual, la mayoría numérica de los hombres, realiza por vez primera en la historia del trabajo un tipo inconcebible: el del TRABAJADOR QUE NO COME.

Jamás, jamás en el mundo estuvo el trabajador así. El de hoy está peor que toda su genealogía; peor que el siervo, que el bárbaro, que el salvaje...; peor que el peor de to-

dos, que el esclavo, puesto que al menos éste era mantenido por el amo aunque faltase tarea.

Y si es posible á cualquier poder dominar aisladamente al individuo y hasta hacerle soportar la muerte, no es posible en modo alguno reunir á la mayoría de los individuos y conformarlos colectivamente con una condena á muerte por hambre general.



II

RAZÓN MECÁNICA DEL SOCIALISMO

No hace falta recurrir al sentimiento, á razones filosóficas de derecho ó á bondades del corazón, para condenar y tratar de corregir tal estado de ruina en los trabajadores; vivimos bajo el imperio absoluto de las máquinas, — y las máquinas, que no tienen corazón, que sólo tienen nervios y leyes de acero, se encargarán por sí mismas de remediar la anomalía so pena de aniquilar la vida social entera que han venido á aliviar ellas redimiendo con su trabajo al hombre de gran parte de su trabajo: porque las máquinas, esos colosos de la producción que fabrican hoy doble producto que antes, necesitan doble número de consumidores, á menos de almacenar sus productos como invendible mercancía á cuyo peso se paren; y las máquinas, mal entendidas en su explotación actual, van enriqueciendo á unos en el mismo grado excesivo que van arruinando á otros; — es de-

cir, van abriendo comercios al mismo diapason que van matando compradores... Por eso, en cuanto caen cuatro gotas, en invierno, van los braceros pidiendo pan de puerta en puerta, á la vez que los graneros se hunden al peso de un trigo que nadie puede comprar. ¡El hambre en mitad de la abundancia!

Pues es que las máquinas han convertido el trabajo en social, forzosamente. ⁽¹⁾ Es que las máquinas tienen que no ser de nadie para poder ser de todos. Es que las máquinas, cuando son de alguien, desvían hacia un lado la riqueza, y hacia otro la muerte; y como la riqueza sin vida es inútil; como el comercio sin compradores es ruina, la riqueza va veloz hacia la muerte también. ¿Sabéis, labradores españoles, quién os impide vender vuestro trigo?... Unas máquinas que lo producen en Norte América, y que compiten con vosotros y con vuestras pequeñas máquinas, por ser más grandes; una grande industria de los reyes modernos del capital, que os mandan buques de trigo con tan bajo precio, que perderíais vosotros entablando competencia... Y así es verdad, — de una triste y amarga verdad, que vosotros no podéis subir los salarios cuando lo piden vuestros trabajadores... ¡las máquinas os van arruinando, después de arruinar á ellos!

(1) «Dice Levasseur, comparando la fabricación moderna de calzado con la zapatería primitiva, que en los talleres de Sigmis (Massachusetts) toman parte en la fabricación de una bota para señora 52 obreros: la labor de cada uno dura apenas algunos segundos, y se reproduce millares de veces al día». — E. Vandervelde. — *El colectivismo*.

He aquí la razón suprema, la mecánica razón del socialismo, — que, como se vé, no es aspiración de una clase, ni sistema de teorías, sino conflicto de todas y cuestión fatal é inevitable de ruedas y de palancas.



III

IMPOSIBILIDAD ACTUAL DEL SOCIALISMO

El socialismo, políticamente, tal como se desprende de la igualdad antropológica y económica en forma de científico sistema, no podrá ser otra cosa que una democracia perfecta en una vida de paz y de trabajo. ⁽¹⁾

Cualquier poder violento para su vida interior, cualquier ejército de defensa contra el exterior, le desnaturalizarían, siendo con respecto á él algo arcaico, de transición, de mezcla con lo inútil del pasado por pacto de impotencia. ⁽²⁾ Un socialismo á medias en su-

(1) «Para que el pacto social no sea una vana fórmula debe encerrar el compromiso tácito por parte de cada uno de obediencia á la voluntad general, — degeneraría sin esto en tiranía.»—Rousseau.—*El Pacto social.*

(2) De *El Nacional*:

«En la sesión del Congreso socialista, el señor Jaurés ha declarado que si las circunstancias lo exigieran, el partido socialista llevaría al Parlamento las cuestiones relacionadas con el conflicto ruso-japonés y la alianza franco-rusa.

El orador terminó su discurso con estas palabras:

«Queremos la paz.

»Hemos declarado guerra á la guerra.

»Todos nuestros esfuerzos se encaminarán á trabajar por la paz y la justicia social.»—Fabra.

ma, sólomente fundado en la reforma de la propiedad, y que apenas por cuestión de nombre se diferenciaría de una monarquía ó de una república socializadas económicamente en un grado avanzado de la evolución inevitable. Es decir, un absurdo, un monstruo, un *no socialismo...*, sino todavía el *camino* de él cruzando la imperfección política.

Pero la imperfección política constituiríale la más tremenda de las contradicciones, capaz de imposibilitar hasta esa menguada vida impropia. Un César puede nombrar policías y puede enviar soldados á la guerra en nombre de su legítima autoridad sobre la ignorancia... y cumpliendo un providencial destino altamente civilizador (como se demostrará luego). Un pueblo que presumiendo ya de civilizado se constituyese para la igualdad y la paz, aunque aceptando la tiranía y la guerra como involuntarias roñas históricas de que no habría podido limpiarse, ni encontraría ciudadanos que aguantasen el entonces bochornoso y siempre molesto oficio de polizontes, ni tendría derecho alguno para obligar á que otros tuviesen por profesión la de exponer la vida (los jefes no se eligen por sorteo ni temporalmente) mientras que los demás la disfrutaban, — sus iguales. ⁽¹⁾

Desgranemos la comparación un poco más, para que no parezca sólomente fundada en

(1) También se demostrará después que, dada la condición de los ejércitos modernos, no cabe más disyuntiva que no tener ninguno ni pensar en guerras ni defensas, ó tenerlo *permanente, profesional*, con todas las consecuencias del actual militarismo.

simples motivos egoístas, cuando son más altos, porque son de conciencia, de principios, de ideales.

Hoy un hombre puede orgullosamente escoger la profesión de militar, por patriotismo. En una nación ó federación socialista, no; porque el socialismo no es patriota, sino cosmopolita. — Hoy se puede altivamente elegir la profesión de las armas con el convencimiento, quien la elige, de ayudar á su país en el altísimo empeño de acabar de extender la civilización por el mundo, — única misión final de la guerra: que la guerra, hasta cuando no va contra salvajes, sino contra otra nación culta, siempre le da el triunfo á la más fuerte, á la más rica, á la más... civilizada. En un país socialista, no; pues el hecho de acomodarse prematuramente para la paz, acusaría una cobarde renuncia de su puesto de honor en la empresa universal civilizadora, y su ejército defensivo habría perdido el carácter de portabandera del progreso para convertirse en triste jauría de perros de una arcadia.

Oficio el de soldado, entonces, sin transcendentalidad alguna, puramente de garantía de la felicidad de otros; es decir, de guardián, no de militar, con sus altos empeños universales, y por consecuencia indigno, — cuando habría dejado de serlo hasta el oficio de pocero, como después se verá.

Yo no puedo creer en ese semisocialismo más que contemplándolo desde el lado acá,

desde las constituciones políticas del presente en evolución primitivamente económica.

Su Estado, sus leyes, todo lo inflexibles que se quiera, sin más autoridad que la que virtualmente puedan cobrar como expresión de la mayoría de los sufragios, no tendrán otra fuerza que la emanada de la firme conciencia del deber de esa mayoría y del respeto fraterno de la minoría.

La soberanía del pueblo exige la cultura del verdadero ciudadano, del verdadero gobernante, en cada hombre. (1) No una cultura de *ministro actual*, es decir, como se entiende hoy en los estadistas, acaso tan exuberante de rauda sabiduría como defectuosa de real profundidad y vacilante de direcciones, — cosa bien natural dado que es infinitamente más difícil y aventurado resolver un problema que mantenerlo resuelto; sino una cultura honda y sencilla, apoyada en toda la breve fórmula de la sabiduría histórica y orientada por el claro sentido de la vida.

Sin esta cultura, fácil en su día, sería imposible hasta la nimia apariencia de una tranquilidad material; esto es, de la sumisión al poder público, — cuanto más el orden admirable de un estado de cosas cuya vida interna habría de estar fundada en el concurso del trabajo y de la fe moral de cada uno en la consideración de los demás y en la

(1) «La soberanía es inalienable.» —Rousseau. — *El Pacto social.*

prosperidad del conjunto. Dése á la ignorancia europea funciones tan delicadas, y calcúlese del éxito. — Porque Europa, la civilización, no es en suma más que algunos centenares de inteligencias encargadas de pensar por toda una millonada de hombres... de médicos, de notarios y picapedreros. (1)

De hombres degenerados por toda clase de desusos del cerebro, del estómago y del corazón. (2)

Y con degenerados, ni es posible improvisar una sociedad democráticamente perfecta, ni siquiera quizás imaginarla para el porvenir. (3)

Es precisamente éste el error genérico que ha deslizado multiples errores en la no prevenida deducción científica. Los sociólogos, aun los más predispuestos á la generosidad, han creído juzgar *socialmente* del hombre... por el hombre actual, por el hombre estropeado por la semicivilización. (4) La estadística ha jugado en tales investigaciones gran papel. Y para fijar los rasgos del tipo pre-

(1) Tan técnicamente expertos y tan malos ciudadanos, que todos igualmente podrían ser recusados en una buena sociedad política por la misma causa que tuvo en cuenta en 1613, el ingenuo Cabildo Real de Buenos Aires «prohibiendo la entrada en la ciudad á tres abogados que llegaron de España en atención dice la cédula á los grandes enredos que estas gentes arman en los pueblos». — Moreno Espinosa. — *Historia de España*.

(2) «Los degenerados se encuentran principalmente en las altas clases» — Max Nordau. — *Las mentiras convencionales*.

(3) Por eso sin duda no la pudo imaginar Rousseau (*El Pacto social*), cuando dijo: «Si existiese un pueblo de Dioses se gobernaría democráticamente, pero un gobierno tan perfecto no conviene á los hombres.»

(4) «¿Verá la humanidad la luz de un nuevo día? ¿Curará, según la frase de Escuder, los males causados por la civilización, volviendo al estado natural?». Llanas Aguilaniedo. — *Alma Contemporánea*.

sente, bien vale la estadística. Mas para decidir lo futuro hay que desconfiar de la estadística y de la observación de lo presente.

¿Qué puede saber del tipo normal una ciencia moral observadora (no experimentalista) que no ha podido jamás observarlo?

Se dice: *Herencia*.

Y por *herencia* se transmiten la degeneración orgánica, las enfermedades, las vesanias, los instintos morales, la propensión criminal, — todo ello fatalmente, concediéndole tan escasa ó nula influencia modificadora al medio, que ni los más audaces tratadistas de sociología, por respeto á *esas verdades* (ó por miedo á parecer ideólogos tocados de sentimentalismo) se atreven á descartar de la humanidad futura al haragán, al tísico, al erotómano, al ladrón, al homicida... á toda la lista más ó menos atenuada de nuestras miserias.

Se dice: *Sexo*.

Y por razón orgánica de *sexo*, elévase á condición definitiva la actual debilidad de las mujeres, su inferioridad intelectual, su histerismo, su pereza, su pasionalidad nerviosa, su astucia y su propensión traicionera...

Se añade: *Raza*.

Y por no sabemos qué misterios de la raza y del ángulo facial (más pequeño en cualquier aguador gallego que en cualquier aschanti) decretase irrevocablemente un índice

de capacidad distinto para el blanco, el amarillo y el negro... (1)

De aquí una buena parte de todos esos remedios absurdos contra el mal que tiene que inventar el socialismo á nada que se mete á arquitecto, tan horripilantes los unos como la castración de púberes endebles y la matanza de niños, ó tan retrógados y antidemocráticos los otros como la dispensación del trabajo social á la mujer, mantenida para el servicio y el placer del hombre, ó los bien profusos reglamentos contra discolos de todas las transcendencias y de todas las especies.

Pues bien, puede asegurarse: mientras la humanidad fuese así, como es ahora, sería el mayor de los disparates el socialismo...; y si por ley de herencia y de sexo y de raza no podrá ser orgánica y moralmente de otro modo nunca, por mucha instrucción que difundan los maestros, el socialismo no existirá jamás.

La razón es clara:

Admitida para el hombre, por naturaleza, la perversión, hasta el punto de desesperar contra ella de toda eficacia ambiente, no basta dejársela restringida cuanto se quiera para que no quede esta *verdad* en pie: «El hombre, por su naturaleza es perverso». Y si lo fuese, como no hay más que una sola natu-

(1) Lo cual no impide que un pueblo *amarillo* como el Japón adquiera esa civilización que ha asombrado al mundo y que hoy tiene en jaque á la misma vieja civilización europea.

raleza para todos los hombres, habría que afirmar, por extensión, que todos los hombres «aparentemente no perversos» serían un producto artificioso de educaciones y de influencias, no sólo extrañas, sino contrarias á la naturaleza... Es decir, que debajo del hombre *artificial*, domeñado por el maestro de escuela, como el león por el domador, estaría el hombre natural, la fiera... Y me figuró inmediatamente la contagiosa influencia de una fiera indómita en cada ciudad sobre otras domesticadas fieras que no tendrían al fin más domadores que ellas mismas.

El advenimiento del socialismo impone varias transformaciones en la humanidad actual:

A.—Transformaciones previas (ó impuestas por la cultura, independientemente del socialismo), sin cuya posibilidad absoluta no es posible el socialismo.

B.—Transformaciones consecutivas (ó impuestas por el socialismo), sin cuya posibilidad absoluta no es posible el socialismo tampoco.

Las primeras son:

I.—Transformación de las nacionalidades.

II.—Transformación de las aptitudes individuales.

III.—Transformación de la receptividad para las enfermedades (degeneración orgánica) y los vicios (criminalidad).

IV.—Transformación del amor.

V.—Transformación de los deseos.

La posibilidad, y en caso afirmativo el tiempo probable necesario para estas transformaciones, indicará *cuándo vendrá* el socialismo.

Las segundas son:

I.—Transformación de la propiedad.

II.—Transformación de la herencia.

III.—Transformación del trabajo y de las jerarquías.

IV.—Transformación de la mujer como entidad social.

V.—Transformación del hogar.

La posibilidad de estas transformaciones indicará *cómo será* el socialismo.



SEGUNDA PARTE

¿CUÁNDO VENDRÁ EL SOCIALISMO?

TRANSFORMACIONES PREVIAS Ó IMPUESTAS POR LA CULTURA INDEPENDIENTEMENTE DEL SOCIALISMO

IV

TRANSFORMACIÓN DE LAS NACIONALIDADES

Los socialistas conciben la posibilidad de un socialismo nacional.

Queda atrás apuntada la idea de la cobardía que significaría ésto como renuncia de una nación en la universalización de la cultura. Pero supongamos que una nación ha conseguido la de sus ciudadanos, y que creyendo poder prescindir de empresas coloniales por contingencias de su población ó de su industria, juzga bastarse á sí propia y se constituye pacíficamente en socialista.

Sea Francia. El hierro de sus fusiles serviría para azadones (recuérdese la frase de Jaurés — el actual caudillo francés del socialismo: «queremos paz; hemos declarado guerra á la guerra»)... Y tan pronto como no tuviese ejército y armada, Inglaterra, Rusia, Alemania, con sus reyes y ejércitos

guerreros..., se la repartirían tranquilamente. — ¿Por qué no? ¿Iba á pedirseles á estos Estados no creyentes del socialismo más respetos al socialismo que á la fe en Mahoma, por ejemplo? ¿Iba á pedirseles respetos á un pueblo constituido en bandera de invitación perpetua á la revolución en todos los demás, y cuyas ventajas económicas y cuyo desinterés socialista sería un tremendo motivo de competencia y de trastorno en el mercado exterior y en todos los intereses del internacional capitalismo?... O pronto Europa habría imitado á la nueva Francia, ó más pronto Francia habría vuelto á ser la vieja Europa. ⁽¹⁾

Supongamos un socialismo continental (europeo), y tendríamos inmediatamente el conflicto internacional (con América), — puesto que la civilización tiene por razón de su dinámica lazos generales que lo mismo se revelan en la internacionalidad forzosa de la producción (no es por capricho del capitalismo por lo que sostienen el cambio de productos Europa y América) que en la internacionalidad ideal de los obreros (no fué tampoco un capricho lo que fundó la *Internacional de los Trabajadores*). — O el

(1) Charles Malato, en su *Philosophie de l' Anarchie*, ve para cualquier sociedad de paz futura la «necesidad de un ejército más ó menos costoso con que defenderse de las naciones despóticas ó bárbaras. Sólo cuando las fronteras no existan desaparecerá entre los humanos todo motivo de guerra».

Más relativamente lógico Vanderverle (*El Colectivismo*), dice: «No habrá Poder que tenga á sus órdenes policía, guardias ni ejército; no habrá despotismos ni usurpación posibles, cosas que las naciones podrán tener siempre mientras se vean obligadas á fabricar sables».

socialismo europeo arrastraba á América, ó América haría resucitar á la vieja Europa.

Forcemos, pues, la suposición, llevándola hasta un socialismo que abarcara el orbe civilizado, — Japón inclusive.

¿Qué sucedería?

El mundo quedaría dividido así: de un lado, gentes de paz, dedicadas á la vida feliz y laboriosa, desinquietas de defensas ni conquistas; de otro lado, gentes bárbaras y hambrientas, ó semicivilizadas, en un pleno abandono de su desdicha y de sus instintos de rapacidad posesora...

Pues basta. Un acorazado persa, marroquí, con sus cañones y su dinamita y sus torpedos, sería el dueño del mar... y de las costas y ciudades marítimas socialistas que podría bombardear impunemente...; la piratería, generalizada como en los principios de la Edad Media, y más culta, tendría rápidamente Barbarrojas ambiciosos convertidos otra vez en reyes tremebundos; — y verdaderos ejércitos de destrucción surgirían otra vez por todas partes amenazando á la civilización floreciente y pacífica con su desaparición histórica, ni más ni menos que en la antigüedad desaparecieron también asiáticas civilizaciones tal vez moralmente admirables y por idéntica causa: por no haber tenido contra los semibárbaros la garantía de la fuerza, «la superioridad en la fuerza asimismo civilizada»..., que estos nuevos pueblos

del gran progreso hubieran de haber abandonado tan precipitada como imprevista é imprudentemente. ¡Qué inmensa responsabilidad!

Tornaría el dilema del «socialismo nacional francés». O las grandes confederaciones socialistas se dejaban conquistar, consintiendo un retroceso horrible, ó después de bombardeados sus puertos y sufrido el daño gravísimo de los desembarcos militares y de algún triunfal paseo de los invasores ejércitos, repentinamente se verían forzadas á la defensa trocando el pacífico trabajo de sus fábricas por una febril improvisación de bélicos mecanismos capaces de resistir... y de dedicarse en seguida á destrozar estas anacrónicas escuadras, con otras más terribles *hechas á escape* y capaces también de ir á conquistar y dominar para el socialismo los pueblos enemigos...

Nuevas guerras. Nuevos años de regresión á los empeños conquistadores.

Nueva división, después, del mundo: salvajes y no salvajes.

Y ahora pasan, no años, sino siglos. Los buques y las pólvoras han ido llenándose de herrumbres y de mohos. Los paraísos socialistas prosperan confiados. Y puesto que ni les importa (véase que sigo prescindiendo de toda necesidad colonizadora gratuitamente) ni les es posible mantener relaciones telegráficas ni postales ni diplomáticas con los países salvajes sin una *fuerza militar* que fie la vida de embajadores y telegrafistas, viven

en tanto descuido y desconocimiento de aquéllos como si fuesen de otro planeta... (véase que prescindo también del sentimiento de *caridad humana* que debería estar profundamente arraigado en hombres superiores).

¿Podiera la misma histórica evolución llevar á aquellos pueblos ignorados y abandonados á una espontánea pseudo-civilización militar temible por la calidad de sus armas?... Indudablemente, la Historia, con más ó menos celeridad, se repetiría... Daríase un nuevo inventor de la pólvora, un nuevo inventor de las máquinas, de los artefactos de matar. Y tan pronto como los buques mercantes socialistas encontrasen por las costas extrañas algo más que inofensivas piraguas, sería llegada la ocasión de prever con tiempo una rivalidad... Es decir, sería llegada *otra vez la ocasión*, para los pacíficos progresistas, de militarizarse á fin de evitar el ajeno militarismo, — de una nueva expedición guerrera, de una nueva conquista más ó menos larga y fastidiosa.

Cada una de tales eventualidades significaría una deuda de imprevisión contraída por la impaciencia y pagada con violencia ingrata por el socialismo.

Pero aún queda algo, y tal vez lo más grave.

No es que un pueblo bárbaro indicara la oportunidad de su destrucción ó de su rápida conversión al pleno progreso con sus propios indicios de ir saliendo de la barbarie,

sino lo contrario, que estancado ó retrogradante á la más típica *barbaridad*, sufriese hambre en sus tierras y en sus bosques, cada vez más atestados por causa de esa prolífica fecundidad reproductiva que es mayor en el hombre mientras menos se diferencia de la bestia. Los miles y miles de centroafricanos y los millones y millones de chinos, se habían convertido, «silenciosamente», en miríadas de famélicos; y... *un día*, cualquier Ati-la de los bosques, lanzado más allá de las montañas por un simple movimiento de expansión de la avalancha humana, no sería ya el disciplinado y limitado ejército terrible, sino el aluvión de furias que cayendo por los Atlas en Argelia ó en Egipto ó llovido por los Ourals y el Cáucaso en Europa, la invadiría entera, bastándole con el número incontable y con sus flechas y sus picas para destruir la inerme sociedad paradisiaca... ¡la social fraternidad no tendría más tiempo esta vez de volver á improvisar la escuadra y el ejército protector, que si se hubiese visto inundada de pronto por las olas oceánicas!

Se habría repetido la historia. Se habría repetido la derrota de Roma... sobre una Roma (por locura incomprendible) más indefensa que la pobre Roma de las lanzas, todavía. ⁽¹⁾

(1) «Las carnicerías armenias son simples ilustraciones en pequeña escala de lo que se produciría si los principios pacíficos de Tolstoi se adoptasen en los países civilizados».—Roosevelt.—(Citado por Henri Mazel en el *Mercur de France*).

Por incomprensible locura, sí. Por insensato desprecio de la fuerza ante la fuerza. Precisamente lo que ha dado y sigue dando á nuestra civilización actual la hegemonía del mundo, es la superioridad científica de sus ejércitos; superioridad incontrastable ni por la personal fiereza ni por el número, cualquiera que hubiese de ser el de sus salvajes enemigos. Aun sin contar con la bélica acometividad del Progreso, que busca á los hombres *primitivos* en sus propias tierras y los disgrega ó les impone la civilizada sumisión lejos de dejarlos multiplicarse, bien cierto es que todos los millones de chinos juntos, dado el caso que hoy pudiesen sorprendernos, caerían á las primeras de cambio ardiendo entre metralla con pareja sencillez que se abrasa en gasolina una cuerda de langosta.

He ahí por qué es la pólvora la fuerza triunfante de la idea. He ahí por qué es cada soldado un filósofo en acción, y *El Ejército factor esencial de progreso*, según traté de demostrar en un artículo bajo ese título en el *Heraldo de Madrid* y con motivo de ciertas exacerbaciones del muy general error que consiste en creer al Ejército enemigo mortal y natural de todas las tendencias no conservadoras, como si Reacción y Ejército no fuesen precisamente los dos términos antitéticos.

Claro está que la democracia aniquilará al Ejército; pero lo aniquilará en su gloria, en su misión humana inmensamente cumplida;

porque el Ejército, fuerza de la vida con su apariencia de fuerza de la muerte, no tiene en fin de cuentas más misión que pasar el poder, á través de los siglos, desde la aristocracia á la democracia; y ésta le ceñirá los laureles de la inmortalidad histórica cuando le dé conquistado el mundo. Es la gran empresa de la guerra de todos los tiempos, y que habrá el Ejército de terminar en bien del socialismo. Larga ó corta, es previamente indispensable... y absolutamente propia de los nacionales ejércitos con sus disciplinas, con su orden, con sus jerarquías, con sus reyes ó regios presidentes de república en el primer puesto del escalafón. Propia, en fin, del Ejército, como oficio, como profesión brava y predominante hasta sobre todas las demás profesiones del trabajo. (1)

En efecto: aspirase no sólo á la civilización, sino al mayor grado de civilización. Los ejércitos de las naciones actualmente más poderosas (las más civilizadas: Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Italia, los Estados Unidos) no sólo se conciertan para prepararse al reparto de Marruecos y de la China, sino también para repartirse, si es preciso, las demás naciones rezagadas en su adelanto. Polonia desapareció. Turquía da las boqueadas. España perdió ya un buen pellizco de sus dominios. Y nunca vence

(1) «Pedro el Grande hizo muchas cosas bien, otras importunas. Vió á su pueblo sumido en la barbarie, pero no conoció que era demasiado joven. Quiso civilizarlo, cuando debió haberlo aguerrido».—J. J. Rousseau.—*El Pacto social*.

sino la nación más rica, más sabia, más fuerte. Y es preciso, si no ha de interrumpirse esta tendencia al imperialismo, que será el imperialismo de la idea, que no ceje un momento siquiera la emulación de fuerzas entre las naciones, aunque hubiesen de arruinarse... porque está el progreso en un período esencialmente militar, — de generalización, de unificación de la intelectualidad humana.

Todas estas razones dejan concebir para un mañana no distante, y mientras no sea un hecho el dominio efectivo y casi la igualdad del progreso en la tierra, monarquías ó repúblicas tan cesaristas en sus empeños internacionales como *socializadas* en la marcha interior de sus regímenes resuelta y conscientemente evolutivos hacia el socialismo; mas en modo alguno *socialismos nacionales* (aislados) que tendrían que contradecir su esencia pacífica con el esfuerzo principal de formidables ejércitos si no querían verse destruídos temporal ó definitivamente por otras naciones poderosas donde el capitalismo y sus momentáneos intereses egoístas siguiesen imperando, ó á la larga por los mismos pueblos salvajes; y en verdad que las naciones poderosas tardarían poco en intentarlo y realizarlo, pues si bien es cierto que hoy por una providencial coincidencia, y gracias á la «cientificación» y gran costo de los medios de combate, resulta que siempre es la más fuerte la nación más próspera

y civilizada, no es menos cierto que tal cosa la ignoran ellas mismas y que sólo obedecen en sus ansias de dominio á un instinto egoísta que lo mismo que produce ahora sus buenos efectos sobre los pueblos débiles ó incultos, los produciría de un modo ciego y detestable sobre los pueblos llegados á la meta del progrero é imprudente y voluntariamente desarmados ó menos armados si quiera.

¿Es que se puede argüir que fuese dable á una *nación socialista* tener apercebidas todas las máquinas de combate de mar y tierra en una espectación inactiva y sin cuerpos activos de marina ni de ejército, prontos no obstante á caer sobre ellas en caso de defensa necesaria?... Pues pudiera contestarse que ésto supondría, por un lado, una industria bélica en actividad incesante (lo más caro de la guerra), ya que veríanse obligados á seguir paso á paso los rápidos progresos ⁽¹⁾ del arte militar,—todo un *ejército* de ingenieros y mecánicos y químicos..., y con un solo fin, bien desesperante, de previsión inútil desde el momento en que estuviera bien calculada (á fuerza de millones y talento y energías); y por otro lado podría añadirse que ni aun lo de los cuerpos profesionalmente militares se podría evitar, porque hoy, y menos cada día que pase, ni los pilotos ni los artilleros ni los simples sol-

(1) En veinte años está calculado que se hace antigua é inútil una escuadra.

dados se improvisan, con acorazados y con cañones y con tácticas complicadísimos que son cada uno un problema de mecánica ó de cálculo exigentes del hábito en su ejecución... Esto sería bueno para los tiempos de Viriato, cuando se trataba de repartir linternazos con una espada ó una porra. ⁽¹⁾

Y un Estado socialista, francés por ejemplo, montado á la *alemana*, con su general en jefe para la visibilidad exterior, confesemos que no se diferenciaría mucho de la República francesa... como estará quizás de aquí á treinta años, en franca marcha hacia una socialización evolutiva; en marcha hacia el verdadero socialismo que sólo habrá triunfado definitivamente cuando no quede en el mundo más que un viejo cañón sobre que alzar en gratitud perpetua la estatua de la Paz.



(2) Recuerda Malato en defensa de la posibilidad de improvisar un ejército de guerrillas contra cualquier eventualidad, que los cubanos resistieron durante dos años á doscientos mil soldados regulares; pero no considera que las guerrillas cubanas estarian vencidas, ó seguirían á lo sumo *resistiendo*, aún en la manigua, á no haber sido por la intervención á su favor de los Estados Unidos. ¡Lindo porvenir para una sociedad de paz, la guerra eterna entre los árboles!

V

TRANSFORMACIONES INDIVIDUALES: PODER DE LA EDUCACIÓN. (1)

Dos energías realizan la vida: la energía vital, que reside en el sér y se trasmite invariable de individuo á individuo dentro de la especie, y la energía cósmica, común á todas é igualmente variable en la intensidad y las formas de su acción sobre cada una. En cada especie, de la constancia de la primera depende la constancia de sus caracteres generales, y de la infinita variabilidad de la segunda las infinitas modalidades de esos mismos caracteres. Aquélla es, por consiguiente, responsable de las diferencias entre las especies, y ésta de las diferencias entre los individuos.

Los caracteres constantes del hombre, los

(1) Este capítulo figuró íntegro en una colección de artículos publicada en *El Globo* en 1887 con el título de *Etiología moral* (psico-mecánica). Al recogerlo ahora en el presente libro no he querido siquiera corregir el *estudiantil estilo* en que encierra las ideas.

únicos que referirse pueden á la energía vital de su especie, á *su naturaleza*, como suele decirse, son los que le distinguen de las demás especies animales: la estructura y la forma, el pensar y el sentir; caracteres constantes de tal modo, que, sin excepción, todos los individuos de la humanidad lo manifiestan; y de tal modo esenciales, que desaparece el individuo al perderlos: no hay modificador social capaz de transformar la piel del niño en la coraza de una tortuga ó de mudar en alas sus miembros torácicos, ni de anular su pensamiento y su sentimiento, sin atentar á su vida. (1)

Entre tanto, los caracteres variables, es decir, las modalidades infinitas de la forma, de la estructura y de la inteligencia; los que dependen de la energía cósmica, son los del tipo fisonómico y los del tipo moral; el tener el brazo largo ó corto y la piel morena ó blanca, etc., etc., y el pensar ó el sentir de esta ó la otra manera. A naturalista alguno se le ocurre no aceptar como tales hombres al blanco, al moreno, al alto, al bajo, al sabio, al necio, al filántropo, al asesino; porque

(1) No importa admitir que la *energía vital* tiene en todas las especies una tendencia morfológica transformadora á través de larguísimo períodos de tiempo. Pero aparte de que cada especie se cambia en otra por las gradaciones de tal secular evolución, como según Darwin hubo de ocurrirle al mono antropomorfo que se cambió en hombre (lo cual, lejos de contradecir, confirma la invariabilidad de la *energía vital* como causa de los caracteres constantes en CADA ESPECIE), aquella tendencia es «perfeccionante», y en modo alguno «regresiva. Una especie, entre todas las demás, un individuo dentro de su especie, podrán no desenvolver sus energías (latencia), permanecer estacionarios, y extinguirse, morir, en su lucha con los fuertes; lo que no se concibe es su retroceso á las especies inferiores: ¿Dónde están los nuevos monos procedentes de los hombres degenerados?

la estatura y el color y todos los matices de la fisonomía, lo mismo que la sabiduría, la necedad, la filantropía, el crimen y todos los matices morales, en nada afectan á su naturaleza, siendo puras creaciones del social ambiente, é igual la innata aptitud en todos los individuos para conseguirlos.

—
Debe de existir el *tipo criminal* caracterizado cumplidamente por rasgos anatómicos peculiares, porque cada hombre tiene una modalidad especial orgánica inmediata causa de su especial vocación, ora sea ésta inclinada á la virtud ó al vicio. Pero ¿es posible dudar que á su vez la causa de esas modalidades orgánicas tiene que residir en la educación y de que no puede en modo alguno residir en la naturaleza del hombre, según dicen los positivistas de la escuela italiana?

Para probar la innatitud de la conformación orgánica, condición material del tipo moral, no sirve, en efecto, el estudio del hombre cuando ya manifiesta sus propensiones; debe examinarse el recién nacido; esto es, el sér humano antes de su evolución individual orgánica determinada en sus modalidades por agentes exteriores (el hombre, es ya el complejo resultado de ellos al reaccionar en su vital energía). Y el recién nacido, conjunto poco menos que informe de materia animada cuyo único instinto, respondiendo á la voracidad trófica de sus células, es el

hambre, y cuya única actividad tiene por móvil la sensación bruta del dolor, ni anatómica ni fisiológicamente ofrece vestigio sobre qué fundar el pronóstico de su moral desarrollo. Inútil fuera deducir consecuencias por si es su cabeza braquí ó mesaticéfálica y ortognata ó prognata su cara; debe más la configuración craneal á condiciones mecánicas del parto que al modelado del órgano que encierra, — el cual apenas muestra en diseño sus comisuras y circunvoluciones, pudiendo sólo tomarse por el croquis de un cerebro, *maceta del alma* que le sembrará la sociedad, y cuyo crecimiento, á la vez que el cuerpo solicita materiales nutritivos so pena de muerte, bajo pena de imbecilidad pide sensitivos estímulos. El monstruo; es decir, lo anómalo: un acéfalo, un microcéfalo: sólo esas aberraciones (?) de lo natural anuncian al imbécil sin remedio.

La primera condición de esas modalidades orgánicas para que pudieran ser consideradas carácter de especie, y ser atribuídas á la *naturaleza del hombre*, tendría que consistir en que dichas modalidades fueran constantes en todos los individuos, y constantes, por lo mismo, los instintos que ellas engendran, el de piedad y el de probidad entre otros; en efecto, los instintos animales, derivados directa y exclusivamente de la naturaleza, como el de moverse, el del hambre, el de la sensualidad, etc., no faltan jamás. Pues bien, el mismo Lombroso, y con él toda la escuela italiana, reconoce la inconstancia de aque-

llos instintos en el hecho de afirmar que el *criminal nato* «carece de ellos».

Además de esa condición necesitarían la de ser intransformables, é intransformables por consecuencia los instintos engendrados por ella (como desde luego lo son los ya dichos del hambre, de la sensualidad y de la motilidad), que habrían de desenvolverse lo mismo que éstos se desenvuelven, con absoluta independencia de las energías exteriores.

La escuela de Lombroso, en efecto, tomando los *instintos morales* por hereditarios (propios de la naturaleza) admite con todas sus consecuencias esa afirmación para un «tipo delincuente», al menos: el *delincuente nato*, del que asegura que es *incorregible*, porque la educación es tan incapaz, en él y en su descendencia, de *transformarle* los instintos de ferocidad, como de *crearle* los de *piedad* y *probidad* que no tiene.

Pero he aquí unas cuantas deducciones: si los instintos morales hereditarios son intransformables en el delincuente nato, ¿por qué no habrían de ser también intransformables en los demás delincuentes y en todos los *tipos* sociales? — Si el delincuente nato es *incorregible* y tiene *por naturaleza* instintos de ferocidad, con ausencia de los de *piedad* y *probidad*, como nadie puede dar «lo que no tiene», claro es que al engendrar un hijo dos progenitores de esa clase, el hijo, según dicen que ocurría á los de la familia Yuke, heredará el germen de la delincuencia, y ni sombras del de la honradez, y las nuevas

generaciones se repetirán en idénticas circunstancias; y en tal caso ¿cómo explicar lo que Lombroso afirma de que el *delincuente nato* sea la reproducción por atavismo de un pasado aspecto del proceso evolutivo que la humanidad sufre en el tiempo?

¿Retrata el delincuente nato el tipo del *hombre primitivo* que como él careciera de esos instintos de piedad y probidad?... Si lo retrata, si el tipo retratado carecía también de ellos por naturaleza, y el cultivo en el ambiente (la educación) no pudo «creárse-los», la humanidad de hoy, descendiente de ese tipo primitivo, debía de ser tan bárbara y tan feroz como él, debíamos de ser todos *delincuentes natos*... No lo somos; luego el hombre primitivo no era *intransformable*, ni el delincuente nato, copia suya, tampoco debe serlo á través de la raza.

Todavía otra pregunta: si el hombre primitivo, rudo, tosco, fiero, ha ido transformando los rudimentarios instintos morales que poseía y adquiriendo otros que no tuvo, hasta presentar los instintos morales del hombre civilizado, ¿cuál fué la causa de esa transformación y, sobre todo, de esa CREACIÓN de instintos?... No siendo su naturaleza, puesto que «por naturaleza carecía de ellos», no pudo ser más que el medio externo; es decir, los factores del medio externo aptos para influenciar la *parte moral* del hombre, ó sea la energía social, LA EDUCACIÓN.

Que la escuela italiana se eche por el campo de la observación á buscar en pro de la herencia pruebas falaces, poco puede valer después de ésto; porque esa misma observación brinda á cualquiera cien pruebas contrarias. ¿Sabe Lombroso de caballos indóciles y vengativos que los árabes tienen que retirar de sus yeguas por evitar la transmisión hereditaria de esos instintos?... Pues sin ir á la Arabia se tropieza algo en contra de la *herencia instintiva moral*: en casi todas las casas del mundo hay gatos y perros hijos de otros indóciles y vengativos: perros hermanos, gatos de la misma cría; y, sin embargo, de ellos, unos siguen intratables y furiosos, y otros muy sociables y dóciles: los primeros suelen ser los que viven alejados de las gentes, y los segundos los que desde pequeños sirven para recreo de chiquillos. ¿Puede citar la familia Yuke como ejemplo de la herencia moral en la humanidad? Pues apenas habrá un hombre que no pueda citar el caso opuesto: un matrimonio perdido cuya descendencia fué honradísima... Hijos de díscolos y degenerados y perdidos suelen ser casi todos los niños del Hospicio, de donde salen por lo general hombres y mujeres modelos de resignación y de humildad.

No basta, no, que haya esta teoría pasado á artículo de fe hasta el punto de figurar la *herencia* como factor esencial en la etiología clínica de todos los enfermos. Los hechos pueden ser exactísimos, y aun tener un

cierto valor limitado en su aplicación práctica, sin que por eso queden inmunes contra el error sus interpretaciones ideales: porque los hechos no son la verdad, sino facetas de la verdad que necesita ser conocida por todas sus facetas si quiere el observador no equivocarse. Es la gran diferencia que va de las ciencias de *observación* á las ciencias de *experimentación*. La experimentación no es más que la plena comprobación de las equívocas observaciones, — y en este punto la Antropología (y menos especializada al Derecho) no ha podido aún hacerse experimental.

Una observación tiene, pues, tanta importancia como otra cualquiera, siempre que sea sensata, en esta clase de cuestiones. Una interpretación sobre la misma observación, merece tanto crédito como su opuesta con sólo que sea *posible*... Y así, es verdad, como ya dijo Aristóteles, que el parecido fisonómico de algunos hombres con ciertos animales, coincide en aquéllos con los instintos de los últimos; pero ésto puede explicarse de idéntica manera que el parecido de los criminales con los salvajes y los idiotas, por la repetición de actos semejantes. También es verdad que hay niños con inclinaciones perversas, pero esa precocidad para el mal depende quizás del vicioso estímulo educativo que recibieron precozmente. No es menos exacto que, en general, la mujer es más delicada y tierna que el hombre; pero se debe ésto á que, en general, su vida transcurre

sin que le emboten la susceptibilidad rudos acontecimientos; cuando no sucede así, la mujer es tan feroz y tan fría como el hombre que más: por ejemplo, las mujeres salvajes y las rameras. Ciertamente es que los criminales de oficio se tatúan porque son más insensibles que las gentes de bien; pero lo mismo se tatúan los marinos y las tribus oceánicas, cuya insensibilidad obedece á su vida tosca antes que á su perversión moral. Es evidente que los padres viejos suelen tener hijos díscolos y egoístas; pero no es porque esos defectos del carácter de los viejos se transmita por herencia á los hijos, sino porque éstos, al desarrollarse, los copian de sus padres. Y, en fin, positivo y sorprendentísimo á primera vista es el caso, célebre en criminología, del borracho Marx, cuya descendencia en setenta y cinco años ofreció al mundo doscientos ladrones y asesinos, doscientos ochenta y ocho enfermos y noventa prostitutas; pero tanta infamia pudo irse transmitiendo de unos á otros por la educación y no por la generación,—siendo al efecto muy sobradas las costumbres de vagancia, pillaje y vicio que formaron el ambiente moral de aquella tribu, abandonada á sí misma en mitad de la civilización, como pudiera estarlo en un islote de mares inexplorados...

La única *experimentación* concluyente, que no tiene la escuela italiana, y que por desgracia no tendrá jamás (pues no hay en los gabinetes de antropología *niños experimentales* como en los de biología general

conejiillos de indias) sería ésta: dos recién nacidos de cualquiera de esas famosas familias de perdidos; el uno, que abandonado al espontáneo ambiente de perversión que suele producirlos, diese el *criminal nato*; el otro, que en medio de todas las perfecciones educativas y á pesar de ellas y contra todas ellas, diese el *criminal nato* TAMBIÉN.

Yo me guardo mucho de negar á los delinquentes avezados un algo de aspecto común, cuando Lombroso, con fotografías tomadas entre ellos al azar, lo demuestra terminantemente, y cuando con igual terminancia obtendría cualquiera esa demostración sin más que visitar las cárceles y presidios. Yo me guardo asimismo de negar la semejanza de los criminales con los hombres *primitivos* y los salvajes, y de negar que unos y otros se caractericen por su gran talla, sus brazos largos como los del chimpancé, sus orejas en asa, su barba rala, su pelo áspero, su frente deprimida, su mirar frío y su mandíbula saliente; pero todavía quiero guardarme más de explicar esas semejanzas por un fenómeno de atavismo, mientras pueda explicármelas una causa á que todos se hallan sometidos: *la ignorancia*.

En todos ellos se manifiesta la ley de las compensaciones orgánicas: á todos por igual les falta el consumo nutricional del proceso inteligente (enorme hasta provocar anemias si llega el derroche, como saben los médicos),

y sus energías sólo tienen que atender á funciones vejetativas, empleándose en producir músculos vigorosos, garras en vez de uñas, cerdas en vez de pelos, mandíbula en vez de frente, párpados y oreja con la menor cantidad posible de ojo y oído: les falta la razón y aparece la bestia humana, que siempre es la misma, llámese hombre primitivo, criminal, idiota ó salvaje. El *tipo criminal* no es más que un trivial empeño de reducción del *tipo estúpido*,—como lo prueba el hecho de no corresponder á todos los criminales, y sí, en cambio, á todos los hombres, delincuentes ú honrados, cuya ignorancia raya en cierto límite.—Hay una verdadera manía de clasificaciones en nuestra ingenua Ciencia.

—
No será el hombre un ente desligado del universo y usufructuario de fantástico libre albedrío, pero tampoco es juguete exánime del mundo físico, sino que entre él y éste hay otra fuerza de la naturaleza, llamada inteligencia, que bajo forma de sabiduría en la sociedad se acumula y reside con títulos de enérgico modificador.

Responde proporcionalmente la naturaleza humana á los estímulos de esa fuerza en el crecimiento y perfección del organismo. Así como todo órgano determina las condiciones de su función, toda función influye en las condiciones de su órgano; los estímulos del cerebro, son todas las impresiones conscientes (para diferenciarlas de las que Jaccoud denomina *brutas* y no pasan más allá del bulbo).

Destinado á recogerlas, ni la más insignificante le hiere sin imprimir un misterioso cambio á sus moléculas: si un vasto plan de estudios le deja un caudal científico y una aptitud funcional bien definida, no por eso el rayo de luz, la palabra suelta, el ligero perfume, el fugaz sonido y el rápido contacto dejan de conmover sus células é imprimirles su huella.

El cerebro es la placa sensible de una cámara obscura siempre abierta, cuyos orificios de paso á las impresiones son los sentidos. El del recién nacido es un cliché limpio, nuevo; el del anciano es otro que guarda en fabulosa confusión las sensaciones de una vida; otro en que un orden de ideas y de sentimientos, vulgar ó magnífico (carácter), descuella con más ó menos vigor sobre un fondo borroso, incierto é inútil de fragmentos de juicios, de indecisos recuerdos y de mutilados conocimientos. Acaso nunca el microscopio logre descubrir la disposición especial anatómica que en el cerebro quede grabada; mas ¿qué importa? Allí está.

Sucede una cosa parecida con la inteligencia y con el complejo de funciones nutricias; obran de tan variable modo los estímulos de éstas sobre todo individuo, aun los más inmediatos y aparentemente sujetos á iguales condiciones, que no hay dos orgánicamente iguales.

Sin embargo, Letamendi ha dicho: «toda ocasión de enfermedad proviene directa ó indirectamente de las energías cósmicas, ó

sea de C», y glosando ésto, se puede decir: toda ocasión de deficiencia moral é intelectual (¿enfermedad?) proviene directa ó indirectamente de las *energías cósmicas*.

Basada en las anteriores consideraciones, y sólo así, puede nacer la pedagogía verdadera. Hoy se tiene un concepto mezquino de la educación; se reputan medios educativos los que deliberadamente se emplean con ese objeto: los consejos de la madre; las lecciones del maestro y del libro. Véese todos los días dirigir con fe y ardimiento esos medios á un particular fin y fracasar por completo.

Consiste en que á la vez que la *educación deliberada*, está ejerciendo su influencia la *educación casual*, y ambas libran una lucha en que triunfa ésta porque se la deja más libre el campo.

La educación *es el conjunto de impresiones sensitivas que afectan al cerebro*, y el éxito da la pedagogía estribará en no dejar *nada al acaso*.

Decidme la *historia sensorial* de una persona y yo os diré su carácter. Me importa poco quiénes sean sus padres; lo que me importa es saber al lado de qué y de quiénes vivió. ¿Se me contesta quizás mostrándome dos hermanos mellizos, criados juntos en la misma casa, recibiendo una instrucción igual, y, no obstante, siendo el uno insociable y el otro de un hermoso carácter?... Este hecho, que tan apurada pondría á la he-

rencia instintiva, ⁽¹⁾ es llano de explicar por la *educación distinta* de uno y otro. Aunque *gemelos*, no cabe suponer identidad en las impresiones recibidas por cada uno. Sus cerebros constituyen una balanza de precisión cuyo fiel se altera por diferencias infinitesimales; búsquese atentamente la diferencia educativa y se encontrará proporcional á la de sus caracteres; búsquese bien, porque es acaso pequeña y de seguro escondida en las sinuosidades de la existencia... Es tal vez un vicio, una pasión..., éso que turba el inestable carácter de la adolescencia, con su aparente pequeñez, como una sola gota de reactivo poderoso á toda una mezcla de líquidos indiferentes.

Por lo demás, digno es de notarse que la mayor suma de semejanzas individuales, respondiendo á la de semejanzas con que obra el medio externo, suele encontrarse en los gemelos: no son iguales, pero tienen la mayoría un sorprendente parecido físico y moral, y más aquél que éste por la menor volubilidad de los estímulos físicos que sociales.

Imposible es reformar á un hombre ya formado, como es imposible enderezar una encina torcida; mas no puede ésto querer decir que cualquier individuo no pueda servir para cualquier ocupación y para cualquier abnegación, con tal que desde niño se le ha-

(1) Sin recurrir á esa triquiñuela salvadora del *atavismo*, inventada para *explicar* lo inexplicable.

ga sistemáticamente adquirir ciertos hábitos.

En las ciencias, en las artes y en los empeños humanos, nada hay que exija sobrenaturales dotes; el más complejo problema científico ó moral, necesita sólo, si su resolución es posible, trabajo y paciencia para ser resuelto. Nadie tenga que maravillarse ante un músico, ante un inventor, ante un poeta, que no brilla en sus frentes la *divina inspiración* ni la *llama del genio* ¡esas son palabras!... ¡Sus frentes están pálidas y arrugadas por el trabajo!

De lo simple á lo compuesto, siguiendo el método que impone la correlación de ideas científicas, no hay quien, al fin, no llegue á dominarlas, si la paciencia, la reflexión y el hábito de estudio no falta; como no hay quien deje de ser buen literato, buen músico y buen pintor, si hijo de ellos arte vé y arte respira y arte aprende: así adoptan la mayoría de los hijos la profesión de sus padres, y es pastor el del pastor, bandido el del bandido, y ministro el del ministro. Así la familia, así la sociedad fija inconscientemente la vocación del individuo *en la estructura íntima de su aparato cerebral*, sólo muy difícilmente luego transformable si está muy acentuada, como en el *delincuente nato* y en todos los hombres de quienes se dice que tienen una vocación ciega de cualquier género, — aunque en todo caso no tan difícil que haya razón para separar de la humanidad una casta cuyos miembros sean

marcados con el lema horroroso de *incorregible!*

La educación del porvenir reservará su ministerio á los más aptos hombres de la sociedad; á los que sean capaces de rodear una inteligencia, desde que nace hasta que termina su evolución, de una atmósfera moral constantemente adecuada. Con la seguridad que obtiene el químico por reacciones diferentes ácido sulfúrico ó ácido nítrico, obtendrá á su placer un astrónomo, un mecánico, un poeta...



VI

TRANSFORMACIÓN DE LA RECEPTIVIDAD PARA EL VICIO (CRIMINALIDAD) Y PARA LAS ENFERMEDADES (DEGENERACIÓN ORGÁNICA)

A pesar de su escasa consistencia, la escuela de los positivistas del Derecho (antropológica) ha podido batir victoriosamente á la escuela de los socialistas del Derecho (económica), por culpa de la mayor debilidad de la coraza de error que éstos, como aquéllos, se han fabricado de generacionales imprudentes.

En contra de la fatalidad natural del delito, que pierde en manos de los primeros su carácter ético para reducirse á un fenómeno contra el cual debe defenderse la sociedad, pero tratando á los delincuentes como irresponsables, como enfermos incurables á menudo, ponen los socialistas esta afirmación, formulada por Quetelet é inspirada quizás por Rousseau y por las vagas indicaciones de muchos médicos y pensadores antiguos:

«En la sociedad existen los gérmenes de todos los delitos; ella es la responsable, y prepara el crimen, no siendo el criminal más que el instrumento.»

Ya queda expuesto que Letamendi, *socialista* de la medicina, sabiéndolo ó sin saberlo, dijo lo mismo de la enfermedad: «Toda ocasión de enfermedad proviene directa ó indirectamente de las energías exteriores». Su ecuación es ésta: $E=I (\pm C)$.

Sólo que el insigne médico español supo defender esta verdad con todo el vuelo de la Antropología, y los socialistas del Derecho, desdeñando la Antropología en su obsesión por la Economía Política, quisieron forjar su lanza de combate con ésta única y pobre proposición que no encierra la verdad más que á medias ó muy retorcidamente: «El delito mana de la iniquidad económica.»

Y efectivamente, se puede decir generalizando, en la sociedad reside la causa determinante de nuestra vocación; pero reside por lo que tenga la sociedad de pedagogo, no de economista, — cosas diferentes aun cuando una y otra guardan relación estrecha.

Si es delito, como dice Garófalo (ajustándose á la fórmula discreta de Tammeo: *siempre la mayoría da entonación moral á las poblaciones*), «toda acción que viole el sentimiento medio de moralidad que en cada sociedad existe», delitos son desde el robo por hambre hasta la pública deshonestidad y los atentados al pudor y la blasfemia, después de pasar la escala entera de los asesina-

tos por odio, de las violaciones por lujuria y de los fraudes por ambición; delitos son en nuestras sociedades, cuya mayoría impone el respeto á la decencia, á la virtud, á la religión y á la vida, — y yo querría saber qué participación causal inmediata, de pura índole económica, puede concederse á la miseria en esos delitos que igual ejecuta la mendiga ostentando por las calles su desvergüenza que la burguesa de escandalosa historia, y lo mismo el hambriento que el millonario.

La «estadística» le ha bastado á la escuela italiana para anonadar á su rival.

«La estadística penal italiana del año 1880 demuestra que los tribunales correccionales juzgaron durante el mismo á 17.293 propietarios y 98.224 individuos que pudieran considerarse como formando parte del proletariado: los primeros son por lo tanto á los segundos como 17 y $\frac{1}{2}$ es á 100, y representan más de la sexta parte del número total de los acusados. Pues bien; mientras que los propietarios no forman aun calculando largamente, más que el 10 por 100 de la población, representan en cambio el 16 por 100 de la criminalidad correccional». (1)

Nunca es proporcional la gráfica del crimen á la gráfica del hambre. Una compensación biológica explicable, hace que resulte aquella casi constante aunque ésta varíe. Si

(1) Garófalo, — citado por César Silió: *La crisis del Derecho Penal*.

el hambre aumenta, aumentan los delitos de hurto; pero disminuyen los de sangre y los pasionales en grado inverso, — y si disminuye se atenta al pudor y á la vida tanto cuanto se respeta la propiedad. Otro cuadro estadístico de Ferri, ⁽¹⁾ evidencia que los delitos de sangre y pasionales llegaron en Francia á un número extraordinario por los años 1848 á 1852 coincidiendo con una considerable baja en los precios de casi todos los artículos de consumo.

Se vé que la estadística criminal corrobora prácticamente la independendencia del delito con respecto á las condiciones económicas. Un estado socialista, pues, que se limitase á modificarlas nivelando la riqueza, pero que no alterase el actual sistema de educación, no sólo no extirparía de raiz el crimen, sino que vería descender muy poco la delincuencia.

—

Pero la estadística es una vara de medir que no sabe quién la mueve ni qué le ponen debajo. Puesta á medir errores, los mide; y ha medido, en efecto, el de la famosa tesis «el socialismo mana de la iniquidad económica», como ha medido, y más fácilmente todavía, el de la *influencia benéfica de la instrucción en la criminalidad*», dando así motivo á la escuela italiana para exclamar: «La instrucción, aumentada en toda Europa, ha conseguido nada más cambiar la propor-

(1) *Socialismo é criminalité.*

ción de criminales instruídos, sin alterar la cifra de delincuentes». Bien sé yo ésto. De ahí que igual me abstenga de gritar con los ilusos que cierra una prisión cada escuela que se abre, como de inferir la poca importancia del factor *educación* en nuestras acciones porque á pesar de la *instrucción* sigan llenos los presidios.

La *instrucción* es un mero accidente de la EDUCACIÓN. Por eso la perfecta *educación* supone perfecta *instrucción*, — en tanto que puede un individuo ser ilustradísimo teniendo una educación detestable ⁽¹⁾ que no por serlo dejaría de ser educación, puesto que son educadas bien ó mal todas las personas, gracias á lo imposible de que ninguna se sustraiga al social ambiente. Hasta el *golfo* tiene escuela y preceptor: aquélla, el mundo; éste la experiencia, no en balde calificada de gran maestro.

Ahora bien, yo me complazco en mostrarle á la estadística el «término» decisivo, esencial, único en la génesis de la moralidad, y no... *estadizable*: la EDUCACIÓN. Lo cual vale tanto como retirarle el *sér moral*, como cosa medible, á la estadística. En efecto, un *término* constante en todos los hombres, igual en cantidad (la de su vida, para cada uno), no puede ocasionar comparaciones si no es por las distintas calidades del mismo; y ésto de determinar las *clases* de la educación humana, no es cosa de estadísticas...

(1) La instrucción es la educación de la inteligencia, y la educación es la instrucción de la inteligencia y además de los instintos.

«La fatalidad que se desprende de la naturaleza social del delincuente, y así lo indica Quetelet, es un motivo de consuelo, porque demuestra que es posible mejorar á los hombres modificando sus instituciones, sus costumbres, el estado de sus conocimientos y en general todo cuanto influya en su manera de ser.» (1)

«Es verdad que la medicina ha realizado grandes progresos; que todos los días se estudian nuevas enfermedades y se encuentran nuevos remedios; pero también lo es que el organismo humano sigue produciendo enfermedades y que las seguirá originando mientras esté en condiciones apropiadas para ello. En este *record*, primero se cansará el hombre que la Naturaleza. Para que cesen las enfermedades es indispensable que las ciencias que sirven de auxiliares á la medicina, determinen cuáles son las condiciones normales á nuestra vida.»—«De sus condiciones morales hará el hombre la misma obra de perfeccionamiento. El taurino, el borracho, todos los casos de degeneración moral, hasta el criminal nato, los hará desaparecer el *determinismo*.—La ciencia suprimirá las causas que engendran esas monstruosidades.» (2)

«El hombre es, ante todo, reformable.» (3)

«¡Yo os anuncio el Superhombre!» (4)

«.....

(1) Rafael Salillas—artículo en *El Liberal*.

(2) Doctor Lluria—*El medio social y la perfectividad de la salud*.

(3) Carlos Malato.—*Philosophie de l'anarchie*.

(4) F. Nietzsche.—*Así hablaba Zaratustra*.

Pudiera multiplicar estas citas, tomándolas de pensadores de todas las filiaciones, para dejar en mayor soledad á la escuela positivista italiana con su funesta y anti-progresiva *fatalidad natural*. ⁽¹⁾

Un dulce sabe mejor que el vino. Esto está aclamado por sufragio universal de los niños, que entienden de glotonería más que los hombres. Y sin embargo un hombre infeliz, pobre ó rico, torpe ó sabio, en vez de hartarse de dulces se harta de vino. Ningún dichoso es borracho. Los dichosos comen dulces, como los niños. — La borrachera — el alcoholismo — (fuerza es repetir esta vulgaridad de tan gran verdad) es la anestesia de la infelicidad.

En algunas pequeñas ciudades españolas tienen los complacientes alcaldes la costumbre de nombrar guardas rurales á los ladrones de mieses, y serenos á los expresidarios asesinos, y ya no roban ni matan más.

Es chocante que no le haya dado por ser sacramantecas á ningún duque, — que no le haya dado á ningún hijo de duque por nacer criminal nato... atávicamente: estos atavismos están siempre reservados á los *golfos*.

Pero oigamos lo que dice de los *golfos* J. Ruiz Giménez en un artículo publicado en *El Imparcial*, no hace un mes (Febrero de

(1) «Queremos indicar, sólomente, que en Italia sólo los positivistas se dedican á este trabajo necesario y fecundo, en tanto la demás gente de ciencia lo desprecian ó no se cuidan de ello». — Nicoforo y Sighele. — *La mala vida en Roma*.

1904), con motivo de la apertura de las *Escuelas-asilos*:

«Tan arraigada era la creencia, especialmente para las honradas clases trabajadoras, de que en el «golfo» todo era despreciable y odioso, que con pena y dolor he de decirlo: durante el año de tramitación y de labor cuyo feliz remate ha sido la apertura de las Escuelas-Asilos, no pocas veces han llegado á mis oídos acres repulsas y mortificantes censuras, que habrían quebrantado una voluntad menos perseverante y una fe menos profunda en el éxito de la empresa redentora que augusta iniciativas é instrucciones del gobierno habían confiado á mis deberes oficiales.

Un «golfo», para las gentes que sólo de vista les conocen, es un rebelde de toda disciplina, vicioso por naturaleza, pobre voluntario, mendigo de oficio, amigo de lo ajeno é incapaz de corregirse, de educarse y de instruirse, y sin otra finalidad que el presidio; pero los hechos, con su elocuencia abrumadora, han establecido una verdad hasta ahora desconocida y á la que habrá que atenerse. El «golfo» es sencillamente un niño abandonado y desatendido, capaz de educarse y de instruirse; sumiso, obediente y agradecido.

Abriéronse las Escuelas-Asilos el 1.º de Febrero y á ellas fueron sin violencia 225 jóvenes que antes vagaban por la calle implorando la caridad pública. Desde ese día ninguno ha faltado, ni en los días de Carnaval, tan sugestivo para la vagancia y el burdel, permaneciendo en clase durante las horas de ocho de la mañana á seis de la tarde, entregados por completo á la tarea escolar, sin dar motivo á ninguna reprensión, y muy satisfechos.

Todos, sin excepción, al encontrarse en una escuela ventilada y llena de luz, resguardados del frío y de la lluvia, atendidos en sus necesidades materiales con un desayuno, una comida y una cena cada

día, han aceptado el auxilio del peluquero y la visita del agua y del jabón con gusto, y humildes, modestos y contentos pasan las horas ante las pizarras y las planas, deletreando ó escribiendo ó dibujando, atentos á las explicaciones y á los consejos de cariñosos cuanto ilustrados maestros».

Significaría lo antecedente, á nada que se le ahondase,—de lo cual desisto en gracia al buen sentido del lector—que el ladrón de oficio es una consecuencia del hambre forzosa é insumisa; el alcoholismo, de la crónica desesperación de la mayor parte de los ciudadanos también por hambres materiales ó morales; el asesinato y los atentados al pudor, de la impulsividad odiosa ó pasional (véase con respecto á ésta el siguiente capítulo sobre la *Transformación del amor*); la estafa, de la ambición de riquezas (véase más adelante el capítulo *Transformación de los deseos*)...; y todos los delitos, en fin, de la falta de educación ó de la misma violencia impuesta á los instintos naturales.

Quedan entre los tipos criminales, indiferentes al parecer á la acción social modificadora, los monomaniacos (klectómanos, pirómanos, erotómanos, etc.) y el criminal nato. Pasemos con ellos á las enfermedades.

¡Criminal nato!

¿Y por qué?... ¿Es que necesita su organismo, como del agua, del crimen?

Pero el crimen no sabemos lo que sea, pues que varía su concepción de pueblo á pueblo (antropófagos — filántropos) y aun

dentro de una misma sociedad según las circunstancias (asesinato individual y asesinatos colectivos de las guerras). Además, el criminal nato, nadie sabe que va á serlo hasta que *lo ha sido*. Por ejemplo, á los veinticinco años comete el primer crimen *inexplicable*; si se hubiese muerto á los veinticuatro, hubiese pasado nada más por un hombre extraordinariamente hosco é irritable.

¿Por qué no llamarle *criminal bruto* — esto es, bruto formidable que lo mismo puede cargar sobre su inconsciencia cualquier día una hazaña monstruosa que sobre su espalda una caja de mil kilos?

¡Extraño *instinto criminal* que así puede dormir años y años y cuya acción se produce más por excitaciones y ocasiones exteriores que por impulsiones internas! Ese criminal nato perdido en un desierto no sentiría jamás la necesidad de matar á un prójimo en ausencia de los prójimos, sin perjuicio de seguir sintiendo hambre cada pocas horas en ausencia de los dátiles.

Sí, es un imbécil, un loco; y lo raro en ésto, no es que él no haya logrado la razón, sino que pueda la generalidad conservarla en medio de una vida que esclaviza todos los instintos.

El doctor Lluria, notable cirujano, dice bien; la pura medicina debiera ya irse ocupando menos de microbios y remedios para cederle el puesto á la Higiene. Todo aquello de las nosologías y terapéuticas, no ha sido

ni sigue siendo más que una urgencia de la *piojosis* social, y un tanto convertida en tenderismo. Con el afán del microscopio (exagerado, no es que nadie lo condene) se ha olvidado completamente al hombre, á la vida.

Microbios en el campo, en la casa, en la calle, en el pan, en las aguas, en los aires... Y el ideal de la vida higiénica—una higiene contaminada de terrores microscópicos—sería guardar al hombre, hasta matar todos los bacilos, bajo una campana esterilizada para librarle de contagios, — que es exactamente igual que si otra solícita previsión más general le aconsejase sentarse en un diván hasta tanto que se pudiera limpiar el mundo de víboras, de espinos, de puntiagudos peñascos, dejándolo pulido y desinfectado para que pudiese vivir el hombre.

Esto no es más que una concepción de la vida sacrificada á un perpetuo y ridículo temor de la muerte. Como si el hombre no hubiese sido creado para el mundo, tal como es, y sí para una especie de inmensa bola de billar protegida por una pulverización de ácido fénico.

Gracias á que la verdadera y angusta Higiene, de toda esa fiebre *exteriorista*, va sacando las vacunas y las fórmulas de aplicación de la resistencia orgánica; es decir, vuelve á orientarse hacia el hombre, comprendiendo que el verdadero ideal no está

en la insensata empresa de limpiarle el camino de peligros, sino en hacerle superior á todos, en darle la efectividad de su reinado en la creación sobre todas las cosas amigas y enemigas, desde la tempestad y la manzana hasta los bacilos de Jenner y los leones del Atlas.

Yo no he podido menos de reírme de muchas terapéuticas superdoctorales contra el reuma, las herpes, la tisis...; y un simple abate alemán, Stney, con duchas á diestro y siniestro, ha logrado evitar más tísicos y reumáticos y herpéticos que hayan soñado jamás curar las creosotas y ioduros. ¡Pan y duchas! — he aquí la fórmula de salvación, y toda la medicina.

Los médicos higienistas afirman ya que la tisis no es hereditaria. Y afirman más: que el bacilo de Koch es tan débil que no es capaz de entablar vencedor su lucha sino con células debilitadas (incapaces de actividad fagocítica). De otro modo, siendo tan profuso el bacilo que lo tiene todo el mundo hasta dentro de su boca, estaríamos tísicos todos. Por eso no es la tuberculosis, en realidad, lo incurable, sino el organismo que ya con sólo aceptarla demuestra su decadencia.

Sé de casos instructivos. Hijos, no sencillamente de familias «con antecedentes», sino de padres tuberculosos en el momento de la fecundación; á menos de contagios directos de la madre durante la crianza (á causa de lo cual la tuberculosis infantil es externa casi siempre), y á poco que un buen régimen

ayude al niño, se salva para toda la vida. — Sé de un romántico amigo mío, imitador de la heroína de Mirbeau, que cada vez que su novia, tísica, moribunda, arrojaba sangre, la besaba en los labios; un suicidio que no pudo conseguir, y hoy se alegra. Sé, en fin, de dos jóvenes que habían perdido á su padre y á tres hermanos tíxicos; un excelente médico (el Dr. Narciso Vázquez, — de Badajoz), aterrado por la macilencia y endebles de los dos supervivientes, les aconsejó la gimnasia: el mayor, que no la ha dejado, y con tanta fe que es casi un maestro de gimnasia y de esgrima, necesita en la actualidad (van pasados 20 años) hacerse las levitas con el mejor sastre madrileño, porque hay pocos capaces de adaptarlas bien á su hercúleo torax; el otro hermano, cansado pronto de la higiene, murió poco después, loco y tísico.

Porque todas las enfermedades, vesanias inclusive, son el triste patrimonio de los de-pauperados, de los degenerados, por hambres ó por excesos, y lo único hereditario es la debilidad, que se cura comiendo ó regimen-tándose. Todas las enfermedades, incluso tal vez la sífilis y las tan activamente virulentas afecciones venereas. Así como hay desdichados que en cada coito impuro se contagian, hay también asiduos veteranos de las mancebías que no se contagian jamás, sin precaución alguna, y sin que resulte muy errado el cálculo de ocho prostitutas constantemente enfermas de cada diez.

Cuando menos en Madrid, y en la época

en que yo pude realizar estas inquisiciones, tal era la cifra aproximada. No hay afrenta mayor, para la cultura de los países que se dicen civilizados, que una plaga semejante, de la cual no han podido limpiarse por neta porquería. Obsérvese que tales enfermedades no son más que un círculo cerrado y volteante entre la juventud y las casas de prostitución. Trasmisibles *únicamente* por contagio directo tan asquerosas dolencias (que los civilizados llevaron con otras plagas á América y Oceanía), jóvenes y prostitutas sostienen y se transmiten constantemente su cultivo como las históricas vestales el sagrado fuego. Cada cual que lo adquiere, procura difundirlo antes que se apague. Y así puede decirse que la misma sífilis, la misma blenorragia del primer soldado flamenco que la padeció, están sin cesar dando la vuelta lanzadas como en un juego de prendas desde unas en otros y desde otras en unos, á través de las naciones.

En efecto, la sífilis, perfectamente curable en el individuo, y por consecuencia no forzosamente hereditaria, hasta cuando la incurria arrojála á la herencia, se extingue espontáneamente en los desdichados herederos y no es en ellos contagiosa. Por otra parte, todo hombre con sentido común (aunque no lo haya tenido un momento para precaverse él mismo en relación impura) sabe impedir la trasmisión de cualquiera de estas repugnantes enfermedades á su mujer: una paciencia ó una precaución de algunos días ó de

algunos meses. — Bastará que, por una pequeña generalización del sentido común, hagan otro tanto todos los pacientes, y se habrá para siempre acabado, á cuentas de una fácil y elementalísima higiene, toda una afrentosa indignidad humana que sostiene á toda una especialidad *científica*, á todo un cuerpo gubernamental é inútil de médicos inspectores y á todo un comercio vil de específicos y drogas.

No hace mucho se dió en España el último reglamento contra el paludismo.

¡Guerra al microbiol... pero buscándolo fuera, en los charcos, como á los peces... Recordé dos observaciones más en este punto, tanto más valiosas cuanto que abarcan los extremos de un eje de la Tierra. — Trujillanos, Calamonte, Mirandilla, San Pedro... son aldeas que rodean á Mérida, única ciudad entre los citados pueblos que se asienta en el borde del Guadiana (responsable del paludismo regional por su pando cauce); en todas aquellas aldeas, antes le falta á la familia más miserable el pan que el frasco de la quinina; las gentes son amarillas, triponas, por la impaludización perpetua, y las perniciosas abundan de tal modo en el estío, que las conocen ellos mismos más pronto que los médicos. En Mérida apenas hay fiebres benignas, y no sé de ninguna perniciosa en cuatro años. ¿Diferencia?... No he podido encontrar sino que en Mérida hay urbanización, hay limpieza, y mucha menos mezquindad para comer que en aquellos pueblos.

Todavía es más persuasiva la segunda, puesto que no se cambia de lugar. Un regimiento malayo, en un fuerte de Mindanao, bien emplazado en una altura, pero en pleno bosque. Las perniciosas fulminantes mataban á tantos hombres, que hubo pronto necesidad de relevar al regimiento con un cuerpo disciplinario, también de malayos. No volvió á haber más defunciones, ni casi más fiebres; y pude comprobar que todo dependía de la alimentación, mucho mejor en los disciplinarios porque sus jefes habían logrado reunir, para el consumo diario, una piara de vacas. Además, sólo un oficial había muerto durante la estancia del otro regimiento, — bebedor incansable de ginebra.

Hay, por último, dos notabilísimas y concluyentes experimentaciones que dicen todo el poder de la resistencia orgánica contra las infecciones más terribles. Una es la de Pasteur, otra de Hueter. ⁽¹⁾

Así procedía el primero: inyectaba á un ave cultivos del *bacillus anthracis*, y no adquiría la enfermedad. En seguida, á la misma ú otra ave de la misma especie, le efectuaba otra inyección del mismo cultivo; obligaba al animal á permanecer atado muchas horas con las patas sumergidas en agua fría, y la enfermedad producíase.—No había habido más que una debilitación de la energía celular conseguida por la refrigeración.

(1) O citada al menos por el eminente doctor alemán en sus *Elementos de Cirujía*.

El otro experimento consiste en inyectar cultivos del bacilo de Koch á dos perros (refractarios á la tuberculosis normalmente) habiendo previamente contundido, al uno sí y al otro no, una articulación cualquiera. El perro contuso se hacía tuberculoso de esta articulación.

Con una resistencia orgánica bien obtenida por el regimen, 'se puede impunemente desafiar todos los peligros y dejar vivir á los microbios alrededor. De los más difusibles, como los de la viruela, el cólera, la rabia, el carbunco, etc., etc., (que son los menos trasmisibles por el aire) se van encargando las vacunas. Alemania ha desterrado la viruela.

Y en cuanto á las enfermedades por simple degeneración, como todas las locuras, las dichas constitucionales, el cáncer, algunas de las antiguas diátesis, etc., el problema es más sencillo, pues se reduce á evitar los bárbaros agotamientos del placer ó del trabajo (*surmenage*) y del hambre y la suciedad. El porvenir médico es de la Higiene y de la Cirujía.

En cualquier país, una sola generación bien mantenida física y moralmente, habrá dado á su sucesora el reinado de la Fisiología. ⁽¹⁾



(1) Téngase en cuenta que los traumatismos no son enfermedades.

VII

TRANSFORMACIÓN DEL AMOR.

«Un maestro psicólogo, Bourget, ha escrito: *Todos los demás apetitos están contenidos por las barreras sociales. Sólomente el amor permanece irreductible, como la muerte, á las convenciones humanas.* Bourget tiene razón, el amor es un sentimiento natural, irresistible, cuya lucha contra las leyes y los hábitos sociales, es fecunda en agudas crisis, reveladoras de la energía de los caracteres y frecuentemente también de su bestialidad, de su maldad.» (1)

En este párrafo están contenidos los dos términos con que debe ser antropológicamente planteado el problema del amor.

El amor, como la muerte, es y aparece irreductible al artificio.

El amor, en su lucha presente, como to-

(1) *L' amour criminel*, Gorón.

dos los nobles luchadores invencibles, revela, al mismo tiempo, la debilidad, la barbarie y la maldad de su enemigo.

He aquí, pues, una fuerza natural, no sólo irreformable, sino formidable, incontrastable. Afortunadamente, — porque lo que hay que hacer con el amor, no es reformarlo, sino cesar de empeñarse en deformarlo.

Su conflicto no es más que otro tremendo conflicto creado por la insensata aplicación de la *justicia de las cosas* á las propensiones del hombre.

Hugues le Roux, en una notable colección de artículos en *Le Journal*, ha estudiado la transformación sentimental histórica del amor: de ellos resulta que el amor ha sufrido todo el peso de las distintas sociedades, obligado á variar de forma, civilizando cada vez más al hombre para sentirle, y permaneciendo invariable en su esencia.

No es un enemigo de la civilización, sino la mayor potencia civilizadora.

Le han estudiado los psicólogos con un criterio *animista*, y claro es que no han podido comprenderle. Le han estudiado los fisiólogos con un criterio *organicista*, y claro es que le han reducido á la función sexual, no pudiendo comprenderle tampoco. La Psicofisiología moderna, á quien corresponde íntegro, empieza á analizarle, pero sin haberse cuidado de recoger hasta la fecha más que su resultante emocional orgánico, — y en suma, desdeñado ó no entendido por la ciencia,

se le ha arrojado como cosa baladí á los literatos.

Estos le van considerando al fin como algo de mayor transcendencia que una simple «materia de arte».

Y es interesante bajo este aspecto, por su desorientación y desconcierto, la literatura contemporánea. Tolstoi niega el amor, como Cristo; Ibsen lo intelectualiza; Mirbeau lo desprecia; Lamartine—y por él ahora los neorrománticos (decadentes)—lo sueña intangible y vestido de alma; Louys desnudo y en carnes griegas; Zola animalizado hasta no ver en él otra finalidad que la fecundación; D'Annunzio lo rebaja al rango de un vasallaje á Su Alteza el Genio... ¡La misma confusión de la vida en sus vulgares formas, en los prácticos, en los místicos, en los crueles, en los vanidosos!

No se han atrevido á llevar más lejos sus afirmaciones, dentro de la sociología, ni los más audaces reformadores; hanse contentado con recoger hecho de la «vida» y de la literatura el concepto del amor; — ni los socialistas «económicos» que en general toman estas cuestiones amorosas como insignificantes, y con un criterio poco más ó menos *matrimonial* que el de ahora, — ni los socialistas *sociológicos* que al salir de la Economía, imitan en «todo lo demás del orden filosófico» á los anarquistas, — ni los mismos anarquistas, que en tratándose de ajustar la humanidad á sus ensueños de orden espontáneo,

suelen hacer tabla rasa de cuanto les estorbe por el lado de la humana realidad. En los últimos, sobre todo, no deja de ser raro que después, por ejemplo, de dar como axiomático que el orden surgirá *sólo*, en las más complejas relaciones sociales, de la armonía de todos los individuos, se tropiecen en el amor con un insuperable escollo para la armonía misma interindividual. «La disputa de una mujer por dos ó más rivales, es un caso á prever, pues la preferencia dada por ella á cualquiera de los enamorados, será, en una sociedad anarquista, como en una sociedad burguesa, causa de graves conflictos». (1)

Tánto alcanza la confusión del amor con los efectos de la lucha histórica del amor esclavizado. La filosofía, como la literatura, no ha sido capaz de descubrirlo sino con sus arreos de batalla!

Cuando el amor no es nada de eso tan vago ó tan concretamente limitado. Como el hambre, como le sed, como la necesidad de moverse, como la necesidad de pensar..., es un *instinto*, una propensión natural orgánica, UNA FUNCIÓN DE TODAS LAS FUNCIONES QUE SE CONFUNDE CON LA VIDA ENTERA (vegetativa, emocional é intelectual), y tan poderosa, que mientras unos y otros le discuten y le forjan reglamentos, grilletes y... esposas, él se limita á surgir con antifaz en los dramas de la vida y del teatro, para gritarle al

(1) *Philosophie de l'Anarchie*.—Carlos Malato.

hombre social perpetuamente:—«¡No me conoces!»

No es, en verdad, fácil conocerlo, según aparece en la vida, con las dos formas disfrazadas, violentadas, enfermas, en que pueden resumirse todas sus actuales manifestaciones. La misma diferencia que va desde el hambre fisiológica (aviso trófico de la necesidad de comer cuya satisfacción engendra un placer sano y sereno) á la repugnante voracidad pasional del extenuado, por un lado, y por otro á la nauseante saciedad del harto que se obstina en la glotonería, va desde el amor (propensión de necesidades nerviosas, emotivas é intelectuales) á la *pasión* de los famélicos de amores y á la *lujuria* indiferente y fría de los saciados.

Todo un engranaje de paradojas hay en la génesis de estas dos enfermedades: «Lujuria». — «Pasión».

La *lujuria* es la avidez obsesa por todo lo que el pudor le oculta provocativamente (obra á medias del pudor y la modista) al apetito amoroso. Pónganse en una mesa bien abastecida algunos platos bajo servilletas, y atraerán la atención general. «Sin duda lo escondido será lo preferente, puesto que se lo reserva y esquiva». Los comensales concluirán despreciando por los ocultos los manjares visibles; y aunque debajo de las servilletas puede haber igual faisanes que patatas, las patatas valdrán como faisanes desde

que se las concede tal rango. ⁽¹⁾ — Esto hace *nuestro amor*; jactándose de *espiritual*, concentra toda la importancia hacia el cuerpo; y lo tapa, — mientras andan libres y despreciados en las caras los *espíritus*. La desfloración de un alma por el amor, no importa nada. La desfloración del cuerpo es la deshonra. — «¡Patatas! ¡patatas! — grita la idealismología. — ¡Vergonzosas y miserables patatas que se esconden por innobles!» — No importa. Son las patatas en Filipinas, — y acaban por concentrar el deseo voluptuosamente, hasta para los más sabios y prudentes varones. Habla uno: — «¡Amor! ¿por qué haces tú la felicidad de todos los seres y la desgracia del hombre? Es porque no hay en tí más que lo *físico* que sea bueno, y lo *moral* no vale nada». ⁽²⁾

Causa de la aberración: la ropa, — no por lo que tenga de abrigo, sino por lo que tiene de tabernáculo de la virtud... que anda entre ella. En efecto, elevada la Virtud socialmente á la categoría de institución fundamental, y reputada en teoría por condición excelsa promisorá de los más grandes placeres del amor, la adolescente curiosidad atraída hacia la virtud tiende á fijarse y á buscarla debajo de la ropa; y se convence pronto de que no es más grande ni de otra

(1) Entre los españoles de Filipinas eran frecuentes los convites con esta insigne prevención: «Habrà patatas fritas». — Y por ser allí cosa exótica se saboreaban predilectamente á todas las gallinas del mundo.

(2) Buffon, — citade por Pierre Louys en el prólogo de *Aphrodite*.

índole el placer hallado en la que la tiene que en la que la ha perdido. — Proudhon explica la consecuencia: «¿Queréis que los ciudadanos sean siempre celosos y fieles á cualquier institución? Haced que encuentren en ello más ventajas que inconvenientes»...⁽¹⁾ La virtud... asomada por las rejas, ofrece á nuestros adolescentes más dilaciones y peligros que las casas de prostitución. Hay la sífilis, pero hay también la estaca del papá.

Y hay, además, que todo el que tiene un duro y se sorprende de encontrar por él la misma «felicidad» que le había costado en una virtuosa enamorada muchos duros en flores y mucho tiempo en persuasiones y muchos sobresaltos en impaciencias y dudas y esperanzas, se pregunta sorprendido:—¿A qué, pues, la pasión con su cortejo de penas?

¡No se le ocurre al diablo hacer de la virtud la clave del amor y guardarla debajo de las faldas!

En cambio se le ocurre á cualquiera de esos adolescentes con dinero que han probado la variedad: «En un primer abrazo hay siempre algo de la virginidad de lo desconocido. Un segundo abrazo á la misma, es ya casi el matrimonio».⁽²⁾

Tal reflexión conduce á estas otras como código de conducta:—Nada de sensiblerías.—Una virtud no vale lo que cuesta.—Mejor que la honrada, la *horizontal*; mejor que una, diez; mejor que diez, ciento.

(1) *Teoría del movimiento constitucional.*

(2) Pierre Louys.—*Aphrodite.*

Sólo que el amor, así degenerado en lujuria profesional, no está al alcance más que de los pudientes ó de los mañosos, y en los grandes mercados de mujeres. Por eso el hombre rico y el *souteneur* (en cualquiera de sus formas) de las grandes poblaciones, es muy difícil que se apasionen fuera de su primera pasión infantil. Por eso también es ésta la «forma del amor» preponderante en todos los grandes centros de población, y por eso puede decirse con una *justa injusticia* enorme que la civilización conduce indefectiblemente á la desvergüenza, á la decadencia... Roma antigua!... Romas modernas!... Madrid! Londres! París! ⁽¹⁾

Subsiste por compensación en las poblaciones pequeñas el romanticismo, — tomada la palabra en su rigor de hambre amorosa — y sobre todo para los señoritos pobres. La enfermedad, ahora, se trueca en todo lo contrario: Pasión. Es decir, explosión tumultuosa de todas las hambres atrasadas.

El apasionado es el pordiosero mantenido con trónchos, y que se abalanza al primer humeante plato de potaje como á la vida. En la soledad y en la abstinencia ha tenido tiempo de embellecer y exaltar sus ansias. Si no se le secan ó extravían (seminaristas, fanáticos del estudio, del arte ideal, etcétera), antes que la casualidad les depare una mujer aceptable, á ella se clavan todas como gar-

(1) Entre Londres y París hay 200.000 prostitutas. — Aunque cito esta cifra fiado en el recuerdo, no creo andar lejos de la exacta. Véase Ives Guyot. — *La prostitution*.

fios. Su voracidad es terrible. Adora su alma, su carne, su sombra. Tiene celos hasta de «la luz que la besa». Resume todas las lujurias y todos los idealismos, en una verdadera locura del pleno amor. No es ya, como el anterior tipo, el *amor mutilado*, sino el *amor enloquecido*... Y ó tiene la lanza de *Quijote* pronta á ensartar á cualquier no adorador de *Dulcinea*, ó tira de la navaja de *Juan José* contra los adoradores...

—

La ciencia estudiará la pasión en su íntima fenomenalidad. Tengo el convencimiento de que habrá patológicamente de clasificarla como un caso particular de las hipnotizaciones espontáneas, — como el sonambulismo, como muchas locuras pasajeras. Claudio Bernard explicó la insensibilidad anestésica (clorofórmica, etérica, alcohólica)... por una acción química solidificante de estas substancias sobre los *cylinder-axis* de los nervios. Así debe haber algún ácido de desnutrición capaz de producir la insensibilidad fisiológica del sueño, la permanente de la muerte, la fugaz y electiva (sobre unos nervios y centros sí y sobre otros no, ó para determinados estímulos) de los histerismos, de las sugerencias. O esa alteración química molecular ó la simple polarización de las células nerviosas explicarán la volubilidad y el misterio de estos fenómenos.

De cualquier modo es incuestionable todo lo siguiente:

1.º La función cerebral puede persistir

íntegra en medio de la insensibilidad general (ensueños lógicos), ó parcialmente (ensueños disparatados y delirio).

2.º La función cerebral puede inducir á una vida ilusoria á la nerviosidad del organismo entero, no sólo con independencia de las impresiones reales no percibidas (sonambulismo), sino apoyándose en ellas para falsearlas (falsas sensaciones de los hipnotizados, petróleo que huele á rosas, por ejemplo; errores de sentido en los locos).

3.º Dentro de la función de un mismo centro ó sistema de centros cerebral, cabe la normalidad general de subordinación ó de dominio con todos los demás excepto para un orden más ó menos limitado de ideas ó de impresiones (monomanías — sugerencias hipnóticas parciales y á través del tiempo persistentes después del sueño hipnótico).

Pues todo ésto se da en el apasionado, como en el hipnotizado, y no falta en la sugestión erótica ni un sólo rasgo del síndrome de la locura. Véase:

MECANISMO.—*Cerebral*: como en la autosugestión fisiológica del sueño, por una idea ó un grupo de ideas predominantes que causan luego el ensueño (pasiones ideológicas—*Don Quijote*—Santa Teresa de Jesús). *Sensorial*: sugerencias externas, directas, por el sentido de la vista principalmente y provocadas por una impresión fuerte que se apodera bruscamente de la atención ó por una impresión persistente ó repetida, como en la hipnotización vulgar (apasionamiento repen-

tino ante una belleza espléndida ó lento por el hábito de fijarse en una misma persona). ⁽¹⁾

PREDISPOSICIÓN INDIVIDUAL.— Los hiperes-tésicos de todo género (histerismo, neuraste-nia) son los más propensos á la hipnotización. Como la voluntad manda en la atención, cuanto más débil sea aquélla menos difícil es apoderarse de ésta. Por tal razón se hipnoti-za fácilmente á los débiles, á los desequili-brados, á los inferiores, y es casi imposible otro tanto con los vigorosos física é intelek-tualmente, — es decir, con los que más se acercan al tipo de la Fisiología. Otro tanto sucede con la pasión. Una persona de cons-titución física y moral é intelectual robusta se apasiona difícilmente (esa persona se *ena-mora*, muestra predilección lógica y sensata por otro sér que se le asemeja, — lo que no es lo mismo). — Así en los tipos novelescos de pasión, vemos á *Armando*, el adorador de la *Dama de las camelias*, un vago; á *Jorge Aurispa*, en *El triunfo de la muerte*, otro va-go, sin otra propensión ni actividad que la de razonar su manía. ⁽²⁾

PREDISPOSICIÓN SOCIAL.— Confusión del amor con la pasión. Prejuicio acerca de la dificultad de encontrar un sér apasionable. Apoteosis romántica de los grandes apasio-nados (*Don Juan Tenorio*, *Los amantes de Teruel*, *Abelardo y Eloisa*). Prejuicio acerca

(1) Los hipnotizadores saben que en los *mediums* no muy pre-dispuestos se logra la catalepsia en varias sesiones.

(2) Por lo cual habría hecho mejor D'Annunzio en titular su obra *El desastre de la pasión*, porque es lo que resulta, y no *El desastre de la vida*, como el autor se propone.

de los raros goces misteriosos del estado pasional. — No de otro modo predispone socialmente á la hipnotización (y á todos los espiritismos y ocultismos) la ignorancia de las cosas que hace á los ignorantes suponer gozos extrahumanos en todo lo misterioso y cabalístico.

PRODROMOS.—De excitación, como en todos los estados morbosos al fin deprimentes: *Inquietud.*—*Obsesión.*—*Insonnios.*—*Irritabilidad.*—*Tristeza.*—*Ansiedad.*—*Desconfianza.*—*Voluptuosidad del dolor* (necesaria hasta el punto de que una facilidad súbita ó una esperanza plena de conseguir ó retener el objeto amado disiparía la pasión).—*Palidez.*—*Enflaquecimiento.*—*Poliuria.*

SÍNTOMAS PRINCIPALES Y CONSTANTES.—*Ensueños:* los apasionados no mienten cuando juran cada día que han soñado con su amada. *Obsesión* — ó sea disgusto por cuanto no se refiera al objeto amado, é incapacidad de dejarse conmover por otra persona. Esta insensibilidad general dentro de la hiperestesia *enfocada*, es notable y procede del síntoma que viene á continuación. Gracias á ella, el apasionado abandona ó daña igual á su madre y á sus hijos, en una completa absorción ó perversión de todos sus instintos naturales por el ser adorado, — incluso el primordial instinto de conservación (suicidio). No queda en él, en suma, un sér humano, social y natural: la naturaleza y la sociedad le enojan en cuanto no le da aquélla la inmortalidad para la pasión y en cuanto

le estorba ésta la libertad hacia lo idolatrado. Queda, en fin, un enemigo de todo lo existente y de sí propio y hasta de su ídolo: lo mataría para *asegurarse* su constancia. *Errores de sentido*: la fealdad se convierte en excelsa belleza, la monstruosidad moral ó intelectual, en sublime. No importa que los ojos estén mirando y los oídos oyendo: el ídolo es bello y magnífico contra toda la realidad. *Delirio*.—Este mismo delirio de los sentidos se trasmite á las sensaciones y al cerebro: un contacto cualquiera, un recuerdo, crispera de placer terrible infinitamente más grande que el que pudiese dar la realidad de la misma Venus; las ideas, con igual lógica del absurdo, y en una impotencia positiva para todo lo extraño á la pasión, se encadenan prodigiosamente subordinadas á ella...

Por cuanto á la MARCHA, es indefectiblemente la misma; subaguda. Los estados prolongados de exaltación, son imposibles. Las manías terminan en melancolías. Llega el agotamiento, la hipostenia. Cada sentido va recobrando su normalidad y van despojando al ídolo, restituyéndolo á su deficiencia, á su vulgaridad, á su fealdad si era feo... y sin perjuicio de recaídas menos violentas pasado algún tiempo. Según los organismos, queda como sedimento de complexión morbosa ó una mayor aptitud para nuevas enfermedades, ó el odio ó la amargura, — si no el presidio.

Porque nótese, además, que los celos son en la pasión espantosos, — todo lo contrario de los de la lujuria. Resultan ya casi arcaicos y *cursis* en ciertas alturas del buen tono, y es el abolirlos tendencia bien manifiesta en las populosas ciudades, y más que en ninguna en París (centro de la moda universal), cuya literatura novelesca se inspira ya en un desdén casi absoluto hacia ellos, y cuya literatura dramática (más comedida porque ha de comparecer siempre ante el público, reunido en tribunal inapelable) se dedica á ridiculizarlos, defendiendo ⁽¹⁾ ó disculpando, ⁽²⁾ aun dentro del matrimonio, la infidelidad. — Un público que acepta una comedia, concuerda con las ideas del autor: por eso hay *cierto teatro francés* que no es *todavía* tolerable en España.

De todos modos, no es menos verdad que el matrimonio contemporáneo, habiendo perdido su antiguo y sólido equilibrio religioso, y reduciéndose á un contrato entre cuyos legajos queda como una flor seca aplastado el amor, está contaminado en todas partes por la influencia de esos dos modos más generales de la morbilización amorosa, que no son en suma sino la dicotómica resurrección del *paganismo* del amor y del *cristianismo* del amor en el tránsito á una civilización más perfecta, integrada por aquéllas y que tendrá que integrar igualmente el amor con la

(1) *Amoureuse*.—George Porto-Riche.

(2) *Le Pardon*.—Lemaitre.

síntesis de aquellos parciales aspectos amorosos.

El hombre tiene la animalidad que le atribuyó el paganismo, pero tiene también la espiritualidad (intelectualidad) que le atribuyó el cristianismo exageradamente al querer quitarle la animalidad.

Y el amor surgirá de ambas completo, definitivo: «Venus idealizada por el místico resplandor de la Concepción inmaculada». (1)

Si nada de éso es el amor... ¿qué es el amor?

Yo lo he observado sin prejuicios, y me basta para señalarlo. Además, he podido advertir que en el fondo de cada *mujer social*, desde la mística á la ramera, está la *mujer natural*, que lo siente un poco de igual modo.

El amor es el más perfecto lazo de la sociabilidad. Es la adaptación más completa posible de una vida á otra vida. Es la sociabilidad determinada por el conjunto de todas las aptitudes humanas: inteligencia, belleza, sensualismo.

Puede comprobarse esta triple condicionada suya (esta complexión vital completa) aún en las formas rudimentarias ó enfermas del torturado amor presente: el hombre más bestialmente obcecado por la materialidad del placer genésico, que reducido á sí propio es el mismo en su índole é intensidad

(1) Prólogo de mi novela *Las Ingenuas*, y de toda mi literatura, — podría añadirse.

cuando se provoca solo que cuando lo ocasiona el contacto bisexual, prefiere á una mujer; el hombre más neciamente obsesionado por el fisiologismo higiénico del amoroso abrazo, prefiere, á una mujer cualquiera, una mujer bella; el hombre más ridículamente escarnecedor de la intelectualidad y de la emocionalidad femenina, estimador exclusivo de la *utilidad* de la mujer como bestia hermosa ó recreante estatua flexible, prefiere á una hermosa yegua ó á un maniquí de goma, insuperable acaso de belleza, una mujer... con toda su *emocionalidad perversa y toda su intelectualidad estúpida*.

Y como sería absurdo admitir el ansia de presencia por cualidades no sólo inútiles, sino enojosas y antipáticas, en un acto esencialmente egoísta, fuerza es aceptar lo contrario, su generosidad; y fuerza será no negarse á ver cómo se amplía y se extiende por la vida toda el venéreo orgasmo, desde los nervios simplemente genitales, á los nervios perceptores de la belleza, á los receptores de la emocionalidad moral y á las fibrillas transmisoras de la idea. En efecto, en la relación amorosa humana, hasta en la más grosera y despojada del instinto progenésico, el contacto genital tiene por cortejo el beso de los labios, la ávida mirada de los ojos y la conciencia grata de la mutualidad del placer, puesta en obstinosa evidencia por la voluptuosidad de la palabra, y agrandada, en cuanto es posible, como en una caja sonora, por la capacidad inteligente. Es decir, el amor

humano, es el beso de la vida entera, es la voluptuosidad esparcida por todo el complejo de la vida vegetativa, moral é inteligente; lo opuesto á la concentración de la vida toda en el deleite sexual, — que es en los irracionales. Una pareja perruna, se ayunta con descuido de toda proporcionalidad y de toda suerte de impresiones sensoriales é intelectuales (dentro de su inteligencia): á lo mejor un magnífico danés con una asquerosa falderilla llena de zurrapas y legañas. (1)

El amor, pues, resume todas las simpatías humanas con una tendencia imborrable: se constituye de las ternuras emocionales del cariño maternal, de las serenas complacencias infinitas de la amistad intelectual é inegoísta y de las atracciones más poderosas de los orgánicos instintos. Por eso reflexiva é impulsivamente un hombre abandona á sus amigos y á su madre por una amante, con igual violencia que suele separarle de ella al fin el desengaño y la amargura para volverlo al limitado consuelo de la madre y los amigos. Profundícese: la ansiedad fué bien definida: una ansiedad, una violenta necesidad de compendiar todos los cariños en el de un sér; el desengaño no es menos noble: un desaliento, casi una vergüenza de no haber encontrado grande en la adorada más que la satisfacción del bruto. Es la ley electiva de afinidades: una atracción, en engaño

(1) Debo el recuerdo á un discretísimo cuento de Emilia Pardo Bazán, cuyo imponderable talento le permite tratar todas las cuestiones con plena delicadeza.

de ellas, y una repulsión con retorno de las menos á las más. Ello indica que el amor humano es predominantemente intelectual y afectivo. Todo el humorismo de la poesía moderna lo dice bien con su doloroso ensueño de la mujer *ideal*, suprasensibilizada, superintelectualizada... ó por lo menos intelectualizada en el medio nivel de los hombres inteligentes... (por ahora).

Pero ¿qué culpa cabe al amor si la sociedad educa á las mujeres para costureras y para madres?... El contrasentido de la sociedad entra en las zonas de lo cómico insensato. Al amor se le quiere hacer *amable* la virtud, lo artificioso, lo falso tal vez, — cuando él ama la vida. Y la virtud, en efecto, está socialmente amasada de miedos, de hipocresías y de ignorancias.

De todo éso; porque la virtud es el candor sublimado, y el candor perfecto es el desconocimiento total de la vida y de las cosas. Pero en seguida á la candorosa abandonada á su inocencia, se la llama *estúpida*. ¡La iniquidad es tal, que la humanidad del porvenir tendrá que horrorizarse de cómo hemos tratado los hombres actuales á nuestras madres, á nuestras hermanas, á nuestras hijas!

El amor, digno del porvenir, será posible en cuanto se eduque á la mujer y se la restituya igual libertad (absolutamente igual) que al hombre. La libertad no implica libertinaje, y cada mujer podrá armonizar la suya con su religión ó su increencia, con su temperamento.

¿Qué se opondrá á esa libertad?

Puede indicarlo un ligero examen de lo que se opone hoy: por una parte el peligro de *infidelidad* y por otra el peligro de aumentar los *celos*.

1.º INFIDELIDAD. — Por lo que supone de *traición amorosa* «oficialmente», dejará de serlo en cuanto «oficialmente» se decreta que no lo sea. Con lo que se habrá logrado que toda la sociedad no sea traidora á sus pragmáticas morales, como lo *es hoy*, — traidora de hecho á la fe moral que exige la exclusiva del amor de cada mujer á un solo hombre. En efecto, la señorita más virtuosa *ama* primero á un novio, y después á otro, antes de casarse.

¿Es que la fidelidad empieza «á correr» desde que el hombre adquiere el derecho amoroso? ¿es que se reduce á lo estrictamente material?... No: ni un marido le tolera un amor romántico á su esposa, ni deja de perderla cuenta por el descubrimiento de una falta material anterior al matrimonio. Por lo demás, materialmente, la mayoría de las mujeres, ó cuando menos una respetable minoría, se entrega á más de un hombre; y los hombres, con excepciones de santidad, han traicionado cada uno el código vigente por lo menos veinte veces. ¿Cuál no formaría un harém juntando sus *poseídas*?

Una tendencia revolucionaria que tiene tal fuerza de acción, capaz de arrastrar á los mismos guardadores de la ley (jueces y autoridades de todas clases), sólo puede compa-

rarse á la general inobediencia que hubiese fatalmente de engendrar, por contradicción con la naturaleza, un bando de gobierno en que se mandase elegir á cada ciudadano un solo manjar (perdiz, que dice el cuento) odiando todos los otros. Este odio no podría depender de la voluntad, sino de una ilegible necesidad orgánica (química) de variación nutritiva, no más real que la necesidad de variación estética, sentimental é ideal, en la misteriosa química de la nutrición de las almas. — Y no se crea que ésto es querer hablar del *amor libre* para lo porvenir, sino querer dejar de hablar de la *lujuria libre*, del presente, consagrada incluso por la ley!... ¿Prueba?... *La prostituta*, — servicio del Estado. Ó lo que es igual, una contradicción y un desastre: ley prohibitiva de manjares... y ley que enmienda á la anterior ofreciendo al amparo gubernamental la variedad de todos los manjares... en putrefacción. (1)

¿Se arguye que esta cuestión de la responsabilidad de la *falta*, aparte filosofías, es mayor en la mujer que en el hombre por las consecuencias, — para la familia, por la herencia... por toda la serie de trastornos é injusticias administrativas legales que implica en un hogar un hijo adulterino? — Pues, apar-

(1) Es sentir común que el honor de la mujer consiste en su castidad. Pues si, conforme á la moral, se peca de obra y también de palabra, y si la castidad perece, no sólo por incontinencias de la carne, sino por descompostura en el hablar y el vestir, reconocemos que hay pocas mujeres honradas en las costumbres modernas. — *H onores y Deshonores*. — Eugenio Selles. — *El Imparcial*.

te también filosofías, y dentro aún del criterio actual, se puede responder que el hijo adulterino de la esposa traicionera queda en su hogar... pero en cambio el del traidor marido queda en el hogar ajeno... que es tan hogar como el propio; y con un criterio socialista, sobre todo, la cuestión queda cortada de pronto: cuando no haya herencias ni administrativos derechos paternalmente transmisibles, poco importará, si hubo falta en la mujer, que quede ó no el hijo en el hogar como simple testigo de presencia. (Según se verá después no ha de educarlo su padre ni casi habrá tal hogar).

2.º CELOS.—«Pero la *infidelidad*, admitida socialmente, multiplicaría con las ocasiones, individualmente, el mal tremendo de los celos». Acerca de ésto, ya dejo consignada la tendencia de las clases más altas (aristocracia) y de los pueblos más cultos (París). Se engaña quien lo achaque á corrupción. Nadie más pronto y ferozmente celoso (después del *apasionado*) que el querido de una prostituta. ⁽¹⁾ Es que el amor, hasta en su atrozmente mutilado reino actual de la lujuria, va descargándose de vanidades según se descarga de ignorancias. Los celos, en fin, no son más que la vanidad, y la vanidad no es cosa de las entrañas, sino la defensa del individuo contra el *ridículo* creado por la costumbre ó por la moda (por algo

(1) Véase *L' amour criminel*, por Goron. Véase *La mala vida en Madrid*, por Beraldo de Quirós y Llanas Aguilaniedo.

que la misma moda puede variar como un polisión ó un saqué).

Observemos:

A.—Para ser vanidoso hay que estar entre gente. Para ser celoso igual. Nadie tendría vanidad ni celos aislado con su amante en la isla de Robinsón. La vanidad nace, como los celos, de las comparaciones y por un simple temor de inferioridad. Los celos, más que la pérdida del sér querido, lamentan el propio dolor de la derrota. No tienen nada que ver con el amor: por eso nadie tiene celos de la muerte que le arrebatara á su amada, en cuyo recuerdo sigue adorando, y los sufre hasta el martirio, y la odia y la abandona, por una caricia á otro.

B.—Dan celos nuestros iguales ó superiores: rara vez los inspira un bello y harapien-to mendigo. En cambio, aun sin la menor culpa por parte de la mujer, todos los amantes se previenen á la proximidad de un amigo de talento ó de rango.

C.—Pocos tienen la desaprensión de casarse con una soltera que ha sido de otro. Nadie se para en casarse con una viuda porque haya sido de otro. Y lo ha sido más.

D.—Se transije con una amada cuando sabe el amante que saben los demás que él sabe que ha tenido otros amantes, ó se la perdona una infidelidad pasada ó presente bajo la única limitación «de que no se hayan enterado los demás».

E.—La gravedad de los celos es incomparablemente distinta según que la falta de la

mujer se realiza con un amigo íntimo, con un desconocido que puede sin embargo conocer al ultrajado ó con un *extranjero* y en un país que se abandone para siempre. De ahí el viaje que se impone en toda perdonada falta.

F.—La amistad es un afecto generoso. ¿Se la quiere ver atormentada con los egoísmos y celos terribles de la pasión?... Mírese la que rodea á los altos dispensadores de mercedes. Son quizás más numerosos los odios y delitos por ingratitude amistosa de hombre á hombre, que los de la ingratitude amorosa; y sin embargo, nadie ha pensado en señalar como social peligro *la amistad* y menos en reglamentarla con «exclusivas» por parejas...; y en el campo del desinterés, de los iguales, la verdadera amistad vive feliz, anudando y desanudando pacíficamente en cada persona sus múltiples lazos de simpatía.

G.—Y en fin, siembra más admiraciones y más discordias y más celos en cada círculo social una mujer, cuanto aparece más arrogante y más bella y más gentil (verdadera reina del amor dispensadora de vanidades y mercedes) entre el diluvio de insignificantes, de entecas y de torpes, que suele constituir la multitud. Un desprecio completo de ella le conquista el odio del despreciado. En cambio, una amistosa preferencia franca y hábilmente concedida le gana amigos que lo siguen siendo asimismo del preferido por su amor. Así los desairados aspirantes al Poder, odian al Poder y á sus elegidos, y los

elegidos ministros estiman al presidente (favorito). Suprímense ciertas jerarquías y se suprimirán los celos. No habría cortejadas predilectas si todas las mujeres fuesen igualmente bellas y arrogantes y gentiles, — y ésto debe ser posible como lo prueba la belleza idéntica de todas las alondras de las bandadas de alondras. ⁽¹⁾

De todo ello, y especialmente de lo último, no es insensato inferir que, siendo la vanidad algo arrancable del hombre en la medida que se civiliza, llegará un día en el cual... «liberado el amor de vanidades y fierzas entre hombres y mujeres intelectualizados y suprasensibilizados igualmente, no habrá celos, no habrá desengaños, no habrá adoraciones trocadas en odio, — porque por una parte la comodidad universal de la vida repartiendo pródiga la belleza en el tipo robusto y sano, y las *atracciones del corazón* por otra parte determinándose libremente en la concordancia de caracteres, el amor vendría á ser una gran amistad serena ampliada

(1) Es singular esta observación que puede comprobar cualquiera: todos los niños y niñas de dos meses, son igualmente sonrosados y lindos; á los dos años siguen igualmente angelicales y listos los hijos de los ricos y los pobres (no han tenido hasta entonces sus sentidos más que lecciones de cosas); pero desde los cinco años (escuelas, educación, necesidad de más alimento que el pedacillo de pan que habíales bastado «á sus vidas pequenitas») empieza la horrible diferencia de expresión y de belleza que ha de quedar definitiva á los veinte, con más separación fisonómica entre el patán y el poeta ó entre la esmirriada señorita hambrienta y la condesa harta de *rootsbik*, que entre las mismas diferentes razas humanas, que entre las mismas diferentes especies de animales... ¡pues suele haber más distancia de aspecto desde una mendiga roñosa y arrugada y harapienta de treinta años á una gentil señora de la misma edad, que desde un perro á un carnero!

en la sexualidad é incapaz de encenderse ni apagarse sino en los dos séres á un tiempo. Nadie mataría, ni odiaría, ni sufriría por amor. En la amistad desinteresada de hombre á hombre, nadie sufre, ni odia ni mata hoy: se forma por aspiración mutua, y por mutua devoción se estrecha ó por mutua indiferencia se termina sin rencores si en el trato advierten los dos amigos que se equivocaron al juzgarse de armónico temperamento. — Pues ésta y no otra es la labor de la civilización: diferenciar las relaciones sexuales (no valdría si no gran cosa la inteligencia) del modo repugnante con que entre los brutos se determinan, y del modo casi mercantil, además de brutal, que se realizan hoy...» (1)

—
La característica verdadera del amor, en vez del egoísmo, es la generosidad. El que ama hace su ventura principalmente del espectáculo de la que trasmite.

Y ó cuanto dejo dicho es falso, ó será verdad que cuando haya amor, mucho más amor que ahora, no habrá... «enamorados».



(1) Felipe Trigo — *Las Ingenuas*.

VIII

TRANSFORMACIÓN DE LOS DESEOS

Un lacayo no puede pasar sin jugar al mus en la taberna y un conde sin champagne y una docena de lacayos. Esto es verdad. Si lo fuese el que hay una casta de lacayos y otra de condes en que hubieran de perpetuarse esos deseos, el socialismo sería quimérica ilusión no obstante su fatalidad económica.

Pero después de haber visto en la Historia con cuánta frecuencia pasaron á conde los lacayos, he aquí que habla un conde actual:

«Todo lo que yo solía considerar como malo y bajo, la rusticidad del campesino, la sencillez de la vivienda, del alimento, del vestido y de las maneras, — todo eso, ha pasado á ser bueno y grande á mis ojos. Ahora no puedo ya contribuir á nada que me levante exteriormente sobre los demás, que me separe de ellos. No puedo reconocer como antes, ni en mí ni en otros, ningún tí-

tulo, rango ó calidad, fuera del título y calidad del hombre. No puedo buscar fama y nombradía; no puedo buscar una cultura que me separa de los hombres. No puedo menos de procurar en toda mi existencia—en mi morada, en mi alimento, en mi vestido y en mi conducta con el pueblo,—todo lo que, lejos de separarme de la masa de la humanidad, me acerque más á ella». (1)

Así el creyente desprecia todo desde el dolor de su cilicio, el magnate desde su fastuoso poderío, el amante desde la sonrisa de su amada, el poeta desde su poesía, el elegante desde su elegancia, el borracho desde su borrachera...; y un hermoso gato blanco que yo ví una vez tomando el sol mientras miraba el desfile desde un balcón de la calle de Alcalá, me convenció de que envolvía lo mismo en el desdén de su mirada dulce al borracho que al elegante, al poeta, al amante, al magnate y al creyente.

A partir de entonces no he podido desechár la idea de que toda la comodidad de las casas más cómodas de los hombres, está hecha en beneficio de los gatos; y cada vez que he visto á éstos dormir en los sillones junto al fuego, tranquilos de haberse relamido bien después de haber comido y jugado con las gatas, he pensado: la felicidad consiste en la simple satisfacción de los deseos.

¿De qué deseos?

Sobre la base fisiológica del hombre, es

(1) *El conde León Tolstoi*, por Mateo Arnold.

fácil comprender que hay deseos (propensiones) naturales, — deseos también falsos, artificiosos. De la voluntad de realizar aquellos, se deriva una libertad natural, legítima; de la voluntad de satisfacer éstos, una libertad ingrata para el mismo que la ejerce.

Efectivamente, cualquiera que ha comido bastante, se queda tan satisfecho como toda la inmensa multitud de gentes que hayan comido bien á la misma hora. En cambio, cualquier famoso escritor, cualquier rico banquero, cualquier glorioso héroe que acaban de realizar un triunfo, tienen por debajo la admiración de los humildes, pero les queda por encima, abrumándoles de insignificancia á nada que se les recuerde, la horrible envidia del renombre universal de un Shaskepeare, de la pomposidad de un Rostchild ó de la gloria inmensa de un Napoleón. El harto de garbanzos, como el harto de faisanes, y el harto de aldeana como el harto de duquesa, se tumban y se duermen. El *distinguido* escritor y el *distinguido* banquero y el *distinguido* caudillo, se quedan en insomnio envenenando su triunfo con comparaciones, y martirizándose al ver que todo lo que no sea igualar á los insuperables, es quedarse, punto más ó menos, con su pobre fama limitada, á la altura del celebrado poeta de provincia ó del ocurrente ó rico ó valentón del casino de la aldea: total una diferencia de mil á diez mil necios que aplauden, y un rastro, igualmente efímero en la infinitud del tiempo, de dos ó de veinte años

de *memoria*. — ¿Qué diferencia de amargura hay entre el pobre escritor de Madrideojos, por ejemplo, que contando con la admiración de sus paisanos no logra la de los genios consagrados por España, y el escritor de Madrid que aplaudido por España no consigue la atención de los genios consagrados por Europa?

De este modo nace el ansia de *inmortalidad*, de la *Vanidad* (creación social), que transforma y *monstruiza* el legítimo instinto de la emulación inteligente. Igual vimos que transformó y deformó al Amor en Pasión, — en una enfermedad.

Quítese á las frases de Tolstoi el desencanto que parecen contener acerca de la eficacia *felicizadora* de la civilización, y restará una justa estimación de los *bienes artificiales* engendrados por una tan necesaria como falsa dirección actual del progreso.

Digo *falsa*, porque estoy lejos de confundir la dirección final del progreso con los caminos del cielo que lleven últimamente á detestar de los placeres de la vida, como hace Tolstoi con la mística sinceridad de un apóstol, y como por resabios espiritualistas hace en Salamanca más modestamente Miguel de Unamuno con su metafisicismo retorcido y modernizado y erudito que le lleva episcopalmente á exclamar: «¡Benditos los idiotas!... ¡Maldito lo que se gana con un progreso que nos obliga á emborracharnos

con el negocio, el trabajo, la ciencia, para no oír la voz de la sabiduría eterna, que repite el *vanitas vanitatum*». (1)

Y digo *necesaria*, porque juzgo, coincidiendo con los más rabiosos individualistas, que sin esas funestas borracheras del negocio, del trabajo, de la ciencia... del *vanitas vanitatum*, en fin, y en todo su esplendor, que empezó por «esforzar» al salvaje para lucir el mejor airón de plumas, y que sigue *todavía* «esforzando» á cada individuo y cada pueblo para lucir entre todos los demás su mejor airón de orgullo, no se habría realizado la obra maravillosa de la mecánica moderna en que se asentará por fin como en su casa propia la verdadera civilización moral constituida. La *vanidad* ha sido el andamiaje de la civilización para construir su casa, y puede desmontarse una vez concluída ésta. (2)

—

Vió Rousseau también un poco confusamente cuando dijo: «El impulso del apetito constituye la esclavitud, mientras que la obediencia de la ley constituye la libertad. El individuo pierde por el contrato social su libertad natural y el derecho ilimitado á cuanto provoca sus apetitos y está á sus alcances;

(1) Miguel de Unamuno.—*La vida es sueño*.—Citado por Silió en *Problemas del día*.

(2) *Concluída* la casa de la civilización, no la civilización misma, que no habrá hecho más que *constituirse, instalarse*, descuidada ya de polvos y ripios y estruendos de la obra, para empezar su desarrollo moral. Es notable el contraste: el siglo XX se diferencia de los primitivos tanto por su enorme progreso material, como los recuerda por su moral barbarie.

gana en cambio la libertad civil y la libertad moral, limitadas por la libertad de los demás». — Esto, que es de una verdad condicionada, podría ser de una verdad absoluta sin la confusión de la *libertad natural* (deseo) con la *libertad bárbara*; porque realmente, el impulso del apetito falso y artificioso (lo mismo lo era el de matar entre los bárbaros que el de las jerarquías entre los semicivilizados) constituye la esclavitud con su rastra de dolores y por gracia de la vanidad, según acaba de verse; pero la ley, cuando sea justa, no será más que el apetito natural racionalizado y elevado á dogma. O lo que es igual: no hay conflicto de la libertad natural con la libertad civil y la libertad moral. O lo que es lo mismo: el pacto social tiende á la armonía «de las libertades naturales».

Todo el individualismo ha nacido de esa antítesis absurda entre el interés individual y el interés colectivo, y que no procede de otra cosa que de haber tomado por propios de la naturaleza humana todos los deseos artificiosos é inútiles, creados por la desorientación progresiva, y que claro es que al fundarse en la preponderancia de unos hombres sobre otros, habrían de tener por condición la posibilidad legal de resumir en un solo individuo los bienes ó los honores (consideraciones) de muchos de los demás. De aquí que haya sido empeño irresoluble conciliar el interés individual con el interés social, cosa que como el problema de la general be-

lleza, la «han resuelto» admirablemente las alondras.

El verdadero deseo natural y la libertad que el conjunto de ellos origina, no tiene necesidad de definirse y limitarse negativamente por «la libertad de los otros»: le basta afirmarse íntegro para afirmar su perfecto valor armónico, pues no puede ser nunca en el hombre culto y en un ambiente de justicia, enemigo del de los demás hombres.

Y no hace falta más, dicho sea de paso, para refundir el individualismo con el colectivismo. (1)

Aunque todos los falsos deseos son creados por una misma razón económica, los unos lo son directamente y los otros no, por lo cual cobran éstos cierto aire de independencia social, aparentando cierta espontaneidad causal humana. De éstos conviene ocuparse aquí, agrupándolos, ya que los primeros sufrirán más oportunamente el análisis de su posible transformación al lado de las mismas nuevas transformaciones económicas.

Insisto en que son deformaciones originadas por *la vanidad*, como en el amor, en otros sentimientos, propensiones y sensaciones naturales.

Pueden agruparse así:

(1) «Digase lo que se quiera, colectivismo é individualismo no son dos términos inconciliables: el porvenir demostrará que el individuo puede vivir muy libre en el seno de la comunidad». — Carlos Malato. — *Philosophie de l'Anarchie*.

NOTORIEDAD — perversión de la *emulación inteligente*.

CAUDILLISMO — perversión del *sentimiento de filantropía*, que impulsa á ser útil á los demás.

LUJO — perversión del *sentimiento estético*.

SIBARITISMO — perversión del *paladar*, que gusta siempre de lo sencillo y sano.

POLTRONERÍA — perversión de la *comodidad*.

AMBULACIÓN DE LOS ABURRIDOS — por perversión de varios sentimientos.

DIVERSIONES BÁRBARAS Ó REFINADAS — por perversión de varios sentimientos.

Ninguno de ellos puede resistir un ligero examen de la lógica.

NOTORIEDAD.—La inteligencia es llevada por su propia fuerza á la radiación, como la luz, y ésto forma el alma expansiva del progreso; justo es que un inventor, que un pensador, que un artista dejen fama como estela brillante de su obra, — ó por mejor decir, más que justo es natural, inevitable; — pero obsérvese con cuánta facilidad, y mientras menos vale el artista, el pensador ó el inventor, se cuida predilectamente de la *fama* aun sacrificándole incluso la intención de la obra. Entonces se pinta, se escribe y aun se inventa para halagar al público; para estar siempre presente en el público, y buscándole á sabiendas en todas sus estupideces, el pintor se convierte en adornador de revistas ó de *salón-concerts*, el escritor en vaudevillista y acaso el inventor en... químico ó físico de específicos para la cuarta plana de

la prensa. Si se quiere poner por disculpa la *necesidad* póngase enhorabuena, sólo que ya entonces la *fama* habrá dejado de ser el deseo impulsor, para convertirse en un simple arbitrio de explotaciones; pero hay de todos modos el funámbulo que necesita constantemente del aplauso ó de la ilusión del aplauso, y por debajo del cual surge el escéptico que se ríe de su labor y que desprecia profundamente y en particular á cada uno de sus aplaudidores. — Y ésto no es ya radiación expansiva de la inteligencia, sino de la maldad y por culpa de la *notoriedad*, de la *vanidad*.

Por la *notariedad* se hacen igualmente los *crímenes imitativos*, los discursos de pie forzado, los ruinosos saraos aristocráticos, las apuestas estrambóticas, los duelos de los espadachines... todas las tonterías, en fin. En tanto que yo no puedo creer que Edison y Cervantes tuvieran que sentir el ansia de la *notariedad* para tener absoluta necesidad de decirle al mundo, el uno que sabía de luces sin aceite y de voces sin garganta capaces de entenderse de extremo á extremo de la tierra, y el otro la pena de saber cuánto eran de ridículos y necios los hombres de su tiempo.

La fama es, pues, espejuelo de inconscientes, cuando no disimulado expediente público de oculta explotación sobre ignorantes; y según vaya habiendo menos inconscientes ó ignorantes y explotaciones posibles de admiración ó de dinero, habrá quedado atrás la

notoriedad arrojada por la borda como una excrecencia social. Por eso la divina sibila antigua va quedándose reducida á la gitana desgreñada.

SED DE MANDO.—Apoyada en la noble filantropía, es su perversión. Por amor, cada cual que se siente con una superioridad sobre los demás de cualquier índole, de talento, de prestigio ó de dinero, tiene no sólo el derecho, sino el deber de dirigirlos hasta igualarlos con él, si es posible (no hasta igualarse él con ellos, según dice Tolstoi). Pero adviértase que hoy, los más aptos quizás para la dirección colectiva, son los que tienen que ceder de su noble afán en la lucha horrible contra el favoritismo. La filantropía, de tal modo, se envilece y degenera en ambición de mando que causa, ó tiende por lo menos á causar, el efecto contrario: la ruina ajena en provecho del mandarín, y el embrutecimiento como garantía perenne de su imperio.

Y hay que repetir lo dicho antes: cuando intelectual y económicamente vayan disminuyendo las esclavitudes, habráse ido restituyendo á la filantropía su normalidad eficaz y saludable; en nuestras Academias desabios no vale más el presidente que otros cualesquiera. El caudillismo y el caciquismo es propio de bárbaros y de borregos, como el pastorismo y panurguismo en que se funda.

¿A qué mandar, si no por obediencia, en cuanto el mando no reporte más honor ni ventaja personal que la dirección de un tren, por ejemplo, todo alante de los rails?

LUJO.—El sentimiento estético es un sentimiento natural, y tanto más intenso en el hombre cuanto más culto, — pero el lujo es su perversión. A través de la historia perdura la purísima belleza en marmol de la Venus. No cabe menos *lujo* en su absoluta desnudez. ¿Se quiere ver de un golpe la influencia del lujo?... «Basta ponerle una cinta á una Venus para hacerla lúbrica». (1) Y una cinta es poco lujo todavía: póngansele además unos pendientes de brillantes, unas medias de seda y unas ligas con broche de oro... y se la habrá convertido en *indecente*. — No es ésta aún la única tendencia del *lujo*: á nada que se le deje... llega indefectiblemente hasta tornar la belleza en fealdad, y á convertirse en tormento: lujo es el anillo de la nariz de las tribus bárbaras, la cal con que se decoloran el pelo, el *bullo* con que se enrojecen los dientes, los cuernos de venado con que se adornan la cabeza y los tatuajes con que se ornamentan los brazos y las piernas... lujo horrible que les da el aspecto de bestias apocalípticas; lujo es la deformación del pie en los chinos, y la rasgadura de la boca, y la causticación total que carboniza las encías para lograr una especie de escorbuto artificial, en ciertas islas de la Micronesia. — No de otro modo es lujo en plena Europa, según los «tiranos caprichos» de la Moda, unas veces el amplio miriñaque combinado con el tormento del zapatito pequeño y otras

(1) Felipe Trigo.—*Alma en los labios*. (Novela en preparación).

la delgadez modernista con el potro del corsé y el reinado anemizante del vinagre...; y en las orejas siguen nuestras mujeres clavándose los brillantes y rubíes, como las salvajes oceánicas; y en las muñecas siguen luciendo argollas de oro, como las esclavas egipcias; y en los escotes siguen brindando los senos condimentados con perlas, como las cortesanas de Roma. Lujo: símbolo, pues, de salvajismo, de servilismo, de impureza, de crueldad y de fealdad.

Es digna de notarse una cosa: cada *moda* que llega, sorprende ingratamente y es recibida con hostilidad por la tendencia espontánea del deseo: mal que bien habituados los sentidos á la violencia de una reforma ridículamente esbelta, por ejemplo, la moda cruel vuelve incansable á imponerles otra violencia nueva y contraria: se trata del primer polisón resucitado, del primer gabán de vuelo...; se le acoje con burla, con protesta... y dos años después lo ha aceptado todo el mundo, en una tan general abdicación del sentido estético y de la voluntad, que los trajes ceñidos pasan á ser tan *cursis* é imposibles como las chupas de la Edad Media. Ahora bien, el lujo, sin la moda (sin esa violencia impuesta á los sentidos é incesante) perdería su razón de ser, que no se cifra sino en la ostentación de la variedad: la millonaria elegante que de pronto sustituye el raso por el terciopelo y el brillante por la esmeralda, lo hace así porque ha visto que todas las burguesas, y aun todas las artesa-

nas, llevan *ya* rasos y brillantes parecidos, más ó menos ricos, *más ó menos falsos*, pero de apariencia idéntica y de igual efecto «embellecedor»...; entonces varía sus ropas y sus joyas; vuelve á ser imitada y vuelve á variarlas; en su afán de singularidad, pasa á la extravagancia (claveles verdes, vivos escabajos y tortuguillas exóticas, perros espantosos)... pero en vano, y en semejante puja, á cuya sombra de vanidades vive toda una industria inmoral é inútil, por cuyo influjo se hace la vida imposiblemente cara entre todas las clases ya abiertas á la competencia, no le queda á la millonaria más que la ventaja de la iniciativa y el desconsuelo del eterno vencimiento... puesto que al mismo tiempo, con sólo resurgir la Venus viva en las tablas de cualquier teatro, arrastra y desvía del lujo y de la moda todas las admiraciones.

Hubo tiempos en que al menos esta manía de la fastuosidad, por ajustarse casi lógicamente á la dignificación exterior de bien definidas categorías jerárquicas, no tuvo tal forma de locura galopante. El señor feudal pudo *diferenciarse* de sus vasallos con un poco de brocado y unas joyas de familia y una simple creación modisteril para toda la vida, por la triple razón de que ni los vasallos tenían dinero y libertad para imitar á los señores, ni las máquinas industriales, que no existían, fabricaban por su parte brocados y joyas más baratos que los auténticos de Utrech (ó de donde fueran) ó los falsifi-

caban con pita y con latón y cuarzos tallados, poniéndolos al alcance de las criadas de servicio. Las máquinas y la libertad han sobrado para que cualquiera pueda decir viendo pasar á una mujer bien vestida: «O es una prostituta ó una duquesa». (1) Y así se explica que la Indumentaria pueda referirse á toda una época con sólo decir: «Traje romano», «Traje Felipe II», — mientras que hoy tiene cada época doscientos trajes.

Desde que han perdido el terciopelo y los diamantes su rareza ¿valen más que las panas y los cuarzos? En dinero, sí; en estimación, ya acabamos de verlo. Una titiritera ó una cómica cubiertas de talcos y brillantinas y cristales, puede estar tan bella, si lo es, como una reina, que lo sea; una friolenta notaria puede estar tan abrigada en un blanco boa de pieles de conejo, como una rusa emperatriz en martas civelinas; y en cuanto la belleza y la comodidad saquen del vestido cuanto éste pueda darles, el *lujo*, condenado por la belleza y por el sentido común, pasará á la categoría de histórica salvajada con sus terciopelos, con sus brillantes, con sus ridiculeces, con sus crueldades...

La misma terrible competencia ruinosa ya iniciada, junta á un poco más de cultura, irá entregando la moda al dominio de la higiene, fundada en las necesidades humanas, con el contrapeso de una estética, cuyo criterio invariable de belleza natural, reclamará pa-

(1) Alejandro Dumas.— *La Dama de las camelias*.

ra ésta el menor disfraz posible de trapos y cintajos.

Puede observarse tal tendencia en las modas sencillas de Inglaterra y en el traje de todas las *estudiantas* de las Universidades europeas y americanas.

SIBARITISMO.—El refinamiento de la glotonería quiero nombrar con esta palabra, aun reduciendo su significación. Es el lujo extendido á la cocina, pero basado principalmente en la extravagancia del paladar. Nada de lo que constituye su ideal es necesario á la salud, ni á la felicidad,—suponiendo que entre uno y otro término pudiera haber contradicciones.—Al revés, contrario como todo lo caprichoso, á la franca y sana propensión orgánica, sus modas sólo son toleradas con una previa resistencia y con una verdadera violencia hasta formar el hábito: igual que las otras modas arbitrarias del vestir. Se fija y prefiere lo raro y costoso: nada es digno sin tales condiciones; y justamente ellas dan la medida de su antinaturalidad, porque la Naturaleza no habría de haber sido tan insensata que no crease para cada instinto del hombre los medios de su satisfacción abundantes. Las *ostras*, el *foie-gras*, las salsas y condimentos y frutas y dulces de sabor fuerte ó exótico, casi nunca gustan la primera vez; comer ostras es de buen tono relativo (porque no hay tantas como sardinas), pero hay que ver los ascos que cuesta el que no dé asco comerlas, primero, para comerlas al fin con deleite; yo he visto también en un

barco hacer gestos la gente distinguida ante el sabor á petróleo de las *mangas*, por la simple razón de que íbamos llegando á un país donde la *manga* se estima como fruta no vulgar: había que acostumbrarse; he visto también á un convidado, no *chic*, vomitando no se qué *elegante* guisote de liebre medio podrida. Por lo demás, el famoso *champagne* auténtico, le sabe á sidra espumosa ó á vino blanco con seltz á cualquier ciudadano, el *vermohut* á yerba-buena, y los célebres *ma-rrons-glaces* á pobrísimo potaje de castañas cocidas con canela.

Impóngasele dieta hasta el hambre rabiosa á un *sibarita*, sírvasele en seguida en una mesa florituras de la culinaria y en otra frescos y prosaicos huevos fritos, carne asada, vino y pan, y á ver qué es lo que elige. Nunca se come con más gusto lo sano y sencillamente nutritivo que al día siguiente de un banquete; y los médicos no ignoran que hay tantas dispepsias por culpa de las piltrafas y tronchos de la plaza como á cargo de las salsas y manjares *distinguidos*.

En fin,—para no conceder importancia excesiva á un asunto que no merece el desdén, sin embargo—los sibaríticos hábitos en cuanto á sus extravagancias afecta, son como el tabaco, una aberración del gusto, un vicio, cuya abolición de las costumbres causaría tanto pesar á los viciosos como regocijo á los que fuesen perdonados de la repugnancia que cuesta el adquirirlo; y en cuanto á sus predilecciones caras, es un simple lujo

de champagne y de trufas y de queso de Roquefort que ya la industria democrática va extendiendo, como los brocados, en *champagnes* de cualquier viña, en criadillas de cualquier «no Perigot» y en quesos de Cebrales con tantos y aun más gusanos que puedan desearse.

Nimias cuestiones á mencionar son también la poltronería que por exageración de la comodidad obliga á algunos individuos á no andar más que en coche ó sobre alfombras, la ambulación de los aburridos que impulsa á otros á viajes interminables, la afición á los espectáculos brutales y peligrosos...; pero todo ello, aparte de que la realidad nos va enseñando cómo se suprimió el espectador de los circos romanos en cuanto no hubo más esclavos que arrojar á los leones, y cómo los aristócratas ingleses (reyes del *comfort*) van prefiriendo á las alfombras mullidas los hielos del *skating-ring* y los campos abiertos del *foot-ball* y las quietudes solitarias de los castillos silvestres; todo ello, digo, tiene una bien justa repulsa en la simple consideración de cuán fácil y modestamente puede constituirse la felicidad del hombre intelectualizado: la prensa de todo el mundo, en relatos y fotografías, nos ha dado á conocer la vida y el interior de los más ilustres: los Hugo, Zola, Bismark, Cánovas, Spencer, Galdós, Rostand...: no varía: madrugar, trabajar, pasear...; y en el despacho un sillón, una mesa y unos estantes de libros... algún cuadro, alguna estatua:

y tras el cristal del balcón, el jardincillo ó el parque donde se ingertan rosales ó donde se podan encinas...

Háblese á estos hombres, que tienen junto á sí su digna amada y su sencillo universo, de las carrozas de nácar, y se encogerán de hombros; hábleseles de viajes *desaburrientes* y se reirán; hábleseles de modas y jerarquías y noblezas, y si no le responden como Víctor Hugo á no sé cuál emperador—que se dignaba concederle audiencia—«Puede venir cuando guste»,—le responderán lo que dicen que le respondió Cánovas en Palacio á no sé qué noble que para entrar delante alegó su rango de grande de España:—«¡Y yo soy el que los hace!»

Esta misma indiferencia dignísima hacia todo lo caduco, se repite ya hoy con más frecuencia que se suele imaginar en la humilde é ignorada esfera de otras felicidades parecidas que no necesitan por mundo sino un poco de amor, un poco de calor, un sillón y una mesa de trabajo, una casa limpia y sana, y el vasto jardín inglés de los sembrados de trigo ó el vasto parque de los bosques.

Los deseos se tamizan en la razón, librándose de artificios. Mientras la pobre clase media se agota y enflaquece de hambre para gastar aristocráticamente cada familia el sueldo ó las rentas mezquinas del papá en cruel y ociosa competencia de lujos millona-

rios, los verdaderos millonarios, aristócratas ó no, tienden desde arriba á meterse á sencillos y á industriales, y los trabajadores, desde abajo, tienden á subir como una ola sana de vida que al fin encontrará á la otra en niveles de simplicidad asombrosa. Los coches cómodos, empiezan ya á llamarse ferrocarriles y tranvías eléctricos; las fábricas de púrpura, tintorerías; las viejas ejecutorias, certificados de aptitud; las crónicas históricas, periódicos á cinco céntimos; y los festines, fondas donde pudieran entrar muchos obreros con blusa mejor que muchos hidalgos sin un cuarto en el chaleco del frac...

Con lo que el frac va perdiendo en consideración tanto cuanto la gana el portamonedas; y el portamonedas va aprendiendo á comprar, mejor que un solo frac y doce botellas de champagne para el año, un traje de invierno, otro de verano y trescientos sesenta y cinco medios kilos de carne de ternera.



IX

CONCLUSIONES.

Resulta del anterior examen que todas las transformaciones previas propicias al socialismo son posibles.

¿En cuánto tiempo?

A primera vista un simple cálculo de lo que falta que andar en el camino de la general cultura, juzgando por lo andado, arroja una presunción de siglos, de otros tantos siglos acaso como llevamos de civilización histórica.

No hay, en verdad, más que fijarse en el estado político actual de las naciones, atentas cada una á su egoísmo, mordidas por recíprocos rencores y guiadas por ideales diversos enfrente de un gran número de pueblos aún semisalvajes, para sentirse movido el más optimista considerante á hundir en re-

moto porvenir la total conquista progresiva de la Tierra.

No hay tampoco más que desmenuzar la complexión íntima de cualquier gran capital civilizadora, Londres, París, Madrid, con sus millares de hombres que no saben escribir, con sus millares de tísicos y locos y rateros y asesinos, con sus millares de prostitutas, con sus millares de lujuriosos y apasionados, con sus millares de refinados y lujosos, con sus millares de borrachos y tabernas, ⁽¹⁾ para sentirse movido á concluir que tienen igualmente que haber pasado millares de años antes que la educación haya logrado transformar en verdaderos séres racionales á todos los que forman el conjunto de esa inculta é indigna mayoría mal contenida ahora en no importa cuáles disciplinas por una minúscula minoría inteligente.

Pero ésto sería desconocer á lo largo de la historia la naturaleza multiplicativa de las progresiones aritméticas á cuya velocidad marcha la civilización, y desconocer á lo ancho de la humanidad la condición prodigiosamente rápida de las fermentaciones desde que se tiene el fermento en la masa viva fermentable.

Un montón de pólvora puede haber permanecido sin mudanza mucho tiempo, y volar en un segundo al contacto de una chispa.

No de otro modo la humanidad es pólvora inflamable.

(1) Yo he contado en Madrid 98 sólo en la calle de Toledo.

No de otro modo unas cuantas docenas de años son el segundo de la eternidad.

No de otro modo son las chispas del incendio civilizador las guerras colonizadoras, las máquinas del trabajo y la educación moderna.

Celos, sí; distintos ideales; desacuerdo entre las naciones; enemistad mortal; — todo lo cual no quita que haya en el fondo de cada una la palpitación del mismo anhelo inconsciente: la conquista, la expansión civilizadora. Sutilícese un poco, y no costará trabajo ver cómo lo que parece mezquina rivalidad de egoísmos colectivos, engendra efectos de un altruísmo universal admirable.

Ahora, por ejemplo, la actitud de Inglaterra ante la guerra ruso-japonesa, ha exacerbado todos los egoísmos nacionales. Ninguno de los demás Estados deja de temer por sí mismo las consecuencias de la anulación de Rusia, que rompería sin duda el *equilibrio europeo*. Y ésto es saludable, porque el *equilibrio europeo*, impuesto al parecer por el egoísmo de los reyes que se pudiesen quedar sin trono, significa en la transcendencia humana el concierto de los fuertes de la tierra para no gastar sus fuerzas en casi inútiles luchas entre ellos, reservándolas íntegras y mancomunadas para el acordado reparto de todas las demás naciones semibárbaras y de todos los territorios salvajes.

La Europa fuerte, los Estados Unidos, el Japón (que surge de pronto coloso entre los colosos), sin reparos de raza ni de historia, se contemplan y discuten y preparan el reparto dicho. Sólo por malas inteligencias en él, llegan como actualmente, entre sí, á la guerra, — que las demás naciones poderosas tienen interés en limitar ó que secundarán al fin para acelerar el reparto. Pero éste es inevitable, de todos modos, y será completo en breve período de años; grítanlo así los formidables aprestos de la paz armada, «guerra pacífica á puñados de oro», según frase de Bismark; dícelo así la atención de las potencias á Turquía, á Marruecos, á la China... únicos grandes territorios semi-bárbaros que se conservan nacionalmente independientes por inercia histórica...; dícelo así el cuidado de las grandes potencias en no dejar surgir nuevas pequeñas naciones florecientes que, como el Transvaal, pudiesen pronto formar obstáculos no despreciables al rápido reparto de toda el Africa interior, ya bordeada de amenazadoras colonias como centinelas avanzados del militar federativo imperialismo...; dícelo así el afán de Norte América y Alemania por crearse junto á Inglaterra y Francia y Rusia y el Japón intereses insulares para el reparto de Oceanía, y el ansia de Italia por radicarse en Abisinia, y la obsesión general por el Indostán, por la Indochina, por los protectorados á Persia y al Egipto... Y todo, en suma, no significa otra cosa que una toma de posiciones y de acuer-

dos para el reparto del Globo por la civilización vestida de pacífico guerrero, y todo en fin quiere indicar que el día del principio del reparto será poco menos que la víspera del reparto concluído. Entonces podrá el zar Nicolás II (¡quién sabe si él mismo!) reunir otra conferencia de La Haya con más probabilidades de que le hagan caso.

Pues bien, digo que estamos en los preparativos del reparto. Por eso no hace mal Maurra en querer guardarse de *salpicaduras*, — cosa fácil, relativamente, desde el momento en que para el interés de las potencias bástale á una nación ofrecerse como elemento no despreciable de la ponderación de fuerzas.

Es lo que no ven aquellos que creen inútil todo armamento de una nación desde que no puede presentar por sí sola un ejército y una escuadra superiores á los de las más fuertes. ¿A qué, si sólo se trata de poder ser útiles entre los fuertes contra los absolutamente insignificantes?

He aquí como se acorta el tiempo de un modo racional en lo referente al imperio legal de la civilización por la Tierra entera.

La obra de la educación, para transformar en efectiva la acción legal civilizante, quizá es más fácil todavía. Despreocupadas las naciones de grandes conflictos exteriores, se encontrarán con que ha ido al mismo tiempo creciendo en cada una el conflicto interior del trabajo. Las huelgas generales (ya ensa-

yadas en Barcelona), transformadas en semi-revoluciones obreras por su simple extensión, convencerán pronto á los gobiernos de cuán poco les servirán sus ejércitos contra ellas. Poco á poco, ó mucho á mucho, irán transformando la violencia revolucionaria en franca evolución llena de concesiones económicas y educativas (como ya hace Inglaterra con sus obreros, y principalmente en Australia); y desde el día en que lleguen á palparse las ventajas positivas de la educación, cada taberna actual será una escuela.

Desde entonces, el tácito común objetivo de los gobiernos, como es hoy inconscientemente civilizar á los salvajes de fuera, será el de civilizar á los salvajes de dentro de la civilización. Y á partir de tal propósito, que ya se fragua y condensa en todas las sociedades, ⁽¹⁾ no es preciso aducir en pro de la velocidad educadora más que dos consideraciones: una, que el Japón sólo ha empleado 30 años en levantar su progreso desde la altura de la China á las alturas europeas; otra, que si 20 años bastan para transformar á un niño en ingeniero, deben bastar con más razón para transformar en simples ciudadanos á todos los niños de una nueva generación en cuanto así lo quiera la generación antecedente.

Ahora, para fijar fechas, las guerras y las huelgas y las máquinas tienen la palabra.

(1) Véase en las estadísticas la increíble diferencia entre el número de analfabetos de la Alemania de 1870 á la Alemania actual.

Todo contribuye á acelerar el nuevo estado de cosas, incluso la creciente desmoralización social, — y yo quiero recordar otra ley dinámica: una vez iniciada la caída de un orden ó de un cuerpo, *la velocidad está en razón inversa del cuadrado de las distancias.*

«La democracia rueda á torrentes» — ha dicho Tocqueville.



TERCERA PARTE

¿CÓMO SERÁ EL SOCIALISMO?

TRANSFORMACIONES CONSECUTIVAS Ó IMPUESTAS POR EL SOCIALISMO

X

TRANSFORMACIÓN DE LA PROPIEDAD

Si el socialismo es inevitable, ¿cómo será el socialismo?

Pregúntesele á los fantaseadores que creen poder sujetar la vida á su capricho, á Saint Simon, á Owen, á Fourier, y ellos lo dirán en sus libros describiendo un mundo socialista sin la falta de un detalle. Ellos presentarán por ciudad una especie de gran cuartel ó de hospicio limpio é inmenso donde todos se levanten á toque de campana, trabajen á toque de campana y coman y se diviertan á toque de campana con una uniformidad de fantoches. No de otro modo es la ciudad ideal descrita por el gran Zola en su novela *Trabajo*. Quienes no hayan leído ese libro, léanlo si quieren formarse una idea del *comunismo*. Nada habría más absurdo,

más ñoño, más aburrido que la sociedad concebida así... Nada hay tampoco más contrario á la rica variedad de la vida humana.

De otro orden, aunque fantasías asimismo, no desprovistas de interés, de utilidad y de nobleza, son los múltiples cuadros del régimen futuro que han aparecido en estos últimos años. Puede el curioso elegir, como dice Vandervelde, «entre la precisión científica de Schaeffle, el ingenio algo á la pata la llana de Bellamy y la inventiva deliciosamente poética de Wiliam Morris». Puede ver, sobre todo, entre lo más *completo* y recientemente publicado, *La Cité future*, del profesor del *Colegio de Ciencias Sociales* de París, Ernesto Tarbourieck.

Por cuanto á los «socialistas de acción» (ya queda dicho) ni saben ni quieren saber más, por ahora, sino que la propiedad tendrá que ser de todos, del Estado, colectiva. El *colectivismo* le gana decididamente el terreno al *comunismo*; y sobre todo, lo que ha perdido en absoluto su crédito, si alguna vez lo tuvo fuera de la interpretación vulgar del socialismo, es el reparto individual parcelario de la «riqueza».

Creo que los «socialistas netamente economistas» exageran la nota fatal de la fuerza económica al cerrarse así todo horizonte de visión social del porvenir por el miedo *al cambio de los hechos económicos* que pudiesen inducir *cambios imposibles de prever en las*

consecuencias. Creo que han hecho una abdicación de su inteligencia en esa fuerza de los hechos, por olvidar demasiado que no se trata de una energía caprichosa, sino de un producto regulado de la inteligencia misma, y por lo tanto analizable y calculable hasta cierto punto. Una cosa es desentenderse de los fenómenos económicos, ó tomarlos como apoyo para dar un salto hacia el vacío, según hacen los utopistas al crear sus sistemas absolutos, y otra bien distinta la posibilidad de analizar aquellos hechos para ir arrancándoles cuantas consecuencias puedan dar... Y además, el socialismo, que por su impulsión actual es económico, por su esencia es mucho más, porque es progreso, y por lo tanto es ideal de perfección, y por lo tanto es amor, felicidad, anhelo de vida espléndida...; y por lo tanto, si la Economía Política, como dijo Marx, son *los brazos y los pies que le han permitido levantarse y ponerse en marcha*, la Fisiología y la Psicología y la Higiene y todas las ciencias antropológicas, son su alma. Hay, sin duda, un socialismo ideal antiquísimo, eterno como vaga aspiración filosófica, inofensivo porque sólo fué un poema de cerebros generosos, y otro nuevo socialismo animado y vivo y fuerte por las máquinas. En mi sentir, son el mismo, son el *filosófico* y el *económico* que se han juntado, completándose y mereciendo el nombre de *socialismo antropológico*.

No es, pues, difícil seguir analizando el colosal problema de las transformaciones

sociales á la luz concurrente de las ciencias de los números, de las ciencias de la fuerza y de las ciencias de la vida. Con tal auxilio, pueden inferirse algunos rasgos fundamentales (sea cualquiera el cambio de los hechos) que tendrá la sociedad futura mientras no haya pasado su progreso más allá del socialismo. (1) Y habrá que inferirlos de la contrastación entre las varias ciencias, porque no es lo interesante el saber que las *leyes económicas* propenderán á transformar al hombre individual y colectivamente con tales ó cuáles transformaciones, sino saber si tales transformaciones encajan ó no en las condiciones individuales y colectivas del hombre.

«Tales» pudieran ser las energías de esas *nuevas fuerzas económicas*, que la humanidad hubiese de quedar á su paso destrozada como las plantas al paso de un torrente. Entonces, ó la humanidad debería haber evitado el torrente económico poniéndole diques para arrojarlo por fuera de ella extraviándolo en río extraño y perdido, á pesar de toda su lógica científica, ó si no podía lograrlo, ha-

(1) El doctor Jaime Vera, especie de *caudillo intelectual* del socialismo militante español, decíame en los únicos diez minutos que he hablado con él en mi vida: «No es posible saber cómo será el socialismo. La Química, por ejemplo, inventando el alimento ideal, daría al traste con toda la organización del trabajo socialista inferido de las condiciones presentes industriales». — Yo aprovecho esta ocasión para replicarle al doctor Vera: Tal prodigioso invento, daría al traste, no sólo con tal ó cual accidentalidad del socialismo, sino con el socialismo en pleno, y para pasar al anarquismo ú otro sistema de más lejana perfección; lo que no impide estudiar el socialismo apoyándose en las condiciones de la producción actual, puesto que por ellas mismas estará limitada la realidad de su vida y de su muerte.

bría sido que la civilización habíase creado en las entrañas el terrible poder de su destrucción y de la destrucción de la humanidad.

He aquí la gran urgencia de conocer *socialmente* el socialismo, á pesar de todos los desdenes de sus fanáticos. ⁽¹⁾

Vánse concretando y generalizando algunas de estas tendencias transformadoras. De qué modo íntegro y preciso llegarán á la realidad, no es posible saberlo, y constituye lo accidental del cambio, — lo insignificante, lo sujeto á tanteos y experiencias hasta encontrar el equilibrio en la armonía de todos los intereses. Pero de cada una de esas transformaciones se pueden decir muchas cosas esenciales é interesantísimas.

Los colectivistas, en general, por ejemplo, tienden á transformar la actividad humana en *servicios públicos*, creando, como dice con injusta ironía Malato, *un innumerable ejército de funcionarios*. Ese «funcionarismo» es la más lógica deducción (dado que el socialismo no será sino la perfeccionada deducción de lo presente) del funcionarismo actual impuesto por la creciente importancia de los servicios (capitalización) del Estado.

Esencial es que «la tierra, las minas y los establecimientos industriales, los instrumentos de crédito, los medios de circulación y de transporte pertenezcan á la colectivi-

(1) Lo es todo el que fia á la fe la creencia en lo desconocido.

dad». (1) Por el contrario, es accidental que todos los objetos del servicio doméstico, y los de recreo y los de instrucción que no sean á la vez máquinas productoras, queden como propiedad de cada individuo que los vaya adquiriendo gracias á la retribución obtenida del Estado por su trabajo. Porque eso sí, yo concibo al ciudadano libre de residir donde quiera y de elegir y alquilarle al Estado su vivienda donde guste, pero no creo, como diré después, que las profesiones, elegidas libremente según las aptitudes, deban ejercerse libremente. — Según ésto (y antes de seguir debo declarar que no me inquieto de saber si coincido ó no con nadie), según este sistema, digo, un médico, un zapatero, un ingeniero, después de haber pertenecido como funcionario social tres ó cuatro horas cada día (ó las precisas) al ejercicio de su cargo en el hospital, en el taller ó en la oficina del Estado, queda perfectamente dueño de vivir como guste y se le antoje en su casa, de comprarle cuantos objetos necesite á los almacenes del Estado y de irlos acumulando como propiedad particular juntamente con los artísticos que el mismo pueda producir. — Se argüirá en seguida: pues entonces, si son suyos, podrá venderlos, si quiere, y si ese hombre fuese un Velázquez de la pintura, llegaría á enriquecerse. Perfectamente, podrá vender; pero al Estado, con el justiprecio hecho por el Estado y

(1) Vandervelde.—Obra citada.

á fin de que otro lo compre si le place por el intermedio del Estado administrador, — con el fin de que no pueda originarse jamás un comercio dentro de otro comercio y la inevitable competencia. Y es verdad, ese hombre se *haría rico*, cosa muy justa, en recompensa á su talento y á su trabajo; mas su riqueza, que estará siempre limitada por la imposibilidad de arruinar á nadie, morirá con él, porque en seguida viene á destruirla la transformación de la herencia.



XI

TRANSFORMACIÓN DE LA HERENCIA

«La negación del derecho de herencia individual y familiar no es ni una consecuencia necesaria ni un interés esencial del socialismo. El socialismo podrá decir á los que quieren abolir la herencia: ¡Dios me libre de mis amigos! Este derecho, de todos modos, se limitaría». (1)

Sin embargo, en 1869, el Congreso de Valey de la *Asociación internacional de trabajadores*, decretó la abolición de la herencia bajo todas sus formas excepto la *forma sentimental*... (prendas de amistad, de amor, de recuerdos queridos y personales); y yo pienso que este Congreso, aparte su enfático *decretar* lo venidero, anduvo más cerca de lo que haya de ser la venidera realidad, en este punto, que no Schaeffle y los demás *socialistas economistas* transigentes con todo cuan-

(1) Schaeffle—*La quinta esencia del socialismo*.

to parezca *económicamente* no oponerse al sistema colectivo de la producción. ¡Culpas de mezquindad debidas al *economismo* puro que cree bastarse para la plena acción socializadora prescindiendo del *antropologismo!*

Por eso habla Schaeffle de herencias *familiares*, y hablan otros «amigos del socialismo» de *matrimonios* y *derechos distintos del hombre* y *de la mujer* y de *sistemas penitenciarios*, ni más ni menos que si el socialismo, por gratitud á la prudencia de sus amigos, se hubiera de limitar á la revolución económica. Y por eso los que tratamos de contemplar el socialismo con la impassibilidad ni amiga ni enemiga con que se contemplan los fenómenos sociológicos, podemos ver, en cada hecho suyo probable, no sólo las condiciones y las consecuencias económicas, sino las condiciones y consecuencias antropológicas, — de las que resultará casi con igual seguridad que la desaparición de las cárceles y de los *distintos* derechos, la del matrimonio y la de la familia, jurídicamente hablando.

Un individuo que pueda «enriquecerse» con su *libre trabajo personal* (fuera del que debe á la producción colectiva y cuya retribución formará en todo caso el fundamento principal de su subsistencia), ya se verá luego cuán limitada hubiera de tener la amplitud de su riqueza, por las condiciones de la vida general, primero, y por la abolición de la herencia que la destruiría en el corto espacio de una vida. Reduciríase la tal riqueza á una bien pequeña diferencia en las co-

modidades y gusto artístico de su hogar con relación al de los otros. Esos terribles negocios de millones, que sólo se emprenden con millones, porque «el dinero llama al dinero», serían imposibles en una sociedad donde no pudieran surgir los individuos millonarios y donde además estuviese prohibida toda explotación, aún la artística, sin el intermedio del Estado. — Mas, lo que la pequeña riqueza personal fuese incapaz de hacer, haríalo al fin y al cabo, por acumulación, si fuese transmisible, hereditaria...; el millonario reaparecería (propiedad en dinero, — es decir, en todo lo que pudiera comprarse), y si bien esto estorbaría poco al *genio* de la colectividad, porque jamás el millonario podría transformarse en propietario de tierras ni instrumentos de trabajo, ni entablar siquiera con negocio alguno (no permitido) competencias al Estado, no por ello dejaría de ser verdad que su fausto (salvo que no hubieran de servirle para nada los millones, ni por lo tanto la herencia) podría constituir un ejemplo de corrupción moral espantoso.

¿Se dice que no? ¿Que en sociedades de personas cultas, despojadas de la vanidad presente y bien orientadas por la felicidad natural y sencilla de la vida, no causaría envidia y admiración y deseo de imitación la fastuosidad?... Pues entonces, la fastuosidad habría de estar á dos dedos del ridículo, y maldito si ni el mismo heredero millonario querría para nada sus millones y su derecho de herencia.

No á limitar, como dice también Vander-velde, — á suprimir la herencia llegará el socialismo. Más aún que por injusta, por inútil.

No habrá más que una propiedad particular: la de objetos de uso personal y doméstico, la de los objetos científicos ⁽¹⁾ ó artísticos. Y no habrá más que un heredero: el Estado. A él volverá sin cesar, al comercio de todos, á una especie de almoneda perpetua, cada cosa de algún valor que lo conserve, — incluso los más modestos muebles, como hacen hoy las almonedas, y con la ventaja del justiprecio y con la garantía de inutilizar lo peligroso...

Aunque á la primera impresión parece que las diferencias entre los hombres habrán de establecer eternamente entre ellos diferencias lastimosas, eso es más un espejismo que una realidad. Hoy, sería cierto, entre mi limpiabotas y yo, sin duda media gran distancia intelectual, y de aptitud por consiguiente para la mayor y mejor parte de los trabajos; pero llévase á un hijo mío y á otro del limpiabotas al mismo colegio desde los dos hasta los veinte años... ¡y quién sabe de parte de cuál de ambos quedará la desventaja, si quedaba en alguno! Lo probable es que no hubiese más genios ni talentos asombrosos, porque lo fuesen todos. — Se cree ahora que una estatua representa un honor á un hombre de talento, y no es verdad: repre-

(1) Colecciones zoológicas, aparatos de experimentación, etc.

senta la estupidez de todos los tontos que la admiran. ⁽¹⁾

Una objeción más importante, es ésta:

Si al hombre se le impide trabajar para sus hijos ¿no se le privará del estímulo del trabajo convirtiéndole en un haragán que, ó no haría nada ó haría lo menos que pudiese?

El argumento merece la atención.

En primer lugar, es verdad el argumento en sus premisas, de una horrible verdad. El hombre, hoy, se mata trabajando por sus hijos, por darles de comer, por juntarles también una fortuna. Tan verdad es éso, y con tal ceguedad y tesón quiere el hombre conseguirlo, que no es raro, sino frecuente, ver padres honradísimos capaces de emprender negocios de moralidad equívoca con la obsesión del testamento. Una indudable locura ésta de los padres, una rabia insaciable del negocio, un dolor perpetuo que les amarga la existencia.

Considerando este hecho tristísimo del trabajo paternal, se me ocurre ante todo la idea de la alegría inmensa de esos padres cuando pudiesen cesar en sus afanes por saber anticipadamente que los hijos suyos, sólo con nacer, serían partícipes de los bienes de la tierra en igual grado que los hijos de los otros. Tenemos, por lo pronto, un beneficio innegable en la destrucción de la herencia: la redención de esos míseros esclavos que

(1) Véase el capítulo *Trasformaciones* individuales: poder de la educación.

se llaman padres de familia. Vale tanto como concederles la libertad, la facultad de vivir para sí mismo á que tiene derecho el hombre. Lo contrario, es decir, lo actual, es hacer un infierno de la vida: porque si cada hombre debe sacrificarse por sus hijos, la humanidad entera debe vivir sacrificada, ya que los hijos llegan á padres en plena juventud... Lo que debió ser raza de seres libres viviendo para la alegría, conviértese en cadena irredimible del trabajo por el trabajo, delante del cual huyen perpetuamente la tranquilidad y la dicha. No hemos nacido para sufrir, sino para gozar, y si el trabajo no es la fuente del goce para el trabajador, bien podríamos renegarnos de ser hombres inteligentes y sensibles y envidiar á cualquier pájaro que al menos canta y ama entre los árboles...

Vemos, en consecuencia, que las bases de dicha argumentación se truecan con facilidad en algo absurdo y monstruoso por sí propio, de donde nada bueno y justo puede deducirse. De modo que aunque fuera cierto que los hijos son el único estímulo capaz de impulsar al hombre á una sobrecarga de trabajo, esta realidad sería funesta, como lo es hoy, puesto que es la base de la desigualdad social, creciente á través de las generaciones: la vida, concebida con ese ideal constante y casi exclusivo de capitalización, es una especie de batalla de garduñas en que cada cual procura llevar y esconder en su agujero los medios que le harán falta á los demás. Efec-

tivamente: hay pobres porque hay ricos; hay quien nada tiene porque hay quien tiene de sobra, sin utilidad para él mismo siquiera.

Por lo demás, no es ése el único estímulo del trabajo excesivo, loco, trocado en monomanía. ¿La prueba? ¡Son tantas que no se sabría cuáles escoger!... Véase al avaro sin descendencia. Almacena su oro por el estúpido placer de contemplarlo, por la más incomprendible de las aberraciones del placer. El avaro, el tipo del avaro, surge por regla general en el solitario, en el hombre hongo, sin cariños y sin afectos sociales de ningún género, sin afecto incluso á sí mismo, puesto que á menudo es el mendigo muerto de hambre por no gastar las monedas ó los billetes cosidos en sus andrajos. Un avaro, compite en su afán de trabajar con el padre de familia más tocado de la obsesión de la herencia: y no junta herencias, al revés, su pena honda es que alguien haya de heredarle. Véase otro tipo opuesto y más racional, el solterón, que trabaja por egoísmo ó por hábito, y disfruta cuanto puede, y deja á los parientes el exceso de un caudal respetable; véase á un hombre de ciencia, á un Ramón y Cajal, consagrado al trabajo materialmente improductivo de las investigaciones; véase á un Castelar fatigándose en política para morirse pobre... Estos ó no tenían hijos ó no pensaban en ellos ni necesitaban pensar, para ser sublimes trabajadores del pensamiento...

Porque hay éso también; el trabajo egoís-

ta, realizado con el fin exclusivo de acumular riqueza, es sin excepción un trabajo de negocio, cuyo mismo exceso transfórmalo en peligro: no es trabajo entonces, es competencia social importuna que debe evitarse. En cambio, ninguno de los grandes inventores y descubridores de verdades de la humanidad, pensaron en sus hijos al inventar sus máquinas y descubrir sus verdades para el provecho de todos: al contrario, puede decirse que al realizar aquel trabajo glorioso y útil, impulsor de la civilización y de la vida, tuvieron que olvidar el amor de sus hijos, que arruinarlos tal vez, guiados por el sublime amor de los hijos de la raza entera. He aquí el único trabajo augusto que no puede trastornar la herencia: y á mí, como á todos, me importaría mucho que un hombre deje ó no deje de resolver la locomoción eléctrica; pero que un ciudadano, después de haber vendido muchas, deje de vender varas de tela para que las venda otro, nos debe tener sin cuidado.

He dicho mal, debe importarnos que nadie trabaje más que lo preciso en los trabajos de negocio. Por la cual razón, los padres de familia que al perder el estímulo de la herencia trabajasen menos, no sólo harían bien con hacerlo, sino que cumplirían así la primera obligación colectiva de la futura sociedad. Ya la misma sociedad se cuidaría de señalarles esta limitación al advertirles que no habrían de tener más retribución que la perteneciente al trabajo que les correspon-

da. — Dejo ésto aquí, puesto que he de volver más de lleno al mismo asunto; únicamente me interesa apurar el argumento llevándolo á su extremo.

¿Es que no sólo se supone que ese hombre trabajaría menos, sino que llegaría á no trabajar nada?

¡Qué ilusión! De que trabajase lo bastante se encargaría en cada uno el mismo sentimiento de dignidad que lleva hasta la exageración en el cumplimiento de sus deberes á cualquier oficial de Ejército. ¿Qué menos pundonor y cultura habría de pedírseles mañana á los ejércitos del trabajo que hoy á los de la guerra? He dicho, además, ilusión, porque ilusión es, por otra parte, la creencia de que el hombre tiende á la inactividad. Eso reza para con los lagartos en invierno, que ni tienen necesidades ni inteligencia. Al hombre, su necesidad, le impulsaría á trabajar ¿conocéis alguno, por ventura, que se haya muerto de hambre por no tender la mano y coger la fruta? Algo tan fácil sería el trabajo de una sociedad en que trabajase menos cada cual porque trabajasen todos. El tipo del suicida, renunciando á la vida por no aceptarla como negra cárcel, habría dejado de existir en una sociedad en que el trabajo sería más bien un breve y grato esparcimiento higiénico.

El hombre tiene en sus propios músculos y su propia inteligencia, el germen impulsivo del trabajo. Los hombres trabajan todos, aun sin creerlo. El vago rentista que se fi-

gura holgar, trabaja en componer acordeones y guitarras, trabaja días enteros cazando, trabaja rompiéndose los cascos en combinar jugadas de agedrez y de tresillo... trabaja, y trabaja violentamente, hasta cuando suda y se acalora torturándose el magín con eternas discusiones de casino sobre el último crimen ó la última corrida. Con mucho menos esfuerzo, y con más placer, seguramente, cumplirían dichos ciudadanos su útil misión en la tierra, — por la simple transformación del trabajo, que esbozaré en seguida.



XII

TRANSFORMACIÓN DEL TRABAJO Y DE LAS JERARQUÍAS SOCIALES

He indicado ya sus puntos capitales: Necesidad del trabajo de todos, menos de los impedidos definitiva ó temporalmente. Libre elección de profesiones. División primordial del trabajo, en trabajo de necesidad vital y en trabajo científico y artístico: el primero tendría por fuerza que quedar sujeto á la administración, régimen y remuneración exclusiva del Estado, con prohibición absoluta de su ejercicio libre; el segundo tendría que ser proclamado absolutamente libre, excepto en su parte de aplicaciones educativas, que caerían bajo el dominio del primero, y con la sola limitación de no poder convertirlo nunca en comercial sin el intermedio del Estado. Nótase claramente la diferencia del uno al otro: un pan y una visita del médico, le hacen falta á todo el mundo; un soneto ó una estatuilla, no. Mas como la esta-

tuílla y el soneto pueden convertirse á veces en adorno arquitectónico de una vivienda ó en un drama de Echegaray ó en una ópera Wagner, para llenar verdaderas necesidades morales, de ahí que si sería insensato regimenter la producción de óperas y de dramas, sería más insensato suprimirle á la colectividad los placeres provinientes del trabajo genial.

Sobre semejante base, imagínese lo que constituyen las necesidades vitales de un pueblo, y éso será lo reglamentable, lo socializado, lo obligatorio para todos, incluso también los artistas, porque ya se verá que sobraré tiempo que dedicar á lo necesario y á lo caprichoso. Un pueblo necesita agricultura, necesita industria agrícola y artes industriales, necesita educación en sus varios grados, necesita higiene general, asistencia médica (ó quirúrgica, *bien nombrada*), construcciones particulares y públicas, servicios públicos de administración, locomoción y correspondencia, fondas donde comer, ingeniería, prensa, teatros y círculos recreativos... etc... Todo ello sería función del Estado.

Propietarios de las viviendas el Estado, como administrador, fijaría á cada una su alquiler (el estrictamente indispensable para la conservación) según sus condiciones de comodidad. Y no digo según sus condiciones higiénicas, porque claro está, que las anti-higiénicas masmorras que son hoy casas del pobre, desaparecerían para siempre. El Estado contrataría con cada inquilino que libre-

mente las solicitase. El inquilino quedaría en libertad de mejorarla cuanto fuese su antojo, de adornarla arquitectónicamente si le placía, á expensas suyas. En caso de mudarse, el Estado tendría la obligación de resarcirle de gastos, puesto que en beneficio de la finca quedaban aumentando su valor. En definitiva, dicho se está que la mejora de la casa ó el valor por ella entregado al mejorante, pasarían á la comunidad, puesto que el Estado heredaría al individuo. Me he detenido en ésto, para hacer resaltar dos cosas gratas: una la libertad de vivir donde se quiera, otra la no necesidad de que las casas todas de una ciudad tuviesen una uniformidad desesperante y antiartística. Tal vez no se tendrían, ó mejor dicho, no se tendrán seguramente los palacios suntuosos como viviendas particulares, pero en cambio todas las instalaciones públicas podrán ser palacios confortables y suntuosos. Lo inverso que ahora.

Justamente por ser lo inverso, dejará de repugnar la idea de irse á un hospital público para la curación de toda enfermedad que exija médico. Si es leve, bastará acudir á la consulta; si grave, á instalarse hasta la curación. En efecto, hoy un hospicio de niños ó de ancianos, ó un hospital, excepción hecha de los modernos que va imponiendo la ciencia, son viejos conventos arruinados ó caserones impíos donde sólo se recoge el miserable. Mañana serán alcázares de la salud y de la ciencia, con todo el lujo y el bienestar po-

sibles. El sanatorio de pago, que actualmente se explota, no es sino mezquino indicio de lo que podrán ser un día los regios palacios de la humanidad doliente. — Otras dos cosas resultan de esta digresión: una que las enfermedades y las muertes no infestarán las viviendas privadas, sino los lugares hechos *ad hoc* y fáciles de purificar; y otra, más aplicable á lo que trato en este momento, la posibilidad de ejercer la Medicina en horas limitadas al servicio del Estado, por turno sucesivo de guardias del cuerpo médico, cuya retribución, como todas, correría á cargo exclusivo del Estado, también. He salido, pues, sin darme cuenta, de una de las mayores dificultades de la regimentación del trabajo, puesto que el trabajo de los médicos, por su índole, cuando cada cual tiene como ahora su clientela, es de los que no consienten reposo ni orden.

¿Trabajarán los médicos cuatro horas diarias? No es poco. Téngase en cuenta que habrá más médicos, muchos más, cuando sea esta carrera accesible á todos. Siendo así, el médico tendría cuatro horas de trabajo obligatorio y veinte libres. Si era pintor, bien podía luego pintar cuadros. Si poeta, componer dramas. Si hombre de ciencia, exclusivamente, estudiar, estudiar... para curar enfermos y para perfeccionar la ciencia. Lo probable es que hiciese esto último, porque nunca como entonces se determinarían las profesiones por las vocaciones.

Fórmense cuerpos de ingenieros, cuerpos

de telegrafistas, cuerpos de conductores de vehículos (coches, automóviles, trenes, buques, etc.), cuerpos de constructores de zapatos, de constructores y fabricantes de todo, cuerpos de cocineros, de periodistas, cuerpos en fin de cada profesión necesaria...; asígnense á cada escalafón de cada cuerpo las mismas jerarquías y los mismos ascensos y las mismas pagas; distribúyanse las tareas en las mismas horas, háganse sucesivas las guardias en los servicios permanentes, y se tendrá el «Cuerpo general del trabajo» con la misma retribución en sus diferentes grados, con los mismos honores y con el mismo orgullo profesional, por consecuencia, en el sastre y en el arquitecto que saben que van á llegar al grado más alto de sus respectivos ascensos con la misma paga. — ¿Qué? ¿Extraña, por lo pronto, que puedan equipararse en dignidad y utilidad oficios tan varios?... Pues que no extrañe: ahí está el Ejército, como prueba evidente de que ésto es posible. Desde soldado se puede llegar á general, — y el conjunto vario de cuerpos y armas del Ejército, desde el artillero que es un ingeniero mecánico, hasta el carabinero que no es más que un vigilante del contrabando, desde el abogado y el médico y el veterinario, hasta el ingeniero y el administrador militar y los maestros de fábrica, pasando por la verdadera gente exclusiva de pelea que son la infantería y caballería y alcanzando hasta el cura, todos tienen un escalafón semejante, honores parecidos y retribu-

ciones punto menos que iguales en las varias jerarquías.

—

No juzgaría necesario insistir más sobre este punto, á no ser porque aún podría decirse que no es comparable la diferencia entre las diversas profesiones militares, desde el momento en que á todas por igual se les impone el riesgo de la vida, á la que va de un zapatero á un ingeniero por ejemplo. Entonces, aparte de otras razones de más peso que reservo ahora, yo contestaré: es verdad; pero ¿acaso no se encuentra más arte, más superioridad técnica de profesión en un zapatero que en un simple escribiente? La mayor parte de los zapateros serían capaces de copiar una minuta, y ningún escribiente sería capaz de hacer un par de botas. Pues pasemos del Ejército á las oficinas del Estado: en ellas abundan los escribientes llegados por simple razón de antigüedad á jefes de negociado, á jefes de departamento, con sueldos de dos ó tres mil duros como los ingenieros cuando llegan á ese sueldo. Y si un escribiente puede conseguirlo hoy, no sé por qué haya de chocar que mañana lo logre un zapatero como jefe de taller ascendiendo por igual rigurosa antigüedad ó por sus méritos excepcionales.

Esto significa que cuanto sea intentar discutir la valía del trabajo corriente por los tiquis miquis de su perfección é intelectualidad, es meterse en un laberinto sin salida. No quedará más solución que ésta: el traba-

jo valdrá según la categoría adquirida dentro de cada cuerpo por la antigüedad ó el mérito de quien lo ejecuta... Y si bien es indudable que entre dos mesas fea una y artística la otra, hechas por dos obreros en el mismo tiempo, siempre valdrá más en el mercado la segunda, también es indudable que dentro del socialismo ésto le importaría muy poco económicamente hablando al Estado administrador (no contratista) y aun al mismo obrero que no ha de percibir el producto íntegro de su trabajo, sino el sueldo correspondiente á su categoría. Por lo demás no se crea que el mérito fuese perdido ni para la sociedad ni para el obrero: aquélla iría ganando la perfección de la mercancía; éste, méritos para su ascenso por mérito.

Es decir, que los ascensos, copiando en ello también lo actual, podrían ser por antigüedad, como premio á la constancia y al derecho de hacer dentro de cada oficio menos duro el trabajo según se envejece, y por mérito, como premio al talento y á la iniciativa, para no destruir los estímulos más nobles. Y adviértase, todavía, que las profesiones, como las casas, á pesar de la reglamentación, estarían muy lejos de tener el matiz uniforme y monótonamente mortal de los falansterios comunistas en que todos habrían de hacer lo mismo como esclavos bajo el látigo de la igualdad convertida en tiranía.

—
Pasemos á otras fases del mismo asunto, que es el más transcendental.

Si las profesiones habrán de ser escogidas á voluntad de cada uno, ¿no habrá profesiones que no quiera nadie, como son todas las molestas y las inmundas? ¿Quién, pudiendo ser catedrático, preferiría los bajos oficios de barrer las calles ó limpiar las letrinas?...

Si el lector ha pensado así, permítaseme decirle que le ofusca el hábito de lo presente. Porque en efecto, hay violencia en todo cambio, y es violento sin duda el de que un pocero de alcantarilla, que es tenido hoy en poco más que el verdugo, pueda obtener mañana la dignidad del hombre. Es violento... pero imposible ¿por qué? ¿Quizás no es un hombre el pocero de hoy? ¿no es más útil, con su olor á estiércoles, que el perfumado haragán de las tertulias? ¿Por qué, pues, no ha de ser digno?

Despojémonos del prejuicio, y advertiremos en seguida la falta de fundamento en tal idea: si no se conceptúa indigno al pocero por ser hombre más ó menos rudo, sino porque sale y entra en las alcantarillas, nótese que también entran y salen los ingenieros á reconocerlas, á recomponerlas, cada vez que se rompen — y no despreciamos al ingeniero. Si apurando también este argumento se quiere añadir que el ingeniero al fin apenas se mancha de cosas mal olientes y asquerosas, puedo contestar que es aún más repugnante que la deyección humana el cadáver humano en putrefacción, con el cual se encierran á menudo los médicos en una habitación del cementerio para hacer autopsias,

para vaciar con sus manos las entrañas putrefactas y tocar las carnes corrompidas..., y el médico sale de allí, se baña, se limpia, y se va al salón de una dama para hablar de amores... Entonces, si no es verdad que hallamos indigno por sucio al limpiador de letrinas, puesto que es más sucio con frecuencia el médico, si no es por la materialidad de bajar á la alcantarilla, adonde suelen bajar el ingeniero en busca de roturas y el comisario en busca de ladrones, si no es por ser hombre como los demás... ¿por qué es? — Por pura imaginación, por rutina, indudablemente.

Desecha la leyenda de vileza é indignidad sobre unos utilísimos trabajadores, supóngase á continuación que la función pública de limpiar letrinas y barrer las calles correspondía á los empleos de entrada del cuerpo de ingenieros higienistas, lo mismo que la misión de disecar cadáveres podridos y de asistir enfermos corresponde á los estudiantes de medicina, y ya sabremos quiénes iban á desempeñar tal oficio: los estudiantes de ingeniero: ellos moverían las máquinas de la limpieza y del alcantarillado. Creo que no puede darse un modo más gentil y lógico de unificar la profesión más baja de todas con una de las más brillantes. En seguida veríase á un limpiador de comunes bañarse, perfumarse y quedarse convertido en un elegante *sportman*.

—
Un no poco, con lo dicho, he dejado esta-

blecida la argumentación contra todo lo demás referente á la libre elección de profesiones sin conflicto social alguno. Dignificadas todas, ya que hemos visto dignificarse á la más vil, queda desechado el obstáculo de la indignidad. Persiste su mayor ó menor rudeza. Parece que todos seguirían prefiriendo ser catedráticos y médicos y farmacéuticos é ingenieros (no obstante contar ya agregado el servicio más ingrato), en gracia á la comodidad, antes que ser cavadores de viñas ó mineros ó buzos. Es que sigue la ilusión del hábito: cavar viñas de sol á sol, como se hace ahora por pobres hombres que apenas ganan para sopas, es, á no dudarlo, peor que visitar diez clientes y ganarse al día sin gran fatiga cuatro duros. Sin embargo, como hemos quedado en que el trabajo manual y el de las profesiones llamadas hoy liberales tendrían el mismo tiempo y la misma recompensa, desaparecen el espectro de la fatiga y la ambición de la ganancia. Resta, en último término, la condición intrínseca del oficio. ¿Y qué es más cómodo, durante cuatro horas, cavar ó ver enfermos? Un ligero examen va á llenarnos de dudas; hélo aquí: el cavador (que por de contado puede pertenecer á un extenso y honorable cuerpo de agricultores, por no decir de ingenieros agrícolas) sale de su casa, cava el tiempo consabido, y ya no tiene que preocuparse más del trabajo en todo el día. El médico cuando sale del hospital, tendrá muchos días con toda urgencia que estudiar en su

domicilio el curso de las enfermedades. Por aquí pierde el médico en trabajo mental y con respecto al tiempo lo que ahorra en trabajo material. El cavador como consecuencia de su trabajo en la alegría del campo, encuentra la salud de un ejercicio físico metodizado y breve. El médico, como consecuencia de su contacto con los enfermos, sacará la pena del dolor, de las tristezas y la muerte. Pienso que ha perdido el médico. Pienso, pues, que lo probable, dislocada y trocada la comodidad actual de profesiones, sería que hubiese más aspirantes á agricultores que á médicos.

Una comparación parecida, é inútil aquí por su prolijidad, establecería el nivel aproximado de las comodidades profesionales. Luego el atractivo de ellas, no perjudicaría notablemente la distribución á todas conveniente. Por otra parte, el modo de regular en todas la entrada, y el más justo de conceder el ingreso en cada una, consistiría en la oposición, como en las academias y cargos públicos actuales. Así, todavía si alguna apareciese como predilecta, sólo ingresarían á la preparación de ellas tantos individuos como vacantes fuese habiendo. Los más aptos, en suma, quedarían preferidos en la concurrencia, cosa bien natural, — y los demás podrían acudir á otras oposiciones de otra índole (habría en total tantas plazas como individuos en la región) ó á las mismas en otra época si tal fuese su vocación decidida. Pena de aplicarse, únicamente. Porque ya se ha-

brá entendido perfectamente, que la instrucción general de la juventud, la escuela y el bachillerato que podrían llamarse, han de ser las mismas para todos los ciudadanos, así para el presunto manufacturero como para el futuro profesor de ciencias ó profesor de artes.

Equiparados los oficios sociales, por cuanto á su ejecución (salvo muy pocos de índole peligrosa como el trabajo del fósforo, de las minas de mercurio y los buzos, que podrían reglamentarse con espacios menores de tiempo para cada jornada); equilibrados los oficios, digo, por cuanto á su ejecución, y fusionados para su explotación en el Estado, también irremisiblemente deberían estarlo para sus retribuciones respectivas. O lo que es igual, los fondos, las ganancias obtenidas con cada uno de ellos, deberían ir á formar el tesoro público, la riqueza pública de cada distrito, para distribuirla íntegra en forma de retribución fija de antemano en los presupuestos anuales para los distintos gremios del trabajo y por igual en las distintas categorías técnicas de cada gremio; consentir á éstos la administración de sus ingresos y dejárselos disfrutar por la simple razón de haberlos producido ellos, valdría tanto como reconocer un principio de derecho de propiedad basado en la cualidad del trabajo, y ya vimos antes lo pernicioso de tal concepción, cuya perniciosidad se confirma plenamente ahora al advertir que no tardarían entonces los gremios en ser los unos pobres y los otros

opulentos, engendrando así y con terribles proporciones en la familia gremial la propiedad y la herencia destruidas en la familia consanguínea. Además, hay hoy y habría entonces servicios colectivos que no producen nada absolutamente: el de correos, en las naciones civilizadas. ⁽¹⁾ ¿No iban á ganar nada ó menos que los otros esos trabajadores porque su trabajo no resultara una producción mercantil? ⁽²⁾

Al llegar aquí, es digno de advertencia que en los presupuestos de un Estado socialista no habría un céntimo siquiera que invertir en servicios «propriadamente del Estado»; todo el capital social, producido por los ciudadanos, volvería á ellos repartido en forma de retribución. Los administradores públicos, desde los de un gobierno central encargado de armonizar los intereses regionales, hasta los de las regiones, serían cargos honorarios, obligatorios para cualquier ciudadano elegido por el sufragio de los demás. La política, si place seguir llamando así á una función meramente administrativa — (puesto que la verdadera función política

(1) A Inglaterra le cuesta en la actualidad muchos millones.

(2) Vandervelde, y muchos tratadistas, creen que bastarán para regular la elección de oficios las oscilaciones de los sueldos que puedan ofrecer los distintos gremios industriales según que escaseen en unos ó en otros la demanda de trabajo por sus dificultades ó sus peligros. Pero esta libertad, supone la independencia gremial convertida en germen de competencias y desequilibrios sociales. Y como además hemos visto que se establecerá fácilmente un nivel casi idéntico de comodidad en las profesiones, yo creo que triunfará sobre todo otro el procedimiento de la oposición para el ingreso en cada uno de los Cuerpos generales del trabajo.

con facultad amplia de reformar lo reformable radicaría en los ciudadanos todos reunidos en asambleas magnas) habría dejado de ser un oficio lucrativo para convertirse en una carga, y sin perjuicio, tal vez, de continuar prestando al mismo tiempo, los elegidos, sus funciones individuales de tales trabajadores. Ser gobernante, sería molesto, á no dudarlo; pero sería un deber cívico.

Ni gastos de personal político, ni gastos especiales para obras públicas y máquinas y utensilios de trabajo. Las edificaciones y las máquinas serían construídas por los Cuerpos respectivos del trabajo general, y en cuanto á las materias de construcción, dicho se está que no podrían costarle nada al Estado, puesto que serían suyas al ser el único propietario de todo. ⁽¹⁾

¡Y qué admirable complejidad la de todos los problemas de la vida múltiple! Acabamos de establecer la armonía de individuo á individuo en cada región, y ya parece que salta entre región y región el conflicto, la rivalidad. En efecto, si las regiones deberán de ser las administradoras autónomas de sus riquezas, dependiendo entre sí no más que por lazos federativos, es indudable que las regiones, bien á causa de su industrialismo

(1) Aparentemente sucede hoy lo mismo; pero nada más que aparentemente desde que el Estado tiene que comprárselo todo á los propietarios particulares. Las *compras* del socialismo quedarían reducidas al cambio interregional de productos (por medio del dinero ó en especie) sin agios mercantiles, por lo cual no habría pérdidas posibles en lo exportado á cuenta de lo importado por cada región.

mayor, determinado por razones topográficas, ó bien á causa de la distinta fertilidad de su suelo, cuando no por la crisis de ciertos ramos de la producción ocasionadas por nuevos inventos científicos, acabarían por ser unas prósperas y otras miserables, andando el tiempo: ellas realizarían entonces aquella ley de propiedad y de herencia que ya hemos visto destruida en la familia y en el gremio. Ellas, por lo tanto, con su enorme personalidad colectiva, serían un contrasentido dentro de la ley genérica de la sociedad internacional del mundo civilizado, es decir, del mundo de la civilización socializado. Pues si formarían un contrasentido, claro es que ó podría vencerse ó no se podría realizar el socialismo interregional, internacional, quedando por consecuencia reducido el socialismo á una especie de sistema de aplicación casera, á una especie de ridículo sistema político sólo implantable circuyendo á cada pueblo de la tierra con una muralla de la China á fin de impedirle todo contacto y toda competencia con los demás.

No se tema por la universalización del socialismo. Aquel contrasentido es aparente, como los otros. Puede vencerse con toda facilidad y con toda lógica dentro de la condición humana. El socialismo, proclamando patria del hombre el mundo, tendrá que legislar con un carácter general para todos los hombres y para el mundo entero de su dominio, en aquellas cuestiones fundamentales de carácter general. Decretada la igualdad

de la ciudadanía y la libertad de residencia, los hombres de una región podrían pasar á otra próxima ó lejana.

¿Es que una región prosperaba menos y sobraba en ella gente?... Una emigración se iniciaría en seguida. Un traslado á la región que prosperase más. ¿Quiénes harían esos viajes? Los trabajadores, no, á menos de permuta dentro de su categoría, que no sería fácil de encontrar entre dos regiones notablemente diferenciadas por su florecimiento. (La permuta sería necesaria con el fin de respetar la armonía de las escalas). Pero los aspirantes á trabajadores, sí, éstos podrían trasladarse; es decir, la juventud, concurriendo libremente desde todas partes á nutrir los colegios de cualquier región floreciente y á tomar en ellas, primero, carta de vecindad con los derechos consiguientes, y después ingreso en las oposiciones al trabajo. Es una inmigración que aumentaría rápidamente el censo, atraída por la riqueza. Esta riqueza tocaría en su reparto de producción á menos, puesto que sería para más. ⁽¹⁾ El presupuesto anual de la región aquella tendría que aminsonar los antiguos sueldos, amoldándolos á las nuevas necesidades. Los sueldos, altos un momento con relación á otras regiones, bajarían en el mismo grado que subiesen en éstas al perder población sin perder riqueza.

(1) No se olvide la necesidad de abrir tantas plazas en conjunto á las oposiciones al trabajo como futuros opositores, es decir, como escolares haya, con toda independencia de un precálculo de la producción, equilibrada por el simple *tiempo del trabajo*.

Y el equilibrio se restablecería por sí solo para darse el caso inverso: una reinmigración hacia los puntos de partida cuando el concurso excesivo al de llegada marcara por sí mismo el exceso. Esa habría de ser la insensible ambulación, cuyo indicador lo constituirían simples gacetas del trabajo para marcar la corriente, encargada de regular en todas partes las condiciones de la vida. En suma, es lo que se hace hoy de una manera imperfecta: quiere alguien poner una tienda, y si en la población hay demasiadas de su clase, trasládase á la población donde por haber menos la ganancia será más lisonjera.

Notemos, por fin, que otra de las características de esta sociedad habría de ser la extrema facilidad para sus cambios constitucionales. Socialismo singular éste que yo veo, — puesto que es un socialismo profundamente individualista, abierto al porvenir, á la mudanza continua del progreso, todo en él subordinado al interés y á la plena libertad del individuo. Bastaría que la mayoría individual de una región quisiese determinadas innovaciones, para que pudiese ensayarlas con prudencia y sin temor á resistencias de intereses creados imposible de crearse. Una innovación ensayada con buen éxito sería acogida primero por la región entera, y en seguida, con el tiempo puramente preciso para su gradual implantación,

por todas las demás. ⁽¹⁾ — Si una región resultara pobre, anexionaríase á la inmediata. La vida repartiríase insensible y naturalísimamente siguiendo de un modo geográfico á la fertilidad del suelo y á la facilidad industrial, — á la inversa que hoy, obstinados los pueblos en atraer la riqueza á los cuarteles inmovibles de la vida... Por algo de ésto prosperan Bilbao y Barcelona, mientras que Toledo y Madrid van muriéndose.



(1) En una palabra, las innovaciones políticas habrían perdido su carácter violento, revolucionario, para reducirse, por simple virtud de la conveniencia idéntica entre hombres de iguales derechos, á las tranquilas transformaciones que hoy opera cada descubrimiento en la industria, — como que en rigor no procederían de otra cosa que de las innovaciones del trabajo.

XIII

TRANSFORMACIÓN DE LA MUJER COMO ENTIDAD SOCIAL

Yo veo en el porvenir de la mujer una vida de trabajo completamente igual que la del hombre, — una vida de dignidad y de deberes y derechos absolutamente iguales que los del hombre.

«¿Trabajar las mujeres? — empezarán protestando los románticos poetas; — ¿trabajar el sér ideal, el sér dulcísimo hecho para el amor, la diosa de la vida á la cual rendimos culto eterno, la *bella mitad* del género humano?» — Todo éso es verdad en los versos, que son mentira; pero después de haber leído el verso engañoso de las mujeres, vuélvanse á la realidad los ojos y se verá al *sér ideal idolatrado* ¿en los altares de la consideración?... no, en las casas de prostitución sirviendo para escarnio de los amores, en las fábricas ó en el río, tejiendo ó lavando la ropa de los poetas, y las más dichosas, las

más felices, de ángeles del hogar... es decir, de ángeles con aguja y con escoba y con soplillo para servirle como esclavas domésticas al hombre. ¡Esa es la mujer de ahora!

¡Trabajar!... ¿qué asombra, si ya trabajan como bestias en los oficios más crueles y en los oficios más viles? Por mucha dureza que el porvenir les guarde, nunca podrá ser tanta como la que hoy sufre la mujer gallega, labrando tierras tras una yunta de sol á sol, nunca tanta como á la costurera condenada á pasarse los días enteros en el taller y las noches tal vez llorando de tristeza, nunca tanta como á la dama prisionera perpetua de su hogar de donde no puede salir sino con guardas á menos que desconfíen todos, y su marido el primero, de su lealtad y de su virtud!...

Hallar una condición más dolorosa que la de la mujer actual, es difícil. Su destino oscila entre dos tormentos: si pobre, el trabajo, el durísimo trabajo con todo el rigor de un infierno; la degradación y el vicio también, la pública desvergüenza aceptada y reglamentada porque le conviene al vicio de los hombres; si rica, la cárcel, la cárcel del hogar, donde se guarda su honor con centinelas de vista, no como si fuese la virtud un albedrío y un timbre de gloria, sino como si fuese un pájaro que está deseando escaparse y que deben enjaular con todo celo los mismos padres y maridos que arrastraron cien veces *su virtud* en la mancebía. El símbolo de este tiránico y miserable egoísmo de los

hombres, es un drama que todos los años se aplaude: *Don Juan Tenorio*: mientras más mujeres deshonra, más bravo, más estimable, más arrebatador. La vida es para Don Juan una especie de coto, donde son las perdices las mujeres...

—
Digo, pues, que la mujer puede trabajar, puesto que ya trabaja en toda clase de trabajos, y que el trabajo la redimirá de su ignominiosa esclavitud. De aquellos escalafones de los gremios á que aludí antes, corresponderá la mitad de los puestos al mundo femenino. Su labor será igualmente distribuída en orden al tiempo y en orden á categorías y en orden á retribución que la de los hombres.

Una mujer será libre cuando no necesite al hombre para mantenerse. Únicamente cuando sea libre de ese modo será cuando pueda amar y ser amada por el amor mismo.

De su capacidad hay ya sobradas pruebas en las crónicas presentes del feminismo.

Ha publicado recientemente *La Revue*, de París, una información de gran interés, sobre este punto. He aquí las conclusiones en que resume dicho periódico las respuestas de la mayor parte de los profesores universitarios de Europa:

«1.º La coeducación de sexos en las Universidades europeas presenta numerosas ventajas, y un solo inconveniente serio que desaparecerá cuando los dos sexos reciban una instrucción preparatoria equivalente.

2.º Las mujeres, con cualidades y defectos diferentes, se muestran en el curso de sus estudios sensiblemente iguales, y en modo alguno inferiores á sus compañeros masculinos.

3.º Si su paso por la Universidad no ha revelado hasta ahora ningún genio asombroso, ha permitido en cambio á muchas crearse situaciones honorables é independientes, donde ellas han sabido brillar».

Entre las respuestas recibidas por *La Revue*, reina la conformidad de los hechos indudables. «Yo pienso de la coeducación de sexos *todo lo bien posible*. La presencia de un auditorio femenino en mis cátedras constituye para los jóvenes un precioso elemento de emulación», — dice el profesor de la Sorbona A. Baret. — «La asistencia, en nuestros cursos, de mujeres distinguidas, contribuye á la buena educación de nuestros estudiantes, cuyos hábitos de cultura y cuidado en el vestir ganan considerablemente», — dice el decano de la Facultad de Ciencias de París Alfredo Croiset. — «Los jóvenes y las señoritas se comportan en su trato escolar de un modo libre y natural, sin el menor inconveniente; al contrario, el mundo estudiantil masculino ha ganado, volviéndose más noble», — dice el rector de Copenhague, Haral Høeffding. — «Si la presencia de mujeres en un laboratorio produce algún efecto, es un excelente efecto; lo mismo que en el salón de una casa de provincia inglesa, esta tendencia á la grosería y á la maligni-

dad que suele manifestarse en cuanto algunos jóvenes se reúnen, ha desaparecido completamente por la presencia de las mujeres», — dice el catedrático de Química en Oxtord V. Arcourt. — Y así podría reproducir las citas de los 30 profesores universitarios consultadas por *La Revue*.

Otro de los extremos acerca de los cuáles muéstranse todos ellos conformes, es el de la condición de las aptitudes femeninas: aventajan á los estudiantes en constancia, en aplicación, en interés, para toda clase de estudios; en cambio muestran menos facultades de *creación*... *La Revue* recoge este dato sin tratar de investigar su causa. Yo creo firmísimamente que se debe al hábito de obediencia y pasividad que se impone á la mujer actual desde la niñez: un muchacho, libre desde bien pequeño en sus juegos, llenos no pocas veces de riesgos y situaciones difíciles, resuélvelas por sí propio y se acostumbra á la iniciativa; una muchacha de éstas de la clase media, únicas que hasta ahora frecuentan las Universidades, llega á la libertad de la mujer desde la esclavitud de la niñera ó del aya que le ha evitado sin cesar, ó que ha cuidado de resolvérselos, todos los pequeños apuros de la vida. Esto, que parece no importante, vale, sin embargo, por la atrofia de la *invención*, de la audaz facultad creadora, y para toda la vida. Obsérvese: los aventureros de toda índole salen mejor de los Hernán Cortés y los Edison indisciplinados que no de los sumisos colegiales.

Es decir, que no dudo en aceptar una igualdad intelectual y moral absoluta entre el hombre y la mujer. El trabajo les dará más alma á las mujeres.

Hasta aquí, yo sé que no le habrá costado gran esfuerzo la aquiescencia al lector esquivo, pero es porque me aguarda sin duda en el terreno de la belleza y en el terreno de la Fisiología.

A ellos bajo con gusto. Belleza, por lo pronto, la ganarían todas con el trabajo. Si hoy son gatas de salón, princesas tristes y cloróticas, muchachas histéricas y modernistas de *interesante belleza enferma*, mañana serían guerreras, serían Walkirias... tipos de belleza sana y fuerte creados por la actividad. Pocas aventajan en belleza de cuerpo y de cara á las artistas de circo. Esto con respecto á nuestras bellas, que no pasan de ser nuestras señoritas y nuestras artesanas, porque con respecto á las más numerosas, nuestras campesinas, no son más que muecas de la belleza ajada en flor por el hambre, por la suciedad y por la fatiga: son viejas, las infelices, á los veinte años, sin haber sido jóvenes jamás.—Hasta tal punto escasea la belleza estatuaria, que para esculpir una Venus, para pintar un desnudo, tienen los escultores y pintores que tomar de una modelo el rostro, de otra el pecho, de otra los muslos, de otra los brazos y los pies... ¡Hasta tal punto la belleza femenil está maltratada por la vida! Cuando coman todas las mujeres, cuando trabajen y descansen, cuando no sufran las eter-

nas penas morales que sólo íntimamente conocen ellas y nos dicen á los médicos, entonces todas las mujeres serán bellas, como las rosas, como los pájaros...

Fisiológicamente. Bien. ¿Que hay en la mujer períodos de gestación, de parto, de dieta, que las impedirían trabajar?... Como hay en el hombre períodos de jaqueca y de poder partirse una pierna que lo baldan por un mes y también se lo impiden. Todo habría de reducirse á que, por bien de la especie, las mujeres durante parte de sus embarazos y sus lactancias trabajasen mucho menos ó no trabajasen nada, — sin perder por tal motivo el sueldo, ya que entonces, podría decirse, estarían dedicadas al trabajo más importante social en que son ellas insustituibles: el de crear ciudadanos, el de crear nuevos y fuertes trabajadores...

Vamos á suponer, como término medio, cuatro hijos á cada mujer, que es lo que hoy se calcula á cada matrimonio, me parece. Pues tres ó cuatro épocas distintas de la vida de cada una restados de un trabajo para ocuparse en otro de mucha más importancia social. He aquí todo. Pensar así, hállolo más lógico que no pensar que porque una mujer deba dedicar unos años de los cuarenta de su vida adulta á la procreación, los otros treinta y tantos se los pase haciendo calcetines. Si la mujer tiene entrañas de madre, también tiene, y más altos y más grandes, el corazón y el cerebro de inteligente. Si no debiese pensar, como el hombre, la Naturaleza

hubiésela hecho vaca de cría, y no mujer: no la hubiese dotado de una víscera del valor y otra víscera del pensamiento que supieron poner al nivel de los héroes y de los estadistas más grandes á Agustina de Aragón y á Catalina de Rusia.

Hoy mismo tiene España á la cabeza de sus artistas escritores á una mujer: Emilia Pardo Bazán.

De todos modos, un oficio ó un deber restado para ellas temporalmente, durante meses ó durante años, ó varios oficios y deberes peligrosos ó penosos suprimidos constantemente para ellas por la *galantería* masculina (no porque fuesen incapaces de desempeñarlos), no les implicaría pérdida de ningún derecho, porque esto de la correlación de deberes y derechos es también pura *metafísica* mandada recoger... No hay más fuente de los derechos y los deberes que el «contrato»; y en resumen, *contrato* sería ese de no perder derechos, por dispensa de algún deber, unos seres sociales que al fin ya hacían de sobra y en compensación, por su parte, con sufrir y exponer la vida en cada parto por amor al hombre y por amor al hijo. — Un contrato en que los *galantes* hombres perderíamos si las mujeres quisieran hacer valer, no ya para no ceder derechos, sino para recabarlos en su ventaja, el deber natural é intransferible que tienen de parir los hijos.



XIV

TRANSFORMACIÓN DEL HOGAR

Siempre que he «cerrado los ojos» para «ver» la transformación de esto tan importante que hoy se llama la familia, sobre la cual habrán de refluir todas las demás transformaciones, he visto... — He tratado de forjarme la visión de un mundo constituido por las leyes económicas del colectivismo y en las condiciones de una vida intelectual, moral y materialmente perfeccionada por el progreso *antropológico*, y he tenido que preguntarme cuál sería la vida social resultante de esas poderosas *condiciones determinadas* puestas en acción.

Una vida feliz, consagrada al placer, al arte, á la alegría en su mayor tiempo; ya que el trabajo, con tantos trabajadores, y abreviado y dulcificado por las máquinas, reclamará el menor, — tal es la fácil respuesta de generalización. No se puede descender á los detalles de ese cambio sino á

través de la resistencia de toda la dinámica moral presente, á pesar de ser ella misma la que ya bosqueja y deja clarear en sus entrañas de esclava el germen de la libre moral futura. Como la Roma pagana de los ídolos ignoraba, estando preñada del Progreso, que pariría la Roma de los Papas, la moral presente ignora, y le es además imposible creerlo, y más imposible confesarlo, que dará á luz la moral del porvenir.

Todos los ensayos de lo que pueda ser el hogar futuro, están hechos, se están haciendo, con mayor ó menor imperfección, y aun en gran parte bajo la dirección del Estado, como se están haciendo en las imperfectas empresas y servicios del Estado muchos ensayos del trabajo colectivo. Desde la pequeña aldea á la gran ciudad se tiende y desenvuelve con bien definida gradación de preferencias la cadena de hierros ó de rosas que une á hombres y mujeres: unión por el matrimonio canónico; unión por el matrimonio civil indisoluble; unión por el matrimonio civil soluble, mediante el divorcio; unión por la libre voluntad de los amantes; y finalmente, ninguna unión á través de múltiples uniones pasajeras.

¿Cuál de estas formas prevalecerá?

Nótese, en primer lugar, la propensión del Estado en las naciones cultas á desentenderse de la noción moral en las personas á fin de no ir las considerando sino como entidades de *derecho administrativo*. Al Estado moderno le importa poco si un niño está

bautizado ó no y si una pareja humana está casada ó no canónicamente; lo que le importa es el compromiso jurídico contraído por esa pareja, en lo que respecta á sus bienes, en virtud del cual ambos contrayentes (¿por qué no *contratantes*?) se han comprometido á transferirle á la prole, por muerte, el capital conyugal. Extremando este propósito, el Estado prescinde de toda perpetuidad en el matrimonial contrato, con tal que se salven por nueva fórmula jurídica de ruptura los derechos administrativos; no otra cosa es el divorcio tal como se halla vigente en Francia. Más aún, prescinde incluso de la necesidad del contrato para la unión de los amantes, y aun del respeto de alguno ó ambos de los dos á otros contratos previos, siempre que al pretender legalizar ciertos derechos hereditarios se cumplan nuevas fórmulas legales de contratación adicional: no otra cosa significa el reconocimiento de los hijos naturales y adulterinos. Un ciudadano tiene, pues, ó no tiene, derechos familiares, sea cualquiera su religión é independientemente de los derechos que puedan haber adquirido sus padres por el matrimonio canónico, según que posea ó no posea los títulos de la contratación exclusivamente mercantil del Estado. En una palabra, el Estado moderno, con clara intuición de sus simples futuros deberes de administrador, ha separado el nexo religioso de la familia reduciéndolo al nexo económico: ó lo que es igual, ha sustituido la antigua concep-

ción de la familia por la nueva concepción de la *familia administrativa*, — y tan es así, que es para el Estado *más familia* la de los hijos naturales reconocidos que la de los hijos del más santo matrimonio católico no revalidado civilmente: aquéllos heredarían sin dificultad, éstos se quedarían sin herencia.

Pero ese certero instinto del Estado, desglosando al hombre civil del hombre religioso, no ha podido impedir que su concepción transformadora, ya señalada, de la familia, sea falsa, de pura adaptación fugaz á inestables condiciones de la sociedad; y además implica para el porvenir la negación legal de la familia en su fase del capitalismo. En efecto, bastará el influjo de un sistema económico abolidor de la propiedad individual y de la herencia, para que, tras de haber cesado para el Estado, como ha cesado ya, toda razón de aprecio hacia la familia religiosa, cese también para él repentinamente toda causa de atención á la familia administrativa; y suprimida en la familia desde el punto de vista de las leyes su importancia religiosa, primero, su importancia administrativa, después, las leyes no tendrían nada que ver con la familia, que en absoluto desprendida de la sanción y del dominio oficial, habría de subsistir, únicamente, como libre entidad social privada, bajo la indiferencia del Estado y libremente determinada por la conciencia religiosa ó por la complejión emocional de los individuos, — en cuanto una y otra

no hubieran de oponerse, como no se opondrían, al supremo interés de la colectividad.

A partir de ésto, no cabe duda que pueden desde luego descartarse para el porvenir las formas intermedias actuales de la unión sexual: es decir, el matrimonio civil, con ó sin divorcio. Restan la *familia religiosa*, la *familia naturalmente determinada por el solo cariño entre los padres y los hijos* y la *no familia de los presentes célibes consagrados en su eterna vida egoísta y solitaria á uniones amorosas pasajeras*.

Examinemos, como más nobles, las dos primeras de estas tres últimas formas del hogar, — aunque sin despreciar la última, que puede contener, acaso, y no obstante su miserable egoísmo antihumano actual, alguna poderosa razón de ser en modo alguno despreciable.

La familia religiosa, por lo pronto, nada presentaría en su libre determinación particular contrario al interés colectivista. La familia natural, tampoco. Será, por ejemplo, interés fundamental del colectivismo, la perfecta educación científica y técnica de todos los ciudadanos; y como ésto, sin duda, habrá de conseguirlo mejor y más uniformemente en colegios públicos, dotados del vario y vasto arsenal de la enseñanza, que no en domicilios privados; y como el Estado, por otra parte, habrá tenido tiempo de averiguar que la perfecta educación requiere sobre el alumno una *constante y adecuada sucesión*

de impresiones educativas imposibles de proporcionar donde no haya un personal numeroso de profesores y vigilantes, ⁽¹⁾ es seguro que el Estado (el acuerdo de la mayoría elevado á ley) recabará para sí la función pedagógica total haciendo asistir á los ciudadanos desde que empieza su educación, esto es, desde niños hasta que salgan con su *carrera* concluída, á internados sucesivos de escuelas, institutos, academias y talleres. El niño, desde que empiece á destellar su inteligencia hasta que sea hombre y adquiera la plena acción autónoma, vivirá en los colegios públicos, por cuenta absoluta del Estado, y percibiendo además, según crece, del Estado, una pensión mayor para atender libremente á la satisfacción de sus pequeños caprichos. Y esto, que parece á primera vista un brutal secuestro en dura oposición á la natural tendencia de los cariños paternos, en rigor de forma no vendrá á ser sino la generalización del procedimiento educativo ahora predominante entre los ricos: desde la institutriz pasa el niño á un internado aristocrático, donde permanece á menudo hasta terminar del todo su carrera, y en donde es visitado con toda la frecuencia que deseen las ternuras de sus padres; á menos que, como ocurre también frecuentemente, éstos los envíen á completar su educación al extranjero. — Pues bien, más perfectos y más confortables

(1) Véase el capítulo *Transformaciones individuales: poder de la Educación.*

que esos colegios aristocráticos ó extranjeros, habrán de ser los de cada ciudad en una sociedad persuadida de la transcendencia universal de su misión educativa, y tendrán la ventaja colosal de ser gratuitos: ¿qué impediría que los padres visitasen y quisiesen y adorasen á sus hijos cuanto más mejor, y que una vez terminada la educación volvieresen éstos á vivir, si así lo deseaban, con sus padres?... Nada. Menos que lo impide hoy, aun en la clase media, el solo hecho de tener que enviar los hijos á la ausencia de años enteros en las Universidades, y á la ausencia más larga después de la emigración impuesta luego, casi siempre, por el ejercicio de la profesión, si ya sobran los abogados ó médicos en concurrencia dentro de la localidad. — Luego semejante interés del Estado colectivista no tendría absolutamente nada contrario á los impulsos naturales del familiar cariño; el único cariño que haría desaparecer, es ese cariño fiero, montaraz, que aun se observa en raras familias aldeanas, capaz de impedir todo bien de los hijos con tal de no separarse de ellos, y amasado realmente de un temor á los extraños, á las otras familias, al mundo, á la vida, como si todo lo de alrededor fuese algo odioso y maldito que hubiera que destruir á coces, — y efectivamente, tan cerca anda ese pasional cariño del rencor, incluso para sus manifestaciones íntimas, que á nada que surge en la familia una cuestión de ochavos, estalla también dentro del hogar la guerra soez que describió

en *La Terre Zola*... ¡no es cariño éso, sino coalición de rencor de lobos dentro de una cueva contra la supuesta ó real rapiña de otros lobos!

Aparte el fondo de amor, creador de nobles lazos en la familia natural, como en la familia tradicional religiosa, hay en ésta otros intereses morales que podrían creerse opuestos á la educación de la prole fuera del religioso ambiente del hogar. Ahora sería indudable: los centros docentes se llaman, ó lo son de hecho sin llamárselo, láicos, católicos, librepensadores, y aun monárquicos y republicanos, conforme á las preferencias de su dirección; reina en ellos, incluso en los oficiales, en los Institutos y Universidades, por culpa de la parcialidad de los autores de libros, una extraña confusión de la Ciencia y del Arte con las ideas religiosas ó antirreligiosas; y por lo tanto, no sin peligro para el propósito moral del padre puede ser enviado el hijo indiferentemente á una ú otra escuela. Tal defecto, procedente de la antigua tendencia de la acción religiosa á salirse de sus dominios espirituales para usurpar las funciones del gobierno material, á la cual tendencia ha debido por simple defensa de oponérsele como reacción saludable la contraria, ha tenido y tiene todavía convertida la enseñanza pública en una guerra de dos bandos con gran perjuicio de la serenidad é impasibilidad de las ciencias y las artes, ajenas por completo á la contienda. Entendiéndolo así ese instinto, ya antes señalado para

muchas cosas, del Estado moderno, va procurando la mayor indiferencia en este punto; y si bien dista aún de haber logrado la calma pasional entre sus mismos profesores oficiales, ya la intención es laudable, por una parte, y no deja de ser útil, por otra, la misma guerra sin cuartel que tiene por campo la conciencia de la juventud escolar con pretexto ó con motivo de su educación científica, y por resultado naturalísimo la derrota de los débiles, cada día más acentuada. Los débiles, á juzgar por los resultados prácticos, parecen ser los defensores de las religiones, — tanto más débiles cuanto más fanáticas é intransigentes éstas son.

Infiérense de lo antecedente dos cosas, ó mejor dicho, tres que importen á mi objeto: una, que este período de lucha, ofrecido con singular concomitancia de tiempo en este terreno como en todos, y cuya consecuencia final será la determinación, la unificación, la universalización de aspiraciones sociales, confirma la necesidad de lo presente, tal cual ello es, con todas sus sañas y todos sus errores y todos sus generosos instintos formidables, como lenta depuración preparadora del socialismo; otra, que se llegará insensiblemente al principio insensible de este sistema social con el fanatismo religioso anquilado para siempre, y aun con una mínima *cantidad* de conciencias religiosas según los patrones actuales de los menos fanáticos; y la última, que estos religiosos, sin duda en minoría, aunque quisiesen seguir abro-

gándose un derecho especial sobre el *alma moral* de sus hijos (derecho harto discutible, pero que no habrá inconveniente alguno en tolerar) no tendrían que temer nada de la influencia antirreligiosa de unos centros docentes oficiales donde no se enseñaran más que pura ciencia y arte libertados de ajenas preocupaciones, — á menos que el Arte y la Ciencia no sean opuestos por sí mismos á la fe, cosa que niegan todos los hombres profundamente religiosos.

Podrá haber mañana propagandas racionales de nuevos credos de justicia y religión; pero ésto entrará en la libre y mutua difusión educativa de los ciudadanos, por medio de las cátedras especiales y conferencias públicas á que todos tendrán un absoluto derecho, sobre auditorios de adultos bien instruídos para poder discernir lo bueno de lo malo, — y en modo alguno embarullando y perturbando la *Enseñanza oficial*, que en suma quiere decir *aprendizaje* con respecto á los alumnos, y que deberá circunscribirse á «hechos». No puede ser otro el respeto del Estado á la libertad del individuo.

Una familia religiosa, pues, que visitara diariamente á sus hijos en el internado, podría sin la menor dificultad irles inculcando su fe en el orden supraterrano.

Salen del internado del colegio ó de la academia técnica un joven y una joven con sus «carreras» concluídas. Su pequeña dieta de escolares transfórmase en sueldo que les per-

mite completa autonomía. Tal vez están enamorados (no apasionados) desde las mismas aulas, con el digno amistoso amor crecido en una comunidad de trabajos intelectuales..., y se casan.

¿Se casan?

Quiero decir que si persistían en mayor ó menor amplitud las sectas religiosas dentro del socialismo (ésto dependerá de la fuerza intrínseca de aquéllas, porque el socialismo, gubernamentalmente, no es más que un régimen económico), cada pareja podría unirse según sus ritos por medio de sus sacerdotes (ciudadanos socialistas para todo lo no religioso) y exactamente igual que hoy ante la indiferencia del Estado.

Es de presumir, sin embargo, que esta misma lucha por la universalización de las ideas antes aludida, reaccionando en las creencias, destruya por igual el ateísmo y el fanatismo, resumiéndolos, como pensaba Spencer, ⁽¹⁾ en una suerte de confuso y tranquilo panteísmo. De la inteligencia, dejando á un lado las *verdades reveladas*, no puede lógicamente surgir otro pensamiento ni por consecuencia otro sentimiento religioso. La religión es el culto hacia el misterio; el Universo es un misterio que parece que la Ciencia desentrañará en no se sabe qué siglos de siglos: sólo entonces sabrá la inteligencia cuál es el fin y la causa de lo creado, es decir, sólo entonces conocerá la inteligencia á

(1) *Los primeros principios.*

Dios (causa y fin de todas las cosas); y hasta *entonces* será intelectualmente absurdo todo lo que no se limite á un presentimiento de Dios: igual su negación, que su afirmación, — porque tanto los ateos como los teístas, ante el misterio universal, han procedido un poco salvajemente queriendo desentrañarlo antes de analizarlo y conocerlo, como cualesquiera que se obtinasen delante de una locomotora en negar ó afirmar que lleva *los caballos dentro*, en vez de procurar analizar el mecanismo que constituye la razón de su marcha. He aquí lo que intenta y va realizando la Ciencia en el misterio universal: mientras llega al fin, bueno es suspender el juicio... *é ir viviendo*. (Base del positivismo).

Si todos los fanatismos proceden del miedo á lo ignorado, todos los ateísmos proceden de la insensatez.

Llega la deducción á un término de donde no puede pasar sino forzando las más vivas y arraigadas preocupaciones. Pero en este libro que no es un libro de propaganda, sino de observación indiferente, es preciso seguir hasta el fin á la lógica, aun á trueque de indignar, por un lado, á los socialistas que quieren presentar el socialismo como una especie de fiera amansada y dócil capaz de someterse á cuanto no sea «iniquidad económica», y por otro á los prejuicios sentimentales de todos los que querrían estereotipar el porvenir sobre el molde actual de sus *costumbres*. Así como así, las preocupaciones son

en este punto casi generales, de socialistas y no socialistas, de pobres y ricos, de religiosos y descreídos, y por lo tanto general puede ser muy bien la protesta contra esta consecuencia inevitable del socialismo. — Sólo que como el socialismo no es una teoría ni un sistema político cuya implantación dependa del número de sus adeptos, sino un conjunto de fenómenos sociales forjado lentamente por las leyes económicas y por las leyes biológicas, igual que son forjados los fenómenos cósmicos por las leyes físicas, el socialismo se le impondrá á la vida con idéntico *desdén* á sus terrores nimios que la tempestad ó el día de sol á la flora de los campos.

Es precisamente el interés de la integración del socialismo económico por cuanto ha de haber de antropológico en todo problema humano; y si la parte económica del socialismo parece no tener nada que ver con la sentimentalidad del hombre, ya se ha podido ver cómo las relaciones económicas en su armonía científica con las realidades biológicas, arrojan inesperadas conclusiones que no por dejar de ser económicamente innecesarias y aun biológicamente no inevitables de un modo aislado, dejarán de ser fatales, naturalísimas, en cuanto concurran ambas causas para su determinación. Me refiero — y ya es tiempo de decirlo — á la plena libertad amorosa que yo veo en el porvenir.

Aquella pareja que sale del taller ó del colegio con una amante simpatía nacida y

acrecida en la noble intelectualidad del trabajo, se unirá sin otras fórmulas que las impuestas por su voluntad y su dignidad, — probablemente.

Ella formará un hogar.

¿Cómo?

Sin compromisos religiosos, sin compromisos administrativos legales, — para determinar la forma de ese hogar no quedarán más que las tendencias emotivas y las de la cultura artística. Para determinar su duración no habrá más que la duración misma de la atracción amorosa. En puridad no sería todo ello más que el matrimonio civil despojado de gastos y trabas legislativas: hasta su nomenclatura podría respetarse llamándole *divorcio* á la simple separación de los amantes, que conservarían en un nuevo amor el grato recuerdo de la felicidad pasada y la mutua gratitud de haber engendrado con sus vidas la de un hijo dichoso, — igual que hoy.

Es decir, mejor que hoy; más noblemente que hoy; porque hoy, en Francia, por ejemplo, donde existe ese radicalismo del divorcio, los cónyuges, por capricho de la ley, no pueden separarse y quedar en libertad de contraer nuevas nupcias sin haberse previamente odiado, maltratado, faltado en traiciones de asquerosa indignidad é inicuo engaño; y por lo que respecta al mismo caso de *conclusión del amor* en los matrimonios indisolubles, ni comparación cabe siquiera, — ¡con sus dramas horribles de adulterio ó con su condena á martirio eterno de odios disfra-

zados de frialdad ó de odios detonantes en las clásicas batallas conyugales!

Y no es que defienda nada, vuelvo á decirlo; es que sigo contrastando con la vida el valor de las simples deducciones sociológicas.

—
¿Cómo será el hogar?

Cabe suponer, desde luego, que *no numerosos*. Por interés del Estado, ya se ha visto que seguramente los hijos pasarán su niñez y su juventud en los centros de enseñanza. Si se supone, además, que al salir de dichos centros con su educación profesional completa, tienen 18 ó 20 años; si se considera que esta edad es la del adulto y que las dichas profesiones les darán desde el primer día independencia económica, cuerdo es concluir que nada se oponga á su inmediato deseo de formar un nuevo hogar amoroso, apenas vueltos ó sin volver siquiera al de sus padres. Es cuestión de tiempo, con respecto á lo actual: hoy, entre las clases acomodadas (únicas que pueden servir de modelo de comparación, por ser las únicas que no están del todo esclavizadas á la falta de recursos, — y véase de paso cuánto el porvenir se parecerá al presente á pesar de todas las apariencias transformadoras) no dura más la permanencia de los adultos en la casa paternal, cuando tornan de sus estudios, que lo necesario para «crearse una posición» y casarse. Esa *posición* estará siempre creada para los hombres y mujeres del colectivismo.

Tan general sospecho yo que ha de ser esto de los matrimonios no retardados entre los jóvenes, que sospecho también que los hogares paternos concluirían pronto, en la ausencia educativa de los hijos, por no tomarse la pena de tener que guardar habitaciones en larga espera de años y ante la sola eventualidad de albergar en ellas á los hijos adultos por tiempo escaso hasta el día de sus bodas. Mas aún, puesto á pensar acerca de lo que ocurre ahora con las señoritas y estudiantes masculinos, educados en pensiones y colegios, observo que, sin perjuicio del respetuoso cariño hacia los padres, todos ellos, al salir de la pensión, han contraído por el trato con sus compañeras ó compañeros íntimas amistades tan profundas que los impulsaría á seguir viviendo juntos, de mejor gana incluso que con sus respectivos padres, si fuera esto posible. — Pero esto será posible en el porvenir; y como todo ese infierno de horrores actual referente á la cancerbería de la Virtud habrá desaparecido, nada podrá oponerse á la libre determinación de los impulsos amistosos para que las amigas y los amigos busquen sendas casas donde vivir respectivamente juntos, si lo desean, y más ó menos definitivamente, en frente ó al lado ó lo más cerca posible de las casas de los padres.

Si aquel razonamiento y esta observación tienen algún valor, no es imprudente, reuniéndolas, inferir de ellas la probabilidad de una división general en dos de los hoga-

res: los determinados por la amistad y de un número variable de individuos, dentro de cada sexo, y los determinados con carácter más estable entre ambos sexos por parejas amorosas.

Es posible que el lazo armonioso en los primeros, aparte de la principal atracción emotiva, lo fuese, no sólo la uniformidad de inclinaciones en las diferentes edades, sino también, y muy poderosamente, la comunidad de intelectuales aspiraciones: las artistas vivirían con las artistas, las médicas con las médicas, los ingenieros con los ingenieros... ¿Quién que haya estudiado fuera de su casa no recuerda las vacaciones en ésta como una especie de baño de reposo á su vida bellamente jovial con los camaradas de estudio?

Resumiendo, puede verse tripartido el hogar en las mismas formas que ya inicia el de ahora: niñez y juventud (hoy se reparte entre el ama de cría, la institutriz y los colegios), en los *Establecimientos del Estado*; solteros adultos (hoy es frecuente la independencia, en los hombres, por el cambio de localidad para ejercer sus profesiones), en los *hogares libremente elegidos por los amigos del mismo sexo*; casados (únicos que hoy se desprenden de la antigua familia definitivamente), en el *hogar amoroso*.

—
¿Cómo será el hogar amoroso?

Formado por los dos amantes, nada más, y

no compenetrado en la total intimidad antiestética de la vida. Hay sin duda algo de grosería en el modo corriente de entender la vida conyugal: los cónyuges duermen en la misma alcoba, en el mismo lecho, y tienen las mismas habitaciones para una vulgar porción de íntimas necesidades. Así, repentinamente, desde la *poesía* de los novios, se pasa á la *prosa* del matrimonio; este continuo hábito de desnudarse y cuidar de su aseo en la misma estancia, de contemplarse en el descuido que impone la comodidad para ciertas tareas caseras, es la causa única de la muerte de aquella *poesía*. La perversión llega poco después á tanto, que la esposa á quien no le importa estar desgredada y sucia delante del marido es incapaz de recibir lo mismo la visita más insignificante: ó lo que es igual, el deseo de agradar, *la coquetería*, persiste en ella para todo el mundo... excepto para su marido... ¡harto desdichadas consecuencias podrían deducirse — con respecto á la consecuente ó inconsecuente *intención de fidelidad*, — de este simple hecho!

Pero volviendo los ojos á los matrimonios ricos, podrá advertirse cuán espontáneamente la intuición estética ha esquivado tales inconvenientes poniendo en moda (por *elegancia*, dicen ellos tan tontamente como dicen que por *frivolidad* los absurdos partidarios de *la confianza matrimonial*) la separación de departamentos. Conciliando esta aristocrática tendencia con la plebeya necesidad que tendría que persistir para todos de los cuidados

domésticos, me figuro que cada *cónyuge*, en los límites de la higiene y de la comodidad, se procurará, dentro de la casa, el más pequeño número de dependencias exclusivas: un cuarto para dormir, otro de aseo y gimnástica, otro de trabajo, otro en fin de recreos artísticos (biblioteca, música, etc.) El comedor y la cocina serán inútiles, pues se comerá generalmente en los *restaurants* del Estado, y lo mismo serán innecesarios los salones de respeto y de fiestas desde el momento en que todas podrán celebrarse en los casinos y cafés y teatros del Estado. Los cuartos de costura, planchado, lavado de ropas, etcétera, serán tan redundantes como la misma necesidad de coser, planchar y lavar á domicilio, porque todo ello entraría en la función de los talleres públicos, donde cada ciudadano podrá hacerse servir mediante el precio correspondiente.

Aunque es nimio, debe hacerse constar, de paso, que ninguna de estas innovaciones sería impuesta por restricciones legales, sino por la propia comodidad individual. Hoy le es más barato á cualquier familia comer en su domicilio y coserse y plancharse ella misma la ropa, que no acudir á las fondas y almacenes; pero es porque, en primer lugar, las familias suelen ser tan pobres como *numerosas*, atendidos todos sus miembros al sueldo ó jornal del padre (los célibes que viven solos prefieren y hallan más económico hacerse servir en los almacenes y fondas), y en segundo lugar, porque los actuales empresa-

rios del trabajo encarecen toda la producción con la famosa *plusvalía*. El Estado colectivista, entidad fantasma, no tendría interés alguno en recargar los precios de ningún producto. Por lo demás, nadie ni nada le impediría á cualquiera guisar en su casa, comprando en los almacenes públicos las viandas y los ingredientes, ó tener una aguja para coserse con toda rapidez los botones. Ya se ha dicho que lo único prohibido sería la explotación particular del trabajo sin la intervención administrativa y reguladora del Estado. Tan pronto como la producción personal adquiriese cualidades de aplicación general mercantil, el Estado intervendría: un drama, una estatua, un cuadro, un libro de arte ó ciencia, una colección entomológica... serían representados en los teatros ó vendidos en librerías y bazares del Estado, ⁽¹⁾ entregando íntegra la pequeña ganancia al autor ó á los actores (la competencia, por el gran número de artistas y de hombres de ciencia y técnicos de todas clases, abarataría sin duda las obras de esta clase increíblemente, — y todos podrían ser artistas ó científicos ó inventores, puesto que, aparte la especialización técnica, todos habrían recibido una educación artística y científica igual).

De tal modo restringidas en beneficio de

(1) Para impedir comercios particulares de editores ó empresarios que pudiesen sacar algo del trabajo ajeno.

la comodidad las necesidades domésticas, se advierte fácilmente en qué términos habrán de quedar simplificadas las faenas de la limpieza y la higiene de un hogar confortable, — hoy en los mismos tan abrumadoras y complejas que apenas puede concebirse, sin convertir en criados para todo el día á los amos, la supresión de la servidumbre. Sin niños revoltosos que lo trastornasen todo, sin obligación de cocinar, ni lavar platos, ni coser ropas, etc., etc., y reducido cada amante de la pareja amorosa á su departamento de tres ó cuatro estancias dentro del pequeño *chalet* rodeado de jardines ó dentro del amplio edificio donde viviesen con la natural independenciam de vecinos varias *familias* de amantes ó de amigos en condiciones idénticas, cada individuo podría muy bien, sin desdoro alguno para los masculinos, quitar el polvo con un plumero y hacer su cama y ordenar sus sillas y sus ropas (como hacen hoy mucho de ésto los estudiantes, y todo ésto y algo más los soldados en el cuartel). Las antiguas luces de petróleo que invertían, según recuerda Tarbourieck, una mañana en su arreglo, son ya lámparas eléctricas que «arden» torciendo una llave; los antiguos excusados, inodoros constantemente limpios por el agua y cuyos entorpecimientos corresponderían al cuerpo de arquitectos; los viejos braseros de picón, estufas de gas ó de petróleo que se encienden con una cerilla; las hornillas y cazos donde improvisarse un desayuno, marmitas perfeccionadas... —

¿Enfermo el *señor*?... al hospital. ¿Embarazada la *señora*?... al... ¿á donde?

Veamos qué hará probablemente la mujer durante sus embarazos y lactancias.

Fisiológicamente, nada le estorbará seguir su vida ordinaria hasta lo menos el sexto ó séptimo mes.

A partir de éste, varios intereses modifican su estado: primero, el interés social, enorme, inmenso, en procurar la calma necesaria á esa gestación para que su producto sea sano y vigoroso; en seguida el interés de la mujer misma, que no podría servirse á sí propia domésticamente, ni á los demás en la profesión; por último, el interés de la libertad del marido, que tendría que constituirse en criado de su mujer y en enfermero más tarde. Habitados ambos amantes, por otra parte, á no verse en vida común dentro de su mismo domicilio sino en trabajos y placeres presididos siempre por la mutua cortesía estética, tan violentos les serían á él ciertos íntimos cuidados del puerperio, como á ella, — que no tendría, en cambio, inconveniente alguno en entregarse á médicos mujeres. ⁽¹⁾

Todo invita á creer que la mujer embarazada pasaría á la Casa de Maternidad asisti-

(1) No se saquen de aquí excesivas consecuencias acerca de la exclusión de la piedad dolorosa en el amor, porque una cosa son los dolores y tristezas, que pueden ser bellas, y otra la asquerosidad desilusionante de ciertas intimidades patológicas. Estas bien pueden reservarse para cada individuo en cada sexo, á fin de mantener oculto al otro cuanto inútilmente pudiera afean la vida eminentemente artística de los amores.

da por mujeres. Allí podría el marido pasar junto á ella, consolando sus sufrimientos, todas las horas que antes pasaban cada mañana ó cada tarde en paseos ó en teatros ó en eróticas ó artísticas delicias.

Estas visitas «hospitalarias» realizadas por el amor en el dolor, tendrían toda la importancia de un aprendizaje de paternal cariño en los amantes. Relevada la mujer desde el sexto mes de su embarazo de todo trabajo profesional, sin perder por ello su sueldo, podría desempeñar, sin embargo, perfectamente, puesto que en tal sentido la impulsarían con plena naturalidad su necesidad fisiológica de ejercicio metódico y sus nacientes ternuras de madre, un nuevo servicio tranquilo consistente en la vigilancia y asistencia, dentro de la casa maternal, de los niños pequeños en sus cunas y de los niños de uno á tres años en sus juegos por los parques anejos al Establecimiento. Allí, juntos los futuros padres que hasta entonces sólo habríanse cuidado del egoísta placer, aprenderían cómo la vida es hija del placer, y daríanse cuenta de la transcendencia y extensión de los placeres del amor hacia otros placeres idealísimos y altruístas, en estas alegrías bulliciosas é inocentes de niños libres del aceite de bacalao bajo el más tónico y confortable reconstituyente protector moral y material de la sociedad entera. — He aquí el contacto de los hombres con los niños en esa sociedad: es casi seguro que como se va hoy en los paseos higiénicos á ver las casas de fie-

ras en los parques, las gentes acudirían á los parques de niños y de flores y de pájaros para tomar el sol viéndolos jugar ó participando en sus juegos.

Llega el alumbramiento. ⁽¹⁾ La mujer pasa en su estancia de la maternidad el puerperio, y amamanta á su hijo. ¿Es probable que después se traslade con éste á su hogar?... No, ¿para qué?... nunca como en el transcurso de los quince á veinte meses de lactancia va á necesitar el hijo auxilios extraños y muy difíciles de proporcionar por una sola persona. La importantísima función social de *creación* de ciudadanos, sigue. El alto interés del Estado en ella, continúa. La madre, por consecuencia, seguirá morando y prestando sus servicios de lactante para su cría y de vigilante para todas las crías de todas las demás que estén en idénticas condiciones. Es la prolongación de una simple mudanza temporal desde una casa cómoda á otra seguramente más cómoda y en la cual encuentran las madres, por el conjunto de sus vigilancias, el descanso y la libertad que aisladamente seriales inencontrable. ¡En efecto, estas madres (no prisioneras, en ningún momento ni por ninguna necesidad), como afectas á un servicio permanente, tendrían sus horas de guardia — auxiliadas con gran oportunidad de útil instrucción moral é intelectual por las jóvenes estudiantes de

(1) Nada de nombres de los progenitores en las fes de bautismo, — esto le importará poco al Estado colectivista y no hace maldita la falta para querer á los hijos.

Medicina y Farmacia; — y fuera de esas pocas horas, contando ya con su agilidad fisiológica, podrían muy bien disponer plenamente de su vida para pasar el tiempo en el domicilio propio y comer en el *restaurant* con el marido y pasear y gozar juntos, sin otra pequeña limitación que la de volver alguna vez por diez minutos á dar el pecho al hijo y retirarse á dormir con él por las noches.

No le sería fácil, entonces, por ejemplo, un viaje de instrucción ó de recreo de los que sin duda permitirá gratuitamente el Estado durante reglamentadas épocas de licencias del trabajo; pero todo lo demás, sí, — y podría confiar esa madre en sus ausencias, mejor que ahora las que dejan en su propio hogar el niño á la niñera mientras se van al teatro, en la dulzura y el exquisito cuidado para su hijo por parte de otras niñeras que serían madres amorosas al mismo tiempo que mujeres instruidas.

En seguida que el hijo no necesitase la leche maternal, habría concluído tal situación, — pasando, él, al internado de párvulos, ella á su vida ordinaria. Las visitas paternas al colegio continuarían por impulso lógico del cariño, y pocos años después serían devueltas por el hijo á la casa de los padres en las horas de asueto y bajo la responsabilidad de éstos. ⁽¹⁾

(1) Los niños, hasta que llegan á adultos instruidos, se pueden considerar como imbéciles á quienes no conviene la libertad sino bajo la constante dirección del educador.

Podría caerse, un poco ligeramente, por deducciones superficiales de la anterior norma de vida, en la sospecha de un peligro relativo al censo de población: ó bien las mujeres, seducidas por estos lapsos de relativa poltronería, y embarazadas sin cesar, darían á los nacimientos una proporción aterradora, ó al revés, atemorizadas por los sufrimientos del parto y las no breves molestias de la preñez y la lactancia, con su limitación lógica de los mismos placeres amorosos y de otra índole, harían disminuir la natalidad de un modo alarmante.

Pero obsérvese que esa misma disyuntiva entre dos extremos se contrabalancea y se destruye por sí propia. Precisamente de la oposición de dos fuerzas contrarias resulta el equilibrio. Ni se daría el caso de una púlulación salvaje, ni el de una despoblación *refinada* como la que retrata Zola, bajo la artística lujuria de los franceses, en *Fecundité*.

Zola con sus férvidos consejos de amor prolífero y Malthus con sus teorías draconianas contra la vida exuberante, tendrían muy poco que hacer en una sociedad cuyo mismo equilibrio económico y *moral* determinaría todos los secundarios é indispensables equilibrios. Cada Malthus y cada Zola estarían en el cerebro y en el corazón de cada ciudadano separadamente, después de haber estado juntos en la razón económica social. Hoy la gente pobre, y más mientras más pobre en los países más pobres, se re-

produce mucho porque sabe que lo mismo ha de seguir pobre con pocos que con muchos hijos, — y aun menos pobre, en todo caso, con muchos, desde que cada uno pueda irse ganando un salario á los once años; la gente rica *é improductiva*, al revés, sabe que sólo conservará el capital sin subdividirlo á términos de pobreza teniendo un par de hijos, y mejor uno. Por cuanto á la clase media, que pudiera estar en las condiciones de la clase pobre si no fuese porque *las hijas le han de ser verdaderos censos irredimibles* á menos de boda problemática, y los hijos peor que censos, puesto que tras de haber gastado en estudios sólo empezarán á ganar cuando deben separarse para fundar otra familia, — está en el caso de la clase rica: tres, dos... y mejor un hijo, — por limitación del mezquino sueldo que no consiente más sin igual miseria de hijos y de padres. — De aquí el amor ingenuo y un poco bestial que transforma á la hembra pobre en vieja anticipada por sus incesantes partos y lactancias, y de aquí también los *fraudes del amor* de nuestras clases media y rica.

Pues bien, liberada de miedos económicos la mujer del porvenir en cuanto á su descendencia, siempre le quedarían, aunque no le quedase también la discrección intelectual para guiar sus instintos, esas mismas razones contrapuestas del egoísmo estético y del ansia por la plena posesión amorosa y sin trabas. El fraude existiría, como ahora, en la intimidad de las alcobas y con ninguna inmo-

ralidad desde que la noción moral se hubiese transplantado desde las conveniencias de la metafísica á las conveniencias de los individuos; mas como no por ello se habría destruído la evidente realidad de la plena ansia amorosa y de la infinita supremacía de la voluptuosidad sin estorbos ni limitaciones, de ahí que hasta en el propio egoísmo individual de la mujer permanecieran latentes los gérmenes irresistibles del altruísmo de la madre convenientemente refrenados por otros egoísmos. El primer abrazo de la virgen, con su ansia ingenua, sería... un hijo. Cada deliquio sensual extremado en horas de voluptad insuperable, sería... serían el segundo, el tercero, el cuarto hijo, — distanciados con toda conveniencia por las lejanías del olvido de las molestias de la gestación, y limitados al fin en cuanto advirtiese la múltipara que su belleza corporal empezaba á resentirse demasiadamente.

Yo me complazco en haber cerrado este libro con una demostración, en el problema social más difícil, de la armónica y gigantesca fuerza que tienen por sí los instintos humanos naturales, de no importa qué índole, para resolver, cuando se los deja actuar en la concurrencia de su total libertad, toda clase de problemas de la vida. Nada menos sorprendente: son ellos mismos... la Vida.

Por lo demás, y en prueba de que á igual consecuencia procreadora llegaría la simple

impulsión del *deseo intelectual*, recuérdese la frase del conde de Saint Simón á madama Staël:

—«Señora, debíamos casarnos: he pensado que de un hombre como yo y una mujer como vos, saldrían hijos extraordinarios».

Y no quiero cansarme de repetir que algún día todos los hombres y mujeres serán talentos como Saint Simón y madama Staël,
— por lo menos.



CONCLUSIONES.

Todas las corrientes de transformación marcadas en la vida *por la Vida*, se orientan con singular tenacidad hacia el socialismo. Todas. Igual late la impulsión socialista, con la inconsciente fatalidad de los hervores subterráneos, en la corrupción y disgregación de la caduca moral y de las viejas costumbres, es decir, en las fuerzas negativas ó destructoras, que en las positivas y nuevas afirmaciones de la Mecánica, de la Economía y de la Biología.

Yo no puedo convencerme de que el cambio de las sociedades hacia el colectivismo dependa de la voluntad humana. El colectivismo es *algo más* que una teoría cuyo éxito malo ó bueno estribe en su previo arraigo ó repulsión en las conciencias. Fórgase del fuego mismo de la vida poderosa y vencedora, ardiente de concentrada *instintividad é intelectualidad* bajo la ahogante capa de históri-

cas tradiciones. Su mutación ha de parecerse á la del ascua que disgrega su capa de ceniza, á la del árbol que muda su cáscara, á la de la tierra que cambia y nutre su nueva flora de la vieja flora.

Enemigos del socialismo.—Amigos del socialismo.—He aquí dos cosas risibles. Una instauración monárquica, republicana, dictatorial... se hace con banderas y con partidarios y en los clubs, á fuerza de folletos y libros y discursos y periódicos. — Todos los libros y discursos y elocuencias imaginables, no harían adelantar ni retrasarse un paso la transformación social, cuya hora está marcada fatalmente en el tiempo, y cuyo triunfo está profunda é inmensamente trabajado por cada mal y cada bien de los bienes y los males *microscópicos*. ¡Originalísimos, en verdad, sus partidarios! Uno que se enriquece..., socialista; uno que empobrece..., socialista; un jugador..., socialista; un virtuoso..., socialista. Un vago, un trabajador, un magnate, un mendigo, una adúltera, un guerrero, un político... ¡socialistas! Un inventor, un descubridor, su ciencia, su máquina... ¡socialistas! ¡Socialismo!

Sí; salidos ya del equilibrio de las sociedades absolutas, todo movimiento, toda acción, toda ley, toda conquista, toda represión, toda injusticia, toda ingratitud, toda necesidad, toda iniquidad, toda novedad, no hacen más que aumentar el desequilibrio, clamando el socialismo. Lo de menos, con ser tantos en tantas naciones, serían los *obreros socialis-*

tas, si no fuese porque la sociedad frente á ellos se siente loca la cabeza y roto el corazón.

Pero, ¿es inútil preocuparse, entonces, de este problema?

Para el hecho de su resolución definitiva, completamente inútil; él solo se dará resuelto.

Para el modo más ó menos violento é ingrato de su resolución, no es inútil tomarlo en cuenta como labor social transcendentísima.

Es una perspectiva de gobierno.

Los caudillos socialistas formidables son las máquinas. Véase si hay algún perínclito gobernante capaz de destruirlas todas y volver la historia á la Edad Media y poner el reinado del feudalismo y de la santa ignorancia bajo el imperio de su eterna mano universal, y ese superinsigne gobernante habría vencido al socialismo para siempre.

Si no, no resta otro remedio que esperarlo, que afrontarlo, que prepararse á recibirlo...

Creo que esta misión la han comprendido, ó por lo menos presentido, en España (en las demás naciones cultas está presentida hace tiempo), un exministro conservador como el señor Dato, un exministro liberal como el conde de Romanones, y sobre todo, más ampliamente, un estadista demócrata como Canalejas.

Cabe prever para un porvenir muy próximo y en todas las naciones, frente á la intransigencia casi fanática de los partidos obreros socialistas (que sólo servirán para estar constantemente señalando, y de un modo saludable, la urgencia de reformas hacia la franca evolución), la creación de otros partidos *socialistas democráticos gubernamentales* con el siguiente programa de *alma internacional*:

1.º Transigencia con las formas de gobierno, monarquías ó repúblicas, siempre que unas y otras marchen hacia la democracia, — y tan alta y generosa aquella transigencia, que no sólo como órganos de gobierno puedan en cada nación consustanciarse dichos partidos con los reyes ó jefes de la república, sino garantizarles su sostenimiento en el poder, por un simple y sencillísimo desdén á todo intento de inútil revolución política.

2.º Militarismo en toda la plenitud necesaria á la fase histórica presente del progreso, — esencialmente militar. Acentuación de la militar diplomacia hasta conseguir acciones internacionales armónicas sobre la base de una paz mutua entre las naciones cultas, y con el objetivo de una colonización incesante y obligada y calculada de antemano para cada potencia en los previos pactos.

3.º Instrucción general dentro de cada país, como función esencialísima paralela al militarismo. Formación de un Cuerpo de profesores universitarios y de 2.^a y 1.^a ense-

ñanza, con un presupuesto igual al de la Guerra, por lo menos (y claro es que en la mayor parte de las naciones el de la Guerra tendrá que crecer sobre sus actuales presupuestos), y para todas las necesidades de tal ramo al servicio exclusivo del Estado. Sueldos, jerarquías y consideraciones al personal de dicho Cuerpo docente, análogos á los del Ejército. Leyes para la instrucción forzosa á todos los ciudadanos, tan rígidas y bien cumplidas como las del servicio militar. Proscripción absoluta de las enseñanzas religiosas de las escuelas y universidades, conseguida por medio de la adopción oficial de textos.

4.º Ministerio del Trabajo, con todo el vigor preciso para la protección de industrias, expropiación de latifundios, protección agrícola, creación de granjas, reformas en las relaciones de derecho entre operarios y patronos, regulación de precios de artículos de necesidad por medio de panaderías, carnicerías, etc., etc., municipales ó de leyes prohibitivas del abuso, etc.

5.º Impuestos crecientes sobre la propiedad y transmisión de bienes, y tendencia constante á las explotaciones industriales y agrícolas por las granjas y fábricas del Municipio y del Estado, y al funcionarismo en todos los servicios, — ó sea acentuación de la competencia, ya iniciada, y rápidamente triunfal contra el capitalismo.

6.º Separación de la Iglesia y del Estado. Prohibición del culto fuera de los templos.

Matrimonio Civil. Divorcio. Justicia gratuita excepto para los litigios de la propiedad entre particulares. Franquicia postal para libros y periódicos.

7.º Reconocimiento de derechos políticos á la mujer y de aptitud para el ejercicio de todos los cargos y profesiones. Proclamación de iguales derechos civiles que para el hombre. Supresión de las mancebías ó extensión de las mismas *cartillas* infamantes á sus frequentadores masculinos. Declaración de *puerco nacional* á todo paciente de enfermedad venérea...

8.º

—

En partidos semejantes, destinados á fomentar la guerra lejana de las armas contra tierras atrasadas y la guerra íntima de las letras contra la ignorancia; á resistir contra lo nuevo cediendo; á educar al obrero acercándose, — borrando sucesivamente diferencias, á fin de evitar con una evolución poco sensible de hermanos con hermanos sangrientas revoluciones de fieras contra fieras (las fieras del egoísmo que habrían sido las clases directoras y las fieras de la ignorancia y el odio que habrían seguido siendo los obreros por culpa del desamor de la sociedad y para su castigo)...; en partidos semejantes, abiertos al ideal con todo el lastre de prudencia de lo presente, tardarán poco en formar, sin duda, legiones de entusiastas que

serán guiados por los intelectuales de cada país, — en un ardiente patriotismo con visos cosmopolitas.

Emerita Augusta 1904.

F I N

ÍNDICE.



INTRODUCCIÓN	5
------------------------	---

1.^a PARTE.—Fundamentos del socialismo

I. Razón animal del socialismo.	15
II. Razón mecánica del socialismo.	21
III. Imposibilidad actual del socialismo.	24

2.^a PARTE.—Transformaciones previas

IV. De las nacionalidades	33
V. Del individuo por la educación	44
VI. De la criminalidad y las enfermedades	60
VII. Del amor	77
VIII. De los deseos	102
IX. Conclusiones	121

3.^a PARTE.—Transformaciones consecutivas

X. De la propiedad	128
XI. De la herencia	135
XII. Del trabajo y las jerarquías	145
XIII. De la mujer como entidad social.	163
XIV. Del hogar	171
XV. Conclusiones	200



NOVELAS DE FELIPE TRIGO.

.....

LAS INGENUAS.—3.^a EDICIÓN.

LA SED DE AMAR.—1.^a EDICIÓN.—(AGOTADA).

EN PREPARACIÓN:

ALMA EN LOS LABIOS.

Juicios de la crítica española y extranjera.

~~~~~

«Felipe Trigo, el autor de *Las Ingenuas* y de *La Sed de Amar*, se ha conquistado rápidamente una reputación.

.....

Es el único, entre los novelistas españoles, que profundiza en el estudio y en el análisis de la pasión.

Representa el erotismo, al modo que sus maestros Prevost, Louys y d'Annunzio.

Es un alma inquieta con aspiraciones místicas latentes bajo la sensualidad; sus sensaciones incendian su oración; su tristeza es de aquellas que, según el latino, resultan de la voluptuosidad. Hay sin embargo en Trigo más ánimos que en Martínez Ruiz y sus congéneres. Si la fe pudiese aún producir un eco en su espíritu formado por el catolicismo, ó la noción espiritualista le despertase todavía la conciencia del pecado, podríamos tener en Trigo el gran arrepenido que se puede encontrar fácilmente en todo verdadero español.

No puedo hablar con elogio del estilo de Felipe Trigo porque acaba de escribirme que, bajo este aspecto, yo soy su único maestro. Otra revista parisién, hablando de Felipe Trigo, aludió á *su furia*. Es en efecto su cualidad fundamental, el brio,—esa impetuosidad que se encuentra en tan pequeño número de escritores».

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Traducido de *La Revue*).

«El libro de Felipe Trigo *La Sed de Amar* no tiene nada que envidiar á los de los escritores franceses que cultivan la literatura erótica. Es un «ars amandi» en acción.

.....  
Justo es decir que no sólo en atrevimiento y en libertad de expresión está dicho libro á la altura de las novelas de amor, sin hoja de parra, en que es tan abundante la moderna literatura francesa. Se parece también á ellas, y en esto está el mérito de *La Sed de Amar*, en el arte y en el atractivo de la narración.

.....  
También tienen los personajes su psicología correspondiente, aunque para estas cosas la psicología es lo de menos, y hasta en algún pasaje de la novela parece que *La Sed de Amar* se manifiesta como clave general de las acciones humanas.

E. GÓMEZ DE VAQUERO.

(De *El Imparcial*).

«Es Felipe Trigo el primer escritor español que trata del amor con atrevimiento tan bello, con verdad tan gallarda. En sus libros vibra una lástima hondamente sentida que sólo con gran talento puede ponerse de manifiesto.

Si su lenguaje, siempre rico, pierde alguna vez en pureza, es por ganar en verdad al dialogar y copiar momentos, gestos, acciones que no estarían *bien hechos* si formalmente fuesen perfectos. A su prosa le es aplicable la paradoja de *Hermida: No podría ser más bella* (más perfecta) *sin dejar de serlo*».

GABRIEL MIRÓ.

«Esta es la originalidad, la personalidad de Felipe Trigo. Si fuese filósofo haría de la *atracción sexual idealizada* el alma de un sistema. Así la ha hecho de una literatura cuya filiación sería difícilísimo encontrarle. En él el amor dista mucho de ser un incidente bello. Es la misma vida, social y psicológicamente hablando. Junto á Zola, es romántico; junto á Pierre Louys, idealista; junto á Tolstoi, sensual; junto á Ibsen, eminentemente positivo; junto á Gorki, aristócrata; junto á d'Annunzio, plebeyo... humano. Es decir, que sin serlo precisamente, parece lo contrario de aquellos con quienes se le compara.

Tal vez porque es... humano, nada más. Dentro del mysoginismo de nuestros novelistas nuevos, la figura literaria del autor de *La Sed de Amar* y *Las Ingenuas*, tiene una originalidad y un relieve poderosos. Felipe Trigo no es un pornográfico, cantor del amor como vicio. No; es un voluptuoso exquisito, que siente y ha hecho del amor el único culto de la vida y el arte».

FRANCISCO VILLAESPESA.

(De *El Pais*).

«Pero su estilo tiene en intenso grado la virtud del movimiento, y sus obras ofrecen ese encanto de cinematógrafo que es principalmente lo que nos hace preferir los novelistas extranjeros á los españoles. Los nuestros son pintores y necesitan varias páginas para describir un tipo ó un paisaje. Trigo sabe intuitivamente que las impresiones literarias son consecutivas, y no simultáneas, como las que entran puramente por los ojos, y se desquita de la falta de precisión con la rapidez y multiplicidad de las evocaciones».

RAMIRO DE MAEZTU.

(Del *Diario Universal*)

«Es posible que el lector superficial no vea en la última novela de Trigo otra cosa que una sucesión brillante de escenas eróticas refinadas; algo así como un insano afán de descubrir y describir *secretos*.

Afortunadamente *La Sed de Amar* es la obra artística de un observador y de un psicólogo que con arrogante independencia, con «franca personalidad» persigue en sus novelas el tema del amor como ideal supremo.

Este libro de hoy—y es esto ante todo lo que quiero hacer constar, porque creo que nadie hasta ahora lo ha dicho—es, si se me permite la palabra, como una *derivación* de *Las Ingenuas*, una *prolongación* de la idea *eje*, obsesionante, del novelista en aquella obra. («El amor integrado por la fusión de los dos grandes sentimientos pagano y cristiano que se han repartido el imperio de los siglos»).

.....  
Precisamente dispone de una pluma tan plástica, desenfadada y briosa, que con un rasgo sabe llegar allí donde se ha propuesto».

ALFREDO MURGA.

(De *El Liberal*).

«Ecco finalmente un romanzo degno de la sua denominazione, per concetto, per ampiezza di svolgimento, per la fedeltà con cui riflette la vita e per la varietà interessante dei casi, dei tipi e dei caratteri scelti a soggetto: un romanzo scritto senza fretta, dettato da una mente fervida, chiara e vigorosa, che dal verismo più audace va sino al lirismo più alato; che con una semplicità di mezzi, di cui in Italia pare perduto l' esempio, giunge ad una efficacia veramente profonda.

Leggendo questo libro, che a avuto la miracolosa virtù di ridarmi le ansie e la curiosità puerili dell' adolescenza, quando le prime letture romanche ti popolano el cervello di ombre, che paiono persone, e le loro vicende preoccupano quasi si trattasse di veri

avvenimenti, io non trovato nei miei ricordi d' impressioni artistiche se non un nome suscitatore di altrettante emozioni vive e complesse, ed è el nome di un grande: Guy de Maupassant.

Con questo nome, con questo confronto è tutto detto. Alcuno paragonó l' opera di Felipe Trigo á quella del d'Annunzio, ma a me il romanziere spagnuolo pare assai piu sincero, assai piu oggettivo, meno raffinato è piu determinato, piu fornito d' ispirazione multiforme è regolare.

.....  
*La Sed de Amar* (La Sete di Amare) è un rigoglioso romanzo, ricco cosi d' episodi e di pitture da formare una mezza dozzina di quelle novelle diluite, che col grado usurpato di romanzo, prima dei librai francesi, poi degli italiani».

### MARCHESA DE PLATTIS (*Jolanda*).

(De *Vita Nova*).

«Del paese ove gli occhi splendono come le stelle e dove i balconi han gelosie e pergole di gesolmini, ove par debbano svolgersi sempre scale di seta e mai spezzarsi le sottilissime lame degli stili, ricevo un romanzo, che nel titolo, nella trama e nell' originale svolgimento, interessa il lettore, e dimostra nell' Autore una forte tempra d' Artista e di psicologo.

«*La Sed de Amar!*» E Felipe Trigo ci mostra el nitido calice ove si beve la vita e la morte, l' elisire o il veleno, il nitido calice ove è il liquore che brilla, quasi tutte la gemme vi si fossero stemperare, che ogni bocca beve avida di cui l' Anima non si disseta mai, giovane o vecchia, scettice ò fervida.

.....  
L' opera di Felipe Trigo, sta degnamente fra l' opera di Flaubert e Maupassant, accanto all' opera del d'Annunzio.

Felipe Trigo dona alla letteratura spagnuola una nuova e tipica forma di votuttà e di grazia».

### BIANCA MARIA CANMARANO

(De *Il Giornale*).

«Referimo nos a Philippe Trigo que, com Peres Galdós, occupa o primeiro logar no romance hespanhol. Novo ainda, á sua obra é ja hoje popular em toda a Hespanha, mercé do seu poder da dramatisação, de rigor no desenho psychologico e da sua intensidade da sua prosa artistica.

.....  
Mas foram principalmente os seus dois romances *Las Ingenuas* e *La Sed de Amar* que lhe deram o principado, incontestavel, entre os novos romancistas de Hespanha, consagrando-o definitivamente».

DE PORTO.

(De *A Provincia*).

«Avec *Las Ingenuas*, le roman en deux volumes de M. Felipe Trigo, nous venons á parler d' une œuvre d' imagination de premier ordre: l' auteur ne nous est pas connu, mais il semble appartenir á cette génération qui donna á l' Espagne le regretté Garnivet: la philosophie et l' action honoreés sur un même autel. Ce qui caractérise la œuvre de M. Felipe Trigo, c' est la sentimentalité, une sentimentalité presque introuvable dans la tradition espagnole, une fougue qui transforme l' éternel et banal roman en un exquis poème d'amour. La donnė de *Las Ingenuas* est simple: les phases d' une passion illicite et secrète entre un beau-frère et une toute jeune belle-sœur: un tel sujet demandait pour être traité une habileté plus qu' ordinaire et un véritable tact. Ce sont les moindres qualités de M. Felipe Trigo qui vient de doter—crions-le bien haut—les lettres espagnoles d' une œuvre typique voluptueuse et charmante.

.....  
Evidentemente l' ouvrage de M. Marcel Prevost, *les Demi-vierges*, s' est imposé aux meditations de M. Felipe Trigo; mais *Las Ingenuas* en est plutôt une réfutation qu' une imitation. C' est dans Flaubert



et Maupassant qu' il faut chercher les maitres de M. Felipe Trigo; avec un rare bonheur il a adapte les bonnes traditions des romanciers français à l' âme espagnole: à l' instar de G. d'Annunzio en Italie, il a presque creé d' emblée un genre—à coup sur une œuvre remarquable, car jamais poème n' exprima mieux que ce vaste roman tout ce qu' il y a de tristesse et d' ironie dans la *copla* amoureuse d' Andaloussie.

Ajoutons que le sujet n' a pas fait l' auteur: car ce dernier nous donne des preuves d' une indeniable maestrie dans son episode indou, dans sa chevauchée andalousse et surtout dans cette vision si precise des rapatriés: c' est de l' art, et du grand art; ou nous ne nous y connaisons pas: quel dommage que des negligences dans le choix des accessoires empruntés au gout français rendent cette ouvrage inacceptable en traduction pour le public cosmopolite qui fit le succes d'Annunzio! Il y avait la une jolie carte à jouer et un nom à mettre à la mode: mais nous nous portons garant que M. Trigo est un auteur à renouer la partie et nous avons la assurance qu' un peu adverti il gagnera d' emblé, à son deuxième essai, une reputation hors d' Espagne.

.....  
Notre joie a été grande de découvrir un Felipe Trigo, capable de nous servir une *manzanilla* exquise dans un verre à la française. Nous voudrions voir ces groupes de Grenade et de Seville ne plus s' attarder à des formules désuètes et ne plus gaspiller leurs qualités primesantières au profit du seul gout madrilene.

Avec Ganivet, l' ecole grenadine eût pénétré dans l' intellectuelle mondialité; l' Andalousie occidentale y entrera probablement avec Felipe Trigo».

EPHREM VINCENT.

(Del *Mercure de France*).

«Signalons avant tout une des œuvres les plus remarquables que nous avons lues depuis longtemps: *Las Ingenuas*, de Felipe Trigo.

.....  
L' élan passionnel y est libre et la passion, la brûlante passion y est célébrée comme dans les hymnes antiques. La contrainte sociale dont abusent généralement nos écrivains français, n' intervient que pour amener quelques péripéties dans un' action aussi simple que rationnelle.

Neanmoins, pour sacrifier au goût régnant, avec un art qui rappelle celui de Kiplins, Mr. Trigo nous ména en voyage aux Indes, et rarement épisode exotique fut traité avec cette sûreté par un écrivain de l' Espagne».

X...

(De *La Renaissance Latine*).

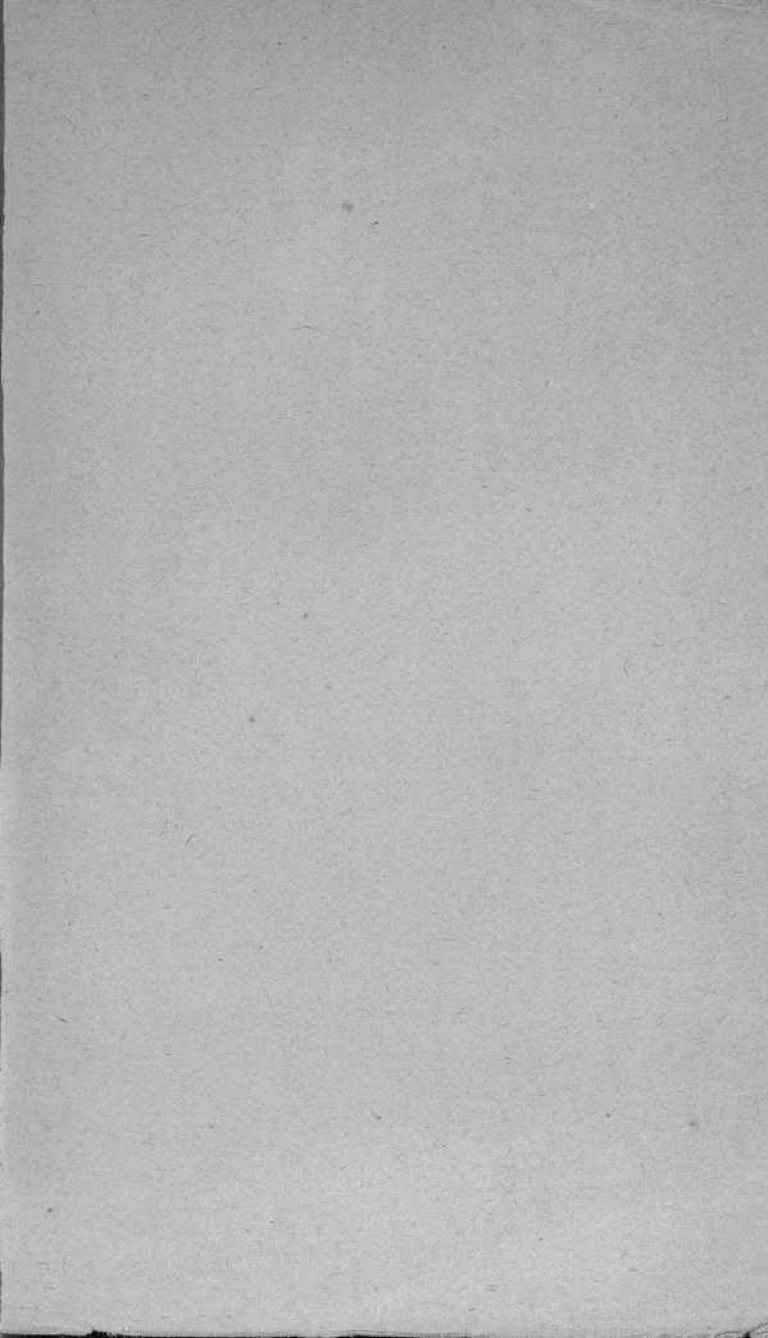


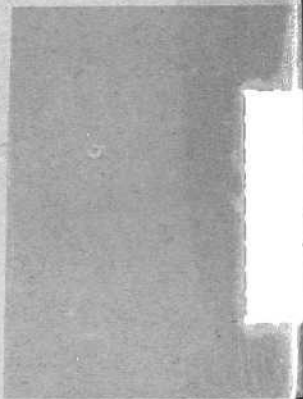
B.P. de Soria



61169498

DR 2637





Trigo

AT SHERIDAN COUNTY  
SUGAR BEET

DR  
2637